ROBERTO BRACCO

Muecas humanas

CUATRO REALES.

F. SEMPERE Y COMP.A EDITORES

Calle del Palomar, 10 — VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal) — MADRID

Una peseta el tomo

Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.—Emilio Zola (su vida y sus obras).
Alexis.—Las chicas del amigo Lefévre.
A. Hamon.—Determinismo y responsabilidad.
A. Hamon.—Psicología del Militar profesional.
A. Hamon.—Psicología del socialista-anarquista.
Angel Guerra.—Literatos extranjeros.
Bakounine.—Dios y el Estado.
Bakounine.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
Barón d' Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma.
Bjørnstjerne Bjørnson.—El Rey.
Blasco Ibáñez.—Arroz y tartana.
Blasco Ibáñez.—Flor de Mayo.
Blasco Ibáñez.—Cuentos valencianos.
Blasco Ibáñez.—La condenada.
Büchner.—Fuerza y materia.
Büchner.—Luz y vida.
Bueno (Manuel).—A ras de tierra.
*Comandante ***.*—Así hablaba Zorrapastro.
Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuítas.
Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.
D'Annunzio.—Epíscopo y Compañía.
Darwin.—El origen del hombre.
Darwin.—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
Darwin.—Origen de las especies. 3 t.
Darwin.—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
Daudet.—Cuentos amorosos y patrióticos.
De la Torre.—Cuentos del Júcar.
Diderot.—Obras filosóficas.
Draper.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
Faure.—El dolor universal. 2 tomos.
Flaubert.—Por los campos y las playas.
France (Anatolio).—La cortesana de Alejandría (Tais).
Gautier (Judith).—Las crueldades del amor.
Gautier (Teófilo).—Un viaje por España.
Garchine.—La guerra.
George.—Progreso y miseria. 2 tomos.
George.—Problemas sociales.
Gómez Carrillo.—Desfile de visiones.
Goncourt.—La ramera Elisa.
Gorki.—Los ex-hombres.
Gorki.—En la prisión.
Grave.—La sociedad futura. 2 tomos.
Grave.—La sociedad moribunda y la Anarquía.
Guy de Maupassant.—El Horla.
Guy de Maupassant.—La mancebía.
Haggard.—El hijo de los boers.
Haeckel.—Los enigmas del Universo. 2 tomos.
Hugo (Victor).—El sueño del Papa.
Ibsen.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
Ibsen.—Emperador y Galileo.—Julia no Emperador. 2 tomos.
Ibsen.—Los espectros.—Hedda Gabler.
Inchofer (Jesuita).—La monarquía jesuíta.
Ingegnieros.—La simulación en la lucha por la vida.
Ingegnieros.—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.
Kropotkine.—La conquista del pan.
Kropotkine.—Palabras de un rebelde.
Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.
Kropotkine.—Las prisiones.
Kropotkine.—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.
Laugel.—Los problemas de la Naturaleza.
Laugel.—Los problemas del alma.
Laugel.—Los problemas de la vida.
López Ballesteros.—Junto á las máquinas.
Lubbock.—La dicha de la vida.
Mackay.—Los anarquistas.
Mæterlinck.—El tesoro de los humildes.
Malato.—Filosofía del anarquismo.
Malato.—La gran huelga. 2 tomos.
Marx (Carlos).—El capital.
Matto de Turner (Clorinda).—Aves sin nido (novela peruana).
Max Nordau.—El mal del siglo. 2 t.
Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
Max Nordau.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.

C.211

MUECAS HUMANAS

ROBERTO BRACCO

MUECAS HUMANAS

Traducción de S. Fuentes.—Prólogo de Carmen de Burgos Seguí

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10 — VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal) — MADRID

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

PRÓLOGO

Un libro de Roberto Bracco no necesitaría prólogo ni presentación en Italia, donde es el autor popular y predilecto. Entre nosotros se le conoce hasta ahora sólo como dramaturgo por los triunfos alcanzados en nuestra escena con *Maternitá* ó *Don Pietro Caruso,* y fuerza es confesar que en Bracco, el autor dramático obscurece al literato insigne.

Bracco empezó su carrera literaria haciendo sus primeras armas en el periodismo, en la penosa labor de *reportaje,* en la lucha cotidiana y vulgar de la política, de la administración y de los sucesos de actualidad. Tal vez este continuo contacto con la realidad formó su espíritu y le acostumbró á la observación, á la síntesis, que resplandece en toda su obra.

Las primeras producciones de Bracco fueron novelas humorísticas y novelas de costumbres, en las que ya se revela más el autor dramático que el novelista. Hasta el título denota que están concebidas por la mente de un dramaturgo, *Novelas en un acto,* y el teatro fué el triunfo definitivo del joven autor napolitano; más que escenario para la lucha, lo fué para la revelación; su primera obra

alcanzó su primer triunfo, espontáneo, unánime, ruidoso. Los aplausos del público le marcaron su camino.

Desde entonces, sin dejar de escribir libros y críticas de arte en los principales periódicos italianos, Bracco cultivó con fortuna la comedia social y el drama psicológico. Su obra traspasó bien pronto las fronteras; Francia, España y Alemania aplaudieron al joven autor, y especialmente en la última, sus obras traducidas han tomado carta de naturaleza. ¿Cómo este hijo del sol aclimató sus concepciones entre las nieblas alemanas? Se explica conociendo su teatro. Hay en sus obras dulzuras, relampagueos, problemas de sentimiento y trozos de vida. Frases en que se adivina un tratado de filosofía y que pasan como un disparo. Hace pensar y no fatiga.

Puede en justicia llamarse á Bracco el Ibsen, el Benavente ó el Rostand italiano; es decir, el autor de Italia que está á la altura de los admirables maestros citados, pero original como ellos y libre de influencias externas de escuela ó de forma. Su hermosa libertad se ve en sus obras, en la variedad de sus producciones: *Maternitá, La Piccola Fante, Don Pietro Caruso, El derecho de vivir* y otras cien geniales producciones hacen de él el primer ingenio dramático de Italia.

El novelista no es inferior al dramaturgo en la concepción y en el diálogo; pero en cambio no posee el arte de la descripción y no diluye é hilvana sus escenas con arreglo á las líneas que marca la preceptiva literaria del novelar. Ingenio poderoso, dotado de fina percepción, tiene una fisonomía artística original, que le ha dado personalidad en pocos años, despertando en torno suyo la admiración y las discusiones.

Una novela de Bracco que no vaya firmada, la reconocerá el que lo haya leído una sola vez. No tiene na-

rraciones densas, minuciosas, coloristas, si no gran sobriedad y sencillez; penetra en el pensamiento del lector sin divagaciones, rápidamente; el ambiente se pierde pronto para condensar el alma y presentar en una línea todo el proceso psicológico.

En el diálogo y el argumento de sus novelas cortas, tales como las que forman el precioso tomo de MUECAS HUMANAS, reside el mayor encanto. Se ve que las concibió como artista dramático; les falta el elemento de la acción que estaba en su mente y no describió la pluma; pero leyéndolas se deslizan dulces y tranquilas las horas, por sus giros siempre elegantes, su humorismo sin acritud, su ambiente sereno. Se adivina sin esfuerzo el latir de un corazón honrado.

Roberto Bracco sabe reflejar la vida en sus libros, tal como él la vive; sus escritos todos llevan el sello de su personalidad: ya aparece profundo, elegante, cómico, dramático y hasta trágico; ya es realista y escéptico, ó ya sentimental y soñador. Artista siempre, es, como todo artista de genio, esclavo de su exaltada nerviosidad, de su sentimiento.

En este pequeño volumen se aprecia bien que posee el don de la variedad de temas, de la variedad de estado de ánimo y de la variedad de estilo; pero todo se funde en la unidad de origen; en el carácter y temperamento del escritor, que es en el fondo un pesimista sentimental, tanto en el teatro como en el libro. Y sin embargo, el pesimismo de Bracco no es amargo, es un pesimismo sonriente, elegante, que se oculta entre flores y le permite pasar de lo cómico á lo trágico, de lo sentimental á lo alegre, con admirable y fácil ligereza.

En los argumentos es donde más descuella la originalidad, la personalidad poderosa *é inédita* de Bracco;

algunas líneas para trazar un contorno de costumbres, de carácter, de estado de ánimo, y presentado á plena luz con mano serena y rápida, pero sin apartarse jamás de la realidad de la vida, donde encuentra toda la escala de sentimientos, desde los más groseros hasta el más puro idealismo.

Su cuento *Un beso en la obscuridad* presenta la línea elegante y ligera tan propia de la literatura italiana. Es una escena de Bocaccio ó de Casanova, con las gazmoñas de nuestros días. Dos señoras se encuentran en un salón con un caballero que galantea á entrambas; por un accidente imprevisto, la luz se apaga y los tres se levantan sorprendidos. En la obscuridad el caballero encuentra á una de las señoras, y sin palabras, sin ruído, deposita un beso apasionado sobre los labios temblorosos, que no lo esquivan. La luz se enciende, las dos mujeres están igualmente tranquilas, y aquel beso ha envenenado la sangre del pobre hombre; en la serie de aventuras que se siguen, busca en vano cuál de aquellas dos bocas ha recibido su beso de amor.

¿El asunto parece trivial? No. Hay en él una profunda psicología femenina; más aún, aquel beso en la obscuridad puede enseñar que toda mueca humana de moralidad y de inmoralidad son iguales en el fondo.

La novela quizá más acabada del volumen es *La princesa*. En Nápoles vive una princesa, Irene Sallustio, bellísima, fiel á su marido, honrada á toda prueba, por cuanto es fervorosamente cortejada. En una serie de combinaciones y de situaciones desarrolladas de una manera natural é ingeniosa, se ve á la princesa Sallustio hacer la fama y la fortuna de una cortesana llamada Alfonsina, que se le parece extraordinariamente, y con la cual se consuelan los desdeñados amantes. Cuanto

más honrada es la princesa más aumenta la clientela de Alfonsina. Y el pobre marido, el príncipe Sallustio, se siente infortunado, molesto; tan en ridículo como un marido burlado, desde el momento en que aquella imagen de su mujer pertenece á todos y se conocen por ella los misteriosos encantos del pudor de la princesa. Entonces se le ocurre rogar á la cortesana que mediante una fuerte suma abandone Nápoles; pero durante las negociaciones se siente enamorado de ella, y traicionado ahora doblemente. Es en este cuento donde resplandece la *vis cómica* del autor.

Como contraste de su humorismo aparece *La lucha*, que llega ya á la tragedia y pinta uno de los estados más terribles del alma humana: aquel en que se desatan las más salvajes pasiones, el instinto de conservación, el deseo de vivir. Ha escogido para su obra el terrible momento en que Casamicciola es destruída por el célebre terremoto y quedan enterrados en el fondo de un pozo un nonagenario que servía de modelo á una dama inglesa y una linda cortesana que poco antes almorzaba con su amante. Eran los dos seres únicos vivientes entre las ruinas y se abrazaron con amor como jamás amantes algunos, unidos por el terror á la muerte, por el egoísmo, de que nace la mayor parte de las veces la solidaridad humana. Llega el momento en que vienen en su auxilio: sólo uno puede subir por la escala que les arrojan, y el pozo amenaza cegarse. Ambos quieren salir primero, y se entabla una lucha feroz entre la joven y el nonagenario. Vence el viejo: la muerde, la pisotea, la mata... y sube por la escala, y el pozo se derrumba y se cierra sobre el cuerpo de la compañera de su día de horror.

Y conforme se siga leyendo el libro se encontrará esta variedad de Bracco. Sus cuadros de la vida de la

calle dan la impresión de terror, con aquel miserable de *En la sombra*, que finge para explotar la caridad pública y roba su hijo á la criatura infeliz única que le compadece. *La rival* es un precioso cuadro y *El recien-nacido* envuelve materia para todo un tratado filosófico.

La impresión que se saca leyéndolo es la de que este hombre escribe así porque vive muchas y diversas vidas humanas espiritualmente.

Y si quedase duda á nuestra creencia, el propio Bracco escribe:

«He militado en el pequeño mundo de literatos napolitanos inundando los periódicos de artículos sentimentales; luego intenté el género frívolo, acabando por dedicarme á la novela y llegar por último al teatro. He divagado así en zig-zag, adelante y atrás, sin dirección fija, pero siempre y en todo momento he guardado la observación sincera, sin la cual no he podido escribir nada.»

Tal confesión demuestra la honradez del hombre que proclama *el convencimiento* como condición precisa para exteriorizar sus impresiones.

Así se ve la unidad de su carácter de que antes hablaba, su ingenio meridional fogoso, fluído, vivo; aparece melancólico, satírico ó jovial á veces, pero siempre revela al profundo conocedor del corazón humano, al observador concienzudo.

Su carácter poderoso, su manera original, la libertad valiente con que rompe los moldes del convencionalismo, han hecho que le acusaran de osado y revolucienario en arte. En este concepto, el gran crítico Miquel Uda dice de él: «Se ha dicho que oso... es preciso decir que supo osar.»

Bracco no llegó á la gloria sin luchas. Los celos á su

claro ingenio hiciéronle ruda oposición y difícil el camino; pocos autores han sido tan discutidos como él. Hoy se traduce por vez primera al español, y nuestro público, que tantas afinidades tiene con el italiano, está capacitado para comprenderle; sólo quisiera rogar al lector que no se deje influir demasiado por el deseo de hallar un estilo colorista ó la verborrea á que estamos acostumbrados los meridionales. La literatura de Bracco es *literatura de ideas*.

La señorita Fuentes, que con tanta galanura y acierto ha vertido estas páginas al castellano, está más autorizada que yo para haber escrito este pequeño prólogo; pero tócame tan grata tarea como un deber de amistad con el gran escritor italiano, respondiendo á su cariñoso deseo de que le presente mi modesta pluma al público español, ya que según frase feliz de Pérez Nieva, «presentar un libro es como presentar una persona en una casa, y claro es que este nuevo hecho significa ya confianza en la persona presentada, que se responde de ella».

Y yo puedo responder de la admiración y cariño con que se premia la labor de Bracco en Italia, así como de la veracidad de las notas biográficas recogidas de sus labios.

Recuerdo haberle oído hablar sencillamente de sus triunfos y sus luchas, una tarde que paseábamos por el *Viole* Miguel Angel, contemplando á nuestros pies el divino panorama de Florencia. No pude menos de hacerle observar qué bello es el triunfo y cómo debe satisfacer la gloria conquistada con el esfuerzo, el trabajo y el talento que se impone. Bracco me escuchaba con la mirada fija en la limpia corriente del Arno, que se perdía á lo lejos en su lecho de esmeralda, y la sonrisa se borró

poco á poco de sus labios, mientras una arruga profunda se marcaba en su frente juvenil.

—No—me dijo con voz velada;—después de la lucha en que nos han herido las pasiones más bastardas de la humanidad; después de haber visto alejarse á las amigas, que vuelven con el triunfo; después de haber contemplado la pequeñez de muchas cosas, ya hasta la gloria resulta amarga.

Y como observase con su fina percepción que las lágrimas relampagueaban en mis ojos, al evocar con las suyas decepciones de mi espíritu, recobró su aspecto de elegancia desdeñosa y agregó sonriendo:

—¡Bah! ¿Á qué pensar en esto? La vida es bella, el arte no se agota y el amor vive siempre.

Y evitando la respuesta escéptica que adivinó en el pliegue de mis labios, con la viveza propia de los napolitanos continuó:

—No me diga nada, lo sé; pero hay que ser espectadores y dejarse engañar. Bajemos el telón.

Yo pienso si entonces Roberto Bracco me dió la fórmula del arte escénico: presentar á los espectadores la vida como quieren verla y bajar á tiempo el telón.

¡Pero, ay, el novelista no tiene este recurso!

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ.

EL GIGANTE

EL GIGANTE

No os diré por qué cúmulo de circunstancias había conocido personalmente al hombrecillo que había llamado muchas veces mi atención en la calle. No puedo negar ciertamente que mi curiosidad había deseado aquella ocasión, que la había buscado, y probablemente—por la acción de una especie de fuerza latente volitiva que en hechos de poca importancia que resultan propicios, solemos atribuir al acaso—la había preparado intencionadamente. Al hallar con frecuencia en mi camino á aquel monstruo diminuto y simpático, me había preguntado: «¿Cómo vive ese pobrecillo? ¿cuál es su verdadera vida? ¿qué piensa de su pequeñez? ¿qué opina de los demás? ¿qué se agita en su cerebro? ¿qué conmueve su corazón?

Le veía caminar á pasos lentos; pero sus piernecillas, un poco arqueadas, se apoyaban con la seguridad de unas piernas robustas. Rozaba siempre el muro como para evitar los empujones de los

precipitados, transeuntes napolitanos; pero no parecía esconderse ni avergonzarse de su pequeñez monstruosa, y frecuentemente se detenía para contemplar un escaparate resplandeciente, un hermoso carruaje, una mujer espléndida ó algún individuo que por cualquier detalle se singularizaba entre el gentío. Llevaba con aire señoril su abrigo negro, que siempre parecía el mismo en invierno y en verano; solamente su sombrero de fieltro ó de paja, indicaba en su tocado de hombre pulcro la variedad de las estaciones. En invierno, bajo la chistera, su gruesa cabezota parecía ceder al peso del sombrero y confundirse con los hombros angulosos. En estío, el tono claro y alegre de la paja contrastaba con su fisonomía de horrible mascarón, dividida en dos trozos por la boca anchísima y poblada de una barbilla hirsuta y obscura como las cerdas de un jabalí. No era posible sorprender ninguna expresión peculiar en aquel rostro extrañamente deforme, cuyas líneas innobles reflejaban algo anodino, que armonizaba muy bien con el aspecto complicado de aquel hombrecillo de menos de un metro de altura.

Y ahora que os he presentado á mi pigmeo, si creéis que os voy á contar una historia extraña y maravillosa, desilusionaos. Os quiero referir simplemente un coloquio que con él tuve en un rincón de un café, frecuentado por gente para mí desconocida, mientras llovía á mares y los dos esperábamos el momento oportuno para irnos á casa.

Antes de nuestro coloquio ya sabía que él era un modesto propietario que disponía de doscientas diez liras al mes y que vivía solo, asistido por una vieja y devota criada.

—¡Qué mal tiempo!—decía yo por comenzar la conversación con una de tantas frases comunes y encubrir mi curiosidad.

Él, con su vocecilla afeminada, que no parecía salir de aquella fenomenal garganta, me respondía:

—¡Eh!... déjele usted...

—¿Á quién?

—Al Padre Eterno, que sabe lo que hace.

—Muy bien; ¿es usted un creyente, señor Giannozzi?

—¿Un creyente?... ¡bah!... ¿por qué no? Tal vez lo soy.

—¿Cómo es eso? ¿No está usted seguro?

—La verdad: no me he tomado la molestia de interrogarme; pero si uno me dice: «Dios quiere esto, Dios quiere lo otro, Dios provee, Dios piensa», lo encuentro la cosa más natural del mundo.

—Y ¿le parece á usted siempre bien lo que Él *quiere, piensa* ó *provee?*

—Eso es harina de otro costal. Si no le agrada á usted cuanto acaece, amigo mío, su sacrificio no es imparcial.

—¿De manera que se lamenta usted alguna vez?

—Alguna vez, sí.

—¿Y de qué se lamenta?

—Cuando tengo mal el vientre ó la criada me quema el asado, ¿quiere usted que no me queje?

—Es muy justo—me apresuré á responder.—Muy justo, porque son cosas enojosas. Pero respecto á lo demás, ¿usted sólo aprecia lo agradable?

—Sí; no lo niego...

—¡Dichoso de usted!...

Al escuchar mi exclamación, su boca se contrajo con una ambigua sonrisa. Creí por un momento haber cometido una imprudencia, haberle enojado, pero sus ojillos emboscados bajo las cejas espesas como dos mostachos recortados con tijeras, no reflejaron la menor tristeza en su acostumbrada é inexpresiva inmovilidad. Entonces proseguí:

—¿No ha sufrido usted nunca, señor Giannozzi?

—Cuando se murió mi madre sufrí mucho... Era una santa, ¿sabe usted? y además muy bella; una mujerona tan alta como usted. ¿Le sorprende?

—No.

—Nunca conocí á mi padre. Le perdí siendo un niño de pecho; pero también él era un hombre hermoso. Tengo su retrato en casa; pertenecía á la guardia de corps bajo el Borbón, y ¡cuánto quería á mi madre! He encontrado las cartas que le escribía cuando eran novios. ¡Qué frenesí! ¡qué volcán!

—Cierto; los hombres de entonces — aventuré como comentario esperando el efecto de mis palabras — amaban con más vehemencia que nosotros.

—¿Lo cree usted?

—Así me parece.

—Lo mismo opino. Por lo demás, no soy juez competente; pero oigo cosas de todos los colores, aquí, en el café ó en la farmacia de Manetta: sólo se habla de lo que se difunde la corrupción.

—Entre los hombres y entre las mujeres, señor Giannozzi.

Sus angulosos hombros se alzaron un poco, como para indicar la poca importancia del hecho; yo insistí.

—¡Ah... las mujeres!... ¡dan miedo!

—Á mí no.

—Diga, diga usted: ¿no le causan miedo las mujeres?

—No tengo nada de común con ellas. Si son hermosas me agrada contemplarlas; si tienen algún defecto, vuelvo el rostro á otro lado. Todo lo feo me disgusta, querido amigo. Después, si una mujer es buena ó mala, si es honrada ó... ¿me comprende? ¿qué me importa? Además, ¿quién puede decir «ésta es culpable, aquélla tiene razón»? ¿No opina usted lo mismo?

—Está bien; pero en vista de que es preciso su trato lícito ó ilícito, la filosofía de usted no resulta práctica.

—Muy práctica para mí.

Aquí confieso que mi curiosidad no tuvo freno. Sin reticencia pregunté.

—Pero en suma, ¿cómo se ha arreglado usted hasta ahora con las mujeres?

No se turbó y me contestó tranquilamente, bajando la voz un poco:

—Querido mío, la convición de no ser un hombre como los demás ha nacido en mí al mismo tiempo que los primeros instintos. No sé si me explico. Los instintos existían, pero también la convicción. Coja usted un caballo y haga que uno le tire por el hocico y otro por la cola: si los dos que tiran tienen la misma fuerza, el caballo no se moverá. Tal es mi caso. Los instintos me tiraban por el hocico, la convicción por la cola, y yo no me he movido. Aquí donde usted me ve, soy como era á los doce años. Ahora tengo cerca de cincuenta; no lo parece, porque no tengo ni una cana, pero sí medio siglo. Si mañana me despertase con la belleza de un Adonis... ¡quién sabe!... pero esto no es creible. Y si vivo, la convicción quedará y los instintos pasarán.

—Conque—insistí—por ahora, ¿vive usted en un estado de continuo tormento?

—¡Ni en sueños! ¿Qué es el tormento? El tormento es aquella ansia enojosa que no se espera ni se cree merecer. Pero yo, aun siendo niño, he sabido lo que me estaba destinado. ¿Le disgusta á usted quizá ser rey ó papa? No. Pues tampoco á mí me desagrada vivir como si las mujeres no existieran. Ya le he dicho que si son bellas las miro con gusto. El mirarlas siempre me es permitido. ¿Por qué habia de renunciar? Para los otros el poseerlas, para mí el mirarlas. El zapatero no debe

anhelar lo que anhela el príncipe, ni el conejo lo que desea el león; y la ventaja está en que el zapatero y el conejo se satisfacen con más facilidad que el león y el príncipe. ¿Es usted un león? ¡Tanto peor!

—Y después—le interrumpí atónito,—¿el gusto de usted consiste en ver á las mujeres que otros poseen ó quieren poseer?

—Precisamente.

—Y, prescindiendo de las mujeres, ¿qué otro placer busca usted?

—El que ninguno puede prohibirme: un paseo al sol, una buena comida, una conversación agradable, un sueño tranquilo.

—Y ¿no trabaja usted? ¿no lee libros? ¿no va al teatro? ¿no le entusiasma el arte?

—¡No, por Dios, no trabajo! Doscientas diez liras y cincuenta céntimos al mes me bastan. Mis cupones de renta italiana me son fieles. Sería un loco si leyese libros y fuera al teatro. ¿Qué se encuentra en ellos? Cuando más, lo mismo que todos los días se ve y se oye con los propios ojos y los propios oídos. ¿Y si no se encuentra ni aun esto? Se contemplan el golfo de Nápoles, Posillipo, el Vesubio, las perlas y los brillantes expuestos en las joyerías, y se sabe con certeza que nadie engaña ni roba el dinero, el tiempo ó la paciencia. ¿Me explico? ¡El arte! Será un entretenimiento para el artista, pero para la persona que ha de comprar las obras es una verdadera burla. ¿Qué gusto produce una ficción?

Si queremos reir... ¡hay tanta gente ridícula! Sí queremos llorar, ¡hay tantas desgracias en el mundo, que basta recordarlas para que las lágrimas acudan á los ojos! No hay día en que no encuentre un entierro. Á mí el llorar no me deleita, pero sí quisiera afligirme no tendría más que acompañar al difunto al camposanto, y ningún muerto fingido me conmovería más que el verdadero.

Yo murmuré asombrado:

—Tiene usted perfecta razón.

La lluvia había cesado; el hombrecillo saltó de la silla donde había permanecido con las piernecillas colgantes, y echando una ojeada al reloj del café, exclamó:

—¡Ah, ah! se ha pasado la hora de comer.

Después, dándome un golpecito en la espalda como en señal de protección afectuosa, me saludó alegremente:

—Hasta la vista, querido amigo.

Quedé pensativo, preguntándome si había conversado con el hombre más infeliz de la tierra ó con el más dichoso. Después de algunos momentos de profunda meditación, salí del café y me hallé en medio del bullicio del centro de Nápoles. Entre la multitud que se agolpaba de nuevo en la calle, bajo un sol de primavera que resplandecía desterrando las fugitivas nubes, descubrí á lo lejos al hombrecillo, que poco á poco, con pasos lentos y seguros, se alejaba rozando las paredes de las casas.

Era el más pequeño de todos los transeuntes. Parecía un punto negro entre la masa fulgurante del bullicioso gentío. Le seguí con la mirada sin poderle casi distinguir entre los brazos, las piernas y las cabezas de los que se parecían más á mí que á él. Cuando le perdí de vista, inmóvil y absorto seguí contemplándole con el pensamiento. Experimentaba un sentimiento de envidia. Y creo que á modo de un actor erguido sobre el escenario frente al público, pronuncié estas palabras deseando ser oído:

—¡Aquel pigmeo es un gigante!

EN LA SOMBRA

EN LA SOMBRA

I

Eran las diez de una noche de Septiembre. Por la estrecha calle Speranzella se arrastraba á pasos inciertos, ora descansando, ora apoyándose en la pared, ora tropezando con las hendiduras del empedrado, un hombre muy enjuto, de rostro amarillento, cuya barbilla hirsuta se prolongaba sobre la descarnada nuez de la garganta descubierta.

Tenía los ojos entornados, el cabello revuelto y sucio; el traje, ya verde por el sol y la lluvia; llevaba los zapatos rotos llenos de barro, sobre los cuales los bordes de los pantalones, demasiado cortos, dejaban ver al desnudo las delgadas curvas. En el cruce de la callejuela del Afligido, donde aun había bastante barullo, ante el vaivén de la gente que regresaba á sus hogares, aquel hombre se detuvo un

momento, cayó de rodillas, y por último de bruces.

La gruesa y panzuda castañera, que cuidaba su hornillo en uno de los ángulos del cruce de las cuatro calles, lanzó un grito de espanto. Muchos transeuntes rodearon al hombre caído. Otros curiosos salieron de las tiendas próximas á cerrarse: unos atisbaron desde el umbral; otros se aproximaron para contemplar el espectáculo, y de algunos tugurios salieron varias mujeres con llamativos peinados, todos de la misma forma, con los pies calzados por vistosas zapatillas y con desaliñadas faldas de muselina que se destacaban en la penumbra por sus ondulaciones blancas.

El hombre caído no se movía, todos gritaban:

—¡Está muerto, está muerto!

—¡Pobrecillo, ha muerto de hambre!

—¡Ha muerto de inanición!

—¡Qué pobre era!

—Le han dejado morir en medio de la calle.

Algún transeunte elegante exclamaba:

—¡Por Baco! Esto es una indecencia. ¿No hay ningún guardia?

Otros añadían:

—En una ciudad civilizada no debían suceder estas cosas.

—Estamos gobernados por un municipio de bestias.

—Es el gobierno... ¡el gobierno que nos deja en la miseria y en la barbarie!... el verdadero responsable es él.

—Y decir que estamos en pleno tiempo del socialismo.

Pero una de las mujerzuelas, habiéndose abierto paso entre la multitud á fuerza de codazos, inclinóse sobre el hombre que yacía inmóvil y manifestó que vivía aún.

—¡No está muerto, no está muerto!—comenzó á gritar con fuerza, como si hubiese querido que la oyesen en toda la ciudad.—¡No está muerto, no está muerto!

Luego, volviéndose á él con ruidosa piedad, le gritó varias veces al oído:

—¡Buen hombre! ¡Buen hombre! ¿qué siente usted? Hable... ¿qué siente? ¿quiere beber? ¿quiere comer?

El hombre dejó oir un leve quejido. Entonces la mujerzuela se irguió triunfalmente levantando lo brazos y elevando también la voz en un tono penoso:

—¡Quiere comer! ¡No está muerto! ¡Señores, quiere comer!

El círculo compacto de la multitud quedó roto por la invasión de la voluminosa castañera, que se apresuró á mostrar un hermoso puñado de su mercancía. En medio de la atención general, la mujerzuela peló rápidamente dos ó tres castañas, y alzando con una mano la cabeza del enfermo, le metió una en la boca, y como observase que movía las mandíbulas, anunció conmovida:

—¡Se la come, se la come!

Los espectadores reprodujeron los comentarios.

—¡Cuántos días hará que ayuna!

—Debe de ser de buena familia, porque no tiene valor para pedir limosna.

—Pobreza decorosa—sentenció el que atacaba al gobierno.

—Pero indica que no querrá trabajar—respondió el que había citado con acritud el socialismo, y que continuaba hablando á la ventura. —Desearía saber con qué criterio se predica la igualdad.

En tanto el hombre había tragado la segunda castaña; ayudado por la mujerzuela, cuyo caritativo celo admiraban todos, se había enderezado y poco á poco erguía el tórax, apuntalándolo con los brazos. El público observaba sus menores movimientos y discutía en voz baja, lo cual denotaba un profundo respeto, una especie de devoción. Por iniciativa de la mujer que parecía cumplir una misión especial y se alegraba mucho al verle revivir, sacaron de una taberna un vaso de vino fuerte, denso como la tinta. Pero él no bebió más que un sorbo y separó la boca del borde del vaso indicando que no podía beber más.

—Se conoce—advirtió la que le socorría—que no está acostumbrado al vino.

Después de ensayar, no sin resultado, todos los medios posibles para reanimar al hombre que poco antes parecía muerto, envalentonada por el éxito

intentó procurarle también algo de dinero y lo solicitó afectuosamente, con la certidumbre de que sus palabras inducirían á muchos á desprenderse de algunas monedas. Pero lejos de eso, la parte más lucida de la multitud se separó alejándose, como si el espectáculo hubiese terminado. Quedaron solamente los rateros, que no se cansaban de curiosear, y á ellos se unían por un instante los transeuntes menos presurosos, los cuales apenas la mujer peinada y empolvada les mostraba al hombre sentado en el suelo entre las inmundicias y les pedia una moneda para él, se negaban desconfiados volviendo la espalda.

En tan inútil demanda habría transcurrido un cuarto de hora, cuando desde el ángulo de una callejuela contigua una vieja exclamó acremente:

—¡Carmela, Carmela, ven aquí! ¿Qué diablos haces?

—Voy, voy—respondió apresuradamente la auxiliadora.

Pero antes de alejarse se quiso justificar con el hombre, que indudablemente se sentía mejor y había suspirado y murmurado de la indiferencia de la gente.

—Tengo que irme, buen hombre. Soy muy pobre también, y si no llevase esta maldita vida, no tendría con qué dar de comer á mi pequeño. ¡Es por él!... ¡por él solo!

En aquel instante un niño macilento, que llevaba tan sólo una camiseta agujereada y que ape-

nas se sostenía sobre sus piernecillas frágiles y desnudas, llegó vacilando y se agarró á la falda de su madre.

—¿Ve usted?... ya está aquí—añadió Carmela.—Es bueno; nunca pide nada; pero en conciencia no puedo dejarle morir de hambre. Bien sabe usted que el hambre es la peor de las enfermedades, y este pobre ángel de Dios no tiene más que á mí.

El niño lloriqueaba; ella trataba de entretenerlo.

—Chitón, chitón... mamá te comprará confites.

Le cogió en brazos acariciándole y besuqueándole; después, volviéndose hacia el resucitado, añadió:

—Oiga usted, buen hombre: vivo allí á la vuelta de aquella callejuela: la primera puerta de la derecha, junto al establo del vaquero. Suba usted si no salgo. Cuando pase, si tengo un pedazo de pan ó un pedazo de queso, ¿qué más he de decir?... la intención es buena... Esperemos á que la Virgen del Carmen nos ayude á los dos.

La vieja vociferó de nuevo desde lejos:

—Maldita Carmela, ¿vienes ó no vienes?

—Voy, sí, voy. ¿Por qué chilla usted así? Es preciso algo de condescendencia.

El hombre siguió á Carmela con el rabillo del ojo, hasta que llegó al lado de la vieja y se internaron juntas en la callejuela indicada.

Los raterillos permanecían allí sin intención de

alejarse. El enfermo los miró de reojo y apretó los dientes.

Uno de ellos exclamó riendo:

—¡Uy, cuánto gesto hace! Parece un animal.

La castañera se enfureció, y moviendo el adiposo abdomen, amenazó á los vagabundos:

—Si no os largáis, os echo encima todas las brasas del hornillo. ¡Dejadle estar! ¿no véis que este desgraciado no ha pedido ni un céntimo?

La amenaza surtió un efecto inmediato. Los rateros emprendieron la fuga. El hombre quedó solo; la vendedora le preguntó:

—Corazón mio, ¿tiene usted fuerza para levantarse?

—Sí, tengo fuerza—murmuró él agregando una blasfemia.

—Paciencia, corazón mio, paciencia. No ofenda usted á Dios, que es pecado.

Él se levantó, y mientras la vendedora se disponía á llenar de castañas calientes el saquito de una criada, huyó sin que ella le viese, dirigiéndose hacia la casa de Carmela. Junto al ángulo del callejón, desde donde la vieja la había llamado poco antes, se apoyó en la esquina del muro para no ser visto en la obscuridad de la solitaria calle. La puerta de la habitación de Carmela estaba cerrada. Al lado, sentada sobre un banquillo, bostezaba la vieja, y el niño, en silencio, descansaba inerte sobre sus rodillas.

Viendo esto, el hombre se fué.

II

Era media noche. Al extremo de uno de los últimos palacios que se elevan en las afueras de Nápoles, entre la estación del ferrocarril y la esplanada de las lagunas, Alfonso Caiello introdujo una enorme llave de carcelero en una maciza cerradura, y su esposa Luisa, que había preparado una mesa nítida y agradable y que entonces dormitaba sobre un diván, se movió, se puso en pie y corrió á recibirle. Él llamó violentamente á la puerta de la habitación, y mudo, nervioso, entró en el comedorcito donde, á despecho de la fría tristeza que reinaba, una gran lámpara eléctrica esparcía blanca y alegre claridad.

—¿Estás de mal humor?—interrogó Luisa anudando perezosamente sobre su nuca los hermosos cabellos castaños, que tenía sueltos.

—¡Ya!—respondió Alfonso sentándose colérica-mente junto á la mesa.—¡Cuando te veo debería sin duda ponerme á bailar la tarantela para divertirte! ¿Paso tal vez el día ociosamente, mirándome al espejo, como haces tú? Tengo el cuerpo lleno de

cardenales, los pies hinchados... y después de doce horas de andar y de ocho ó nueve de estar caído, ¿sabes cuánto dinero traigo á casa?... ¡tres liras y seis sueldos! Y ahora pregunto: ¿vale esto la pena de representar semejante comedia? Me veo obligado á andar de un extremo á otro de la ciudad, porque cuando en una plaza ó una calle me he fingido un hambriento que se desmaya, he de caminar después cuatro kilómetros, si quiero repetir la escena, porque si no me encuentro con algún importuno que me ha seguido por curiosidad ó por desconfianza, y si dejo que me adivinen el juego, ¡buenas noches! No me da miedo la policía... de ella me río... no ve nada, y si llegase á ver, con cien liras compro á cincuenta polizontes; el populacho es el que me hace cavilar. Es salvaje y arranca la piel como si tal cosa... después andar... andar, andar sin descanso; correr el riesgo de romperse de veras cualquier cosa en una de las caídas que deben conmover al transeunte; y al final... tres liras y seis sueldos.

Luisa, por conveniencia, aunque sin ganas, trató de consolarle.

—No ganas lo que debes si no traes treinta liras al día. Pero no es cosa de enfurecerse. Volverán los buenos tiempos; volverán. ¿Quieres la sopa?

—No, no la quiero. Tengo poco apetito, porque me han estropeado el estómago haciéndome engullir castañas podridas. Pero tengo sueño, y antes de acostarme he de tomar un bocado de algo caliente.

Dame un trozo de carne y un vaso de vino tinto. Despacha.

La cena comenzó amenizada por las imprecaciones de Alfonso. Su ropa no era la misma que llevaba hacía dos horas en la calle Speranzella, porque solía disfrazarse prudentemente fuera de casa en el tugurio de un confidente suyo. Pero la cara no había cambiado: pálida, verdosa, seca, con la barbilla hirsuta, con los ojos mortecinos, era siempre la de un enfermo agotado. Relampagueos de rebelión y de codicia la iluminaban solamente en algunos momentos; pero con una luz siniestra, cual la de los fuegos fatuos de un cementerio, incendiando de improviso sus mejillas y sus ojos.—¡Volverán los buenos tiempos!—repetía con insistencia rabiosa.—Sí, sí, espera; la gente tiene muchos pelos sobre el corazón. Ven á un infeliz que no puede sostenerse en pie y que por debilidad cae desvanecido, y fingen no tener una moneda en el bolsillo ó dicen que es un farsante. Yo soy un farsante, es verdad, pero ¿cómo lo saben? ¿quién de ellos puede sospecharlo? Esta tarde oí gritar: «¡Está muerto, está muerto!... Pues bien; ni aun los que llevaban la cartera repleta, sintieron compasión. La única persona que se sintió caritativa fué una mujerzuela. ¡Buen negocio! Me ha prometido pan y queso, si voy á hacerle una visita. Es preciso recurrir á alguna otra cosa. Somos ya tres ó cuatro á disfrutar la profesión del desvanecimiento. Si no hallo otro recurso prontamente, tendremos que empeñar las perlas

y los brillantes que te regalé y entonces te pondrás como una fiera y eres capaz de marcharte cualquier día. ¡Te conozco!... con ese aire de manso animal, no me lo das á entender; pero si no te hiciera vivir como á una princesa, ¿cuánto tiempo haría que me habrías dejado?

—¿Como á una princesa me haces vivir? Encerrada en una casa bajo llave, sin ser dueña de mi propia voluntad, ¿es esto vivir como una princesa?

—¡Ah, lo comprendo! Tú querrías tener la puerta abierta. Querrías salir sola. Querrías hacer tu gusto. ¡Dilo, dilo! ¡Ten el valor de decir que es eso lo que querrías hacer!

—Querría trabajar. ¿No trabajaba de sastra antes de casarme?

—Antes de casarte dabas rienda suelta á todos tus gustos. Pero ahora, quieras ó no quieras, tienes que contentarte conmigo. ¡Descocada!

—Si deseo volver á trabajar más es por tu bien que por el mío. Tú mismo dices que no ganas bastante.

—No gano bastante, porque eres una derrochadora, ¿entiendes? Exiges de mí lo que sólo un ricacho podría darte.

—Eso es; debo estar encarcelada bajo estos techos sin ver alma viviente; por eso quiero al menos que no me falte nada. No puedo salir más que una ó dos veces al mes, siempre contigo, siempre pegada á ti; por eso deseo que cuando salga se me tome por una señora: ¿no tengo razón?

—¿Y los pendientes? ¿y los brazaletes? ¿y los collares y las sortijas?

—Me agradan...

—Y ¿quieres lucirlos, no es cierto?

—Los renuncio si me das en cambio más libertad.

—Nunca, nunca; no lo esperes—terminó él con reconcentrada fiereza.—¡Quiero tenerte bajo llave! Y si es preciso haré tapiar la ventana. ¿Me entiendes?

—Entonces pacta con el diablo y trae á casa treinta liras al día.

—Está bien.

Los celos de Alfonso eran tan morbosos como su afecto, que tenía la insistencia arrolladora de una enfermedad crónica y la crueldad del poseedor tiránico. La tisis sorda y lenta, de que no se acordaba, le producía febriles exaltaciones, delirantes ansias de la salud y juventud de Luisa. Y ella, irritada por la pasión de aquel tirano enfermo, ponía precio á sus celos, y helada, apática, resignada á la esclavitud y convencida de su fuerza, se transformaba en déspota de su tirano.

Conversación tan desagradable terminó con mutuas amenazas de hostilidad, pero á la mañana siguiente Alfonso fué presa de confidencial ternura. Había cavilado toda la noche y quería consultar con su mujer.

—Mira, todo consiste en hallar un medio más seguro de conmover á los imbéciles. Del hambre se

puede dudar siempre; ¿qué pruebas hay? Ninguna: «que tiene el rostro demacrado, que se desmayó... pero estos no son verdaderos pobres...» En tanto la fatiga es enorme, los peligros aumentan, y el miedo del peligro no deja la sangre fría necesaria. ¿Sabes lo que nos convendría para conmover sin pasar ninguna fatiga ni correr ningún riesgo?

—¿Qué nos convendría?

—¡Un niño, querida mía, un niño! Al verme, la persona más astuta y desconfiada no podrá creer que soy un hombre sano. Si quiero sé fingir cualquier enfermedad impresionable, convenciendo hasta á los médicos del hospital. Con un disfraz de mendigo y un niño colgado al cuello, gano el dinero á espuertas. ¿No te parece?

—Pero nosotros no tenemos niños—respondió Luisa con frialdad, sorbiendo lentamente el café cerca de la ventana abierta,—y si Dios me mandase uno... ¿entiendes?... Aunque no tengo pasión por los niños, no querria que tú llevases el mío al retortero.

—Eso se comprende—respondió Alfonso en voz baja.

Después calló largo rato pensativo, inquieto, paseándose por la habitación y lanzando á su mujer de vez en cuando una mirada rápida é interrogativa. Pero Luisa permanecía impasible, sin interrumpir el silencio, y la lentitud de las horas le parecia eterna para su vertiginosa agitación. No quiso probar bocado, ni salió como de costumbre

hacia el mediodía para trabajar en lo que llamaba *su oficio*. Consumiéndose en aquel frenesí sin tregua esperó hasta las once de la noche. Parecía un espectro espantoso; no tenia ánimo para hablar; no conservaba más que un destello de su glacial mirada. Parecía un cadáver ambulante. Tras un momento de reconcentración tomó el sombrero y dijo á su mujer:

—Me voy.

Luisa, que se había echado sobre el diván como todas las noches, preguntó débilmente:

—¿Á qué hora volverás?

—No lo sé—respondió Alfonso.

La larga llave de carcelero rechinó en la maciza cerradura. Luisa, en la soledad de su prisión, apoyó la cabeza en el respaldo del diván y se adormeció.

III

Dos horas después, en el extremo opuesto de la ciudad, entre el callejón del Afligido y la calle Speranzella, un griterío ensordecedor, en el que sobresalía la voz de Carmela, desvelaba á los durmientes. Mujeres y hombres en camisa salían á los balcones y ventanas. Un tropel de guardias, con un inspector al frente, acudía para enterarse del suceso. Las palabras que Carmela pronunciaba vociferando, llorando y mesándose los cabellos entre un bosque de brazos agitados y un coro de imprecaciones, no dejaban duda respecto á lo acaecido.

—¡Me han robado á mi hijo! ¡Han cogido á aquel pobre inocente!... ¡Me han robado mi propia sangre!... ¡la vida de mi vida!

La llegada de los polizontes, en vez de aplacarla, exasperó su desconsuelo.

—¿Qué venis á hacer? ¡Vosotros sois mis enemigos, no quiero veros! ¡sois los enemigos de los desgraciados! ¿qué pretendéis de mí? ¡Me han robado mi hijo!... ¡Qué queréis, que queréis! Idos con Dios, esbirros de mal agüero.

—¡Oh, oh!... Modere usted sus palabras—dijo

por fin el más valiente de todos,—si no la arrestaremos por desacato á la autoridad.

—¡Prendedme, prendedme, si tenéis valor!

Mas el inspector, comprendiendo que se trataba de un caso excepcional, intervino de pronto con paciencia y cortesía.

—Cálmese usted, buena mujer, y no tenga miedo. Estamos aquí para socorrerla y no para hacerle daño. Cálmese un poco y procure contarnos cómo ha acaecido el suceso.

—¿Lo sé yo acaso?—respondió Carmela entre explosiones de llanto, pero sin enojo, volviéndose respetuosa y sumisa en el espasmo de su profundo dolor.—¿Qué puedo decir? Se lo agradezco, se lo agradezco á usted de todo corazón, pero no puedo contar nada, porque nada he visto con mis propios ojos. Estaba encerrada allá en la casa y había dejado fuera á aquel pobre inocente al lado de esta pobre vieja. Al poco tiempo la oí que gritaba: «¡Socorro... socorro... socorro!» Abrí la puerta y la encontré caída en tierra con los ojos desencajados. ¡El niño no estaba allí! «¿Dónde está Vicentito, dónde?» Pero la vieja, como si estuviese agonizando, abría la boca y no podía hablar. «¿Dónde está Vicentito, dónde está escondido?» Solamente después de hacerle beber un sorbo de agua me ha dicho... que un hombre se le había echado encima, que le había dado un puñetazo en el pecho y arrebatándole á mi hijo había huído... ¡Señor inspector, á estas horas le habrán ya matado!

—No, no; son ladrones de niños; no los matan—afirmó terminantemente el policía.

Y volviéndose á uno de sus subalternos, ordenó:

—Busque usted á la vieja y préndala.

Para escuchar el breve relato de Carmela, las mujerucas habían callado suspensas y atónitas, pero reanudaron después el coro de imprecaciones, mientras ella seguía llorando con humilde anonadamiento:

—¡Señor inspector, á estas horas le habrán ya matado! ¿Qué haré, qué haré? ¡Señor inspector, no me abandone, porque sin aquel ángel de Dios, Carmela se muere!

LA LUCHA

LA LUCHA

I

En una de las terrazas de un hotel de Casamicciola, que es el pueblecillo más alegre de la isla de Ischia, una señorita inglesa de unos cuarenta años, alta, seca y rígida como un álamo deshojado, permanecía impasible bajo los rayos de un sol de Junio, ante su pequeño caballete de pintura vagabunda. Había colocado convenientemente á su modelo y esbozaba sobre el lienzo su silueta y sus rasgos más característicos. El modelo era un viejo casi nonagenario.

Un día, explorando varias sendas hendidas entre la aspereza rocosa de la isla, donde al lado de campiñas floridas y alegres quedan aún sitios salvajes, recordando la insidia del pequeño volcán que duerme bajo el mar hace tantos siglos, la inglesa

había visto cerca de un campo sucio, echado, á aquel hombre decrépito, bajo la ardiente lluvia de la luz meridional. Su barba y sus cabellos larguísimos le rodeaban como crines leonadas; cual una gran franja amarillenta, las arrugas surcaban su tostado rostro, sobre el cual los ojos, abiertos con languidez, reflejaban destellos de resignada tristeza. Al pasar á su lado la pintora, el viejo no se movió. Los andrajos con que estaba cubierto la habían inducido á buscar alguna moneda para darle limosna, pero su inmovilidad y silencio le infundieron respeto hacia aquella vejez solemne, que parecía desdeñar el socorro, y pasó mirándole sin atreverse á ofrecerle dinero. La inglesa averiguó después en el hotel que aquel anciano vivía de limosna, pero que no la pedía jamás. Había sido agricultor, soldado, obrero; había resistido las más rudas fatigas, arrostrado los peligros más grandes, vencido las enfermedades más perniciosas y visto morir á sus hermanos, á su mujer, á sus hijos y á sus sobrinos. Se había vuelto impasible á los sucesos del mundo, impasible también al egoísmo de unos y á la piedad de otros, que determinaban las alternativas de su existencia, y nunca daba las gracias al aceptar el óbolo de los caritativos, ni tampoco maldecía contra la indiferencia de los egoístas.

Un camarero del hotel, por cuyo medio había prometido al viejo la pintora una buena recompensa, volvió á buscarle al campo y le condujo hasta allí, para que le sirviese de modelo algunas horas.

La inglesa prefirió para su composición la postura en que le halló en el campo, aquella calma que prestaba á sus espesos cabellos blanquecinos y amarillentos, á sus arrugas, á su traje formado de harapos mal unidos, la imponente majestad de una figura clásica, destinada á la inmortalidad. Y dibujando sobre el lienzo las primeras líneas, la pintora volvió á hablarle amablemente en perverso italiano:

—¿Quiere usted conocer el título de mi cuadro? ¿Desea usted saber qué nombre voy á ponerle?

El viejo adopta el aspecto de una persona que durmiese con los ojos abiertos, pero al oir á la pintora se advierte en las arrugas de su frente una ligera contracción. Se prepara para responder, y después de pensarlo un rato, murmura sin moverse:

—Deseo saberlo.

—¿Es la primera vez que sirve usted de modelo?

—No. Un señor quiso hacer lo mismo que usted; me pintó tan exacto, que parecía vivo, pero más pequeño. Entonces no estaba en el suelo, sino en pie, ni tampoco era tan viejo.

—¿Qué título tenía su cuadro? ¿Cómo le llamó á usted?

—No me lo dijo.

—Pues yo se lo diré, porque creo que ha de agradarle: *El victorioso*.

El viejo se queda pensativo y pregunta:

—¿Por qué?

—Ha ganado usted la victoria de la vida. Sus

contemporáneos han muerto, han desaparecido, y usted no. Usted es fuerte, robusto, aun vive. Por eso es usted el victorioso.

—Es que hay otro viejo—observa él—más viejo que yo.

—¿Dónde?

—En otro lugar de la isla.

—¿Querría usted que no hubiese en la isla ningún otro viejo?

Él reflexiona; la pintora insiste:

—Espero su respuesta.

—El otro viejo vive bien, porque tiene familia y dinero. A mí el vivir, ¿de qué me sirve?

—Por tanto, ¿no le importa á usted vivir?

Él responde:

—Cuando me duermo creo morirme. ¿Y qué hago?... Nada. Se cierran mis ojos y pienso: «Está bien.»

***

Penetra en la terraza una pareja de enamorados. Él es un joven moreno, ágil, distinguido; por su soltura elegante se comprende que es una persona mimada por la suerte y segura de su riqueza, de su juventud y de su bienestar. Sus pupilas son pequeños espejos que, vueltos hacia el sol, recogen sus rayos deslumbrantes y los reflejan más ardientes. Ella es una primorosa y animada estatuilla de alabastro, en la cual todas las curvas, todos los

gestos, todos los ademanes, todas las sonrisas, producen una impresión completamente femenina. Sus cabellos de oro, entre los cuales juega la luz con caprichosos cambiantes, sus ojos, traviesos, sus rosadas mejillas, abrillantadas por un color alegre, casi infantil, todo su cuerpecillo, rico en detalles graciosos, realzados por la elegancia de su traje de verano, blanco y ligero, tienen un encanto de franqueza y alegría libre de enemigos, libre de amenazas.

Esperaban los dos amantes encontrarse solos en aquel lugar. Aunque libres, han venido de Nápoles en pleno mediodía, de pronto, como si hubiesen sentido la necesidad impelente de amarse en la soledad. Sin embargo, dominada la primera impresión de fastidio, no se preocupan más de aquella pareja melancólica y casi grotesca que, en virtud de la antítesis, casi alegra más, dándoles plena conciencia de su dicha. Mientras la pintora traslada al lienzo la figura del viejo, los dos amantes se repiten con acentos de inspirada improvisación las acostumbradas frases de amor, cual si hasta entonces nadie las hubiese empleado más que ellos. Después ríen con risa infantil, se persiguen con los brazos inquietos, continúan riendo y se besan, dichosos, alegres de no ocultar aquellos pueriles testimonios de su pasión, orgullosos de ostentar su amor ante la inmensidad del espacio fúlgido.

Bajo una tienda blanca y roja está preparada la mesa para el almuerzo. Un camarero correcto y

discreto destapa una botella de champagne y los avisa respetuosamente. Se sientan muy cerca uno de otro y comienzan á comer entre alegres exageraciones de apetito voraz. Comen, se agitan, se embriagan, se interrogan, charlan sin tregua dando rienda suelta á sus pensamientos alegremente fútiles, atrevidos como los giros raudos y vertiginosos de las golondrinas.

EL.—¿Tienes aún apetito, Lily?

ELLA.—Aún.

EL.—Palabra de honor que estoy encantado de verte comer.

ELLA.—Te juro que no he tenido nunca el apetito que hoy. ¿Y tú?

EL.—¡Un hambre de lobo!

ELLA.—¡Qué placer!

EL.—¿Me quieres mucho?

ELLA.—¿Me lo preguntas?

EL.—Sí, te lo pregunto.

ELLA.—¿No lo sabes?

EL.—Te lo ruego; dime cuánto me quieres.

ELLA.—Puedes sacar la cuenta tú mismo. Te conocí hace tres meses. Te amé en seguida y desde entonces mi amor crece á cada minuto que pasa. ¿Y tú?

EL.—Figúrate, Lily, que eres esta isla.

ELLA.—¿Y después?

EL.—Mi amor es el mar que la rodea.

ELLA.—¿Tan grande?

EL.—¡Tan grande!

ELLA.—¿Tan profundo?

EL.—¡Tan profundo!

ELLA.—Quiero ver si es verdad... sumérgeme, quiero verlo.

EL.—Bebe y lo verás.

ELLA.—Pues bien; bebo, bebo...

EL.—¿Y no ves?

ELLA.—Sí, veo que me adoras.

EL.—¿Te gusta el champagne?

ELLA.—Me gusta más de día que de noche.

EL.—¿Por qué?

ELLA.—Porque de día es más leal.

EL.—Á mí me gusta igualmente á todas horas.

ELLA.—¿Por qué?

EL.—Porque se te parece.

ELLA.—¿Qué dices?

EL.—Es rubio como tú, brillante como tú, espumoso como tú, se me sube á la cabeza como tú.

ELLA.—Pero tú no me has bebido nunca.

EL.—Si te acercas á mis labios, te beberé.

ELLA.—Y después, ¿ya no tendrás sed?

EL.—Tendré más sed, Lily.

ELLA.—*(Presentándole la boca.)* Bébeme de un sólo sorbo.

EL.—*(Besándola reiteradamente.)* ¡Deliciosa!

ELLA.—¿Quién puede negar que somos los seres más felices de la tierra?

EL.—Y tú eres también la criatura más admirable.

ELLA.—Explícame por qué.

EL.—Eres la misma perfección.

ELLA.—Explícate.

EL.—Eres mujer, eres joven, eres hermosa, rica, inteligente, enamorada y mía. Búscame otra criatura que reuna tantas gracias juntas.

ELLA.—Pero soy rica solamente porque soy tuya.

EL.—Las mujeres, Lily, tienen lo que se merecen. Si no fueses mía no serías por esto menos rica. Posees la riqueza de todos, porque todos están prontos á amarte.

ELLA.—Me haces reir. ¿Todos?

EL.—Todos.

ELLA.—Por ejemplo, aquel viejo venerable que parece petrificado, no.

EL.—*(Riendo).* Creo que sí.

ELLA.—¿De modo que él te envidia?

EL.—Es probable. Me envidia á su modo.

ELLA.—¡Lo que daría por saber lo que piensa y lo que siente!

EL.—¿No te parece que nos mira?

ELLA.—Tal vez nos mira como nosotros miramos el sol, la luna, las estrellas, el lejano horizonte, ¿verdad?

EL.—Si no fuésemos más que su horizonte, nos contemplaría sin envidiarnos.

ELLA.—¿Sabes que esta noche no tendremos luna?

EL.—Nosotros no hemos venido aquí para ver la luna.

ELLA.—¿Prefieres una noche obscura?

EL.—Me bastan las estrellas... me basta tu estrella. ¿Cuál es la tuya?

ELLA.—Ahora, ninguna, pero la buscaré esta noche.

EL.—Y ¿cómo harás para encontrarla?

ELLA.—Contaré mil y la que vea después de contarlas será la mía.

EL.—¿Las contarás desde la tierra ó desde el mar? Desde el mar se cuentan mejor, porque el mar las acerca.

ELLA.—Desde el mar las contaré.

EL.—Tomaremos una barca.

ELLA.—Pequeñita como una concha...

EL.—Sin marinero...

ELLA.—Sin remos...

EL.—En una barca sin remos tendrás miedo...

ELLA.—¿De qué? ¿No somos nosotros dos dueños del mundo?

EL.—Todo para nosotros, nada contra nosotros.

ELLA.—¡Qué alegría!

EL.—¡Qué gloria!

ELLA.—¡Qué gloria más grande!

Ella hace un gesto de júbilo entusiasta y frenético. Toma un vaso lleno de champagne; el champagne se vierte y se extiende sobre el mantel.

EL.—¡Cuidado con el traje, que se te mancha!

ELLA.—¡Déjalo, trae fortuna!...

***

Un vientecillo fresco, que se eleva del mar encrespado, remueve el follaje y los dorados racimos de los viñedos. La tienda roja y blanca trepida sobre las cabezas de los enamorados. Una pluma que adorna el sombrerillo de la pintora inglesa y una cinta azulada que le cuelga del cuello macilento, se agitan á impulsos del aire y la larga barba del viejo inmóvil y majestuoso se encrespa, se alarga sobre su pecho como una coraza de láminas de plata.

En un terrado lejano, bajo un toldo cubierto de hiedra y campanillas, una concurrencia numerosa come alegremente y las oleadas del viento esparcen las notas vibrantes de una canción humorística.

Son las dos en punto.

II

Á las dos y un minuto un estremecimiento telúrico desgarra el subsuelo de la isla.

Casamicciola es destruída como por la explosión de una mina inmensa. Sus pobladores y los veraneantes se confunden con el desastre colosal. Entre los vorágines abiertos, como heridas enormes, las ruinas se sepultaban en el abismo en monstruosa confusión.

III

Bajo los horribles montones de restos informes, entre las grietas de los hundimientos, el capricho misterioso ha creado los equilibrios más extraños, dejando aquí y allá laberintos y bóvedas donde penetra el aire al través de los intersticios de los escombros. En uno de esos laberintos se halla el viejo que descansaba sobre la terraza ante la pintora inglesa. El acaso ha realizado el mayor prodigio. Sacudido, macerado, deshecho, ensangrentado, sepultado, no había muerto. Y volviendo de un síncope de catalepsia, que siguió á los primeros y atroces sufrimientos y que había durado un tiempo indefinido, volvió á darse cuenta, como en un sueño, de que aun vivía.

Dos agudas piedras han formado en torno de él una especie de nicho é inverosímilmente le han defendido y preservado. Uno de estos pedruscos se apoya en parte sobre el cráneo fracturado de la pintora. En el nicho, la obscuridad es profunda, densa, impenetrable. El viejo no ve nada; comprende solamente que está irremisiblemente perdido.

Pero el instinto de conservación empieza á actuar poco á poco sobre sus músculos, que vuelven á tener agilidad, y en sus sentidos acallados. Se levanta lentamente sobre los brazos y sobre las piernas, á fuerza de paciencia. Apenas se pone en pie descubre en un ángulo no muy lejano una pálida claridad. Aquella claraboya, que representa la certeza de llegar á ver, le atrae. Y se arrastra sin dilación hacia el ángulo menos obscuro, á gatas, con la cabeza pendiente cual si la barba le pesase. En cuanto llega á distinguir claramente los contornos de las ruinas respira mejor y siente fuerzas para gritar. Alargando el cuello, lo intenta al momento:

—¡Socorro, socorro... socorro!

Pero comprende que su voz es muy débil. Casi no la oye él mismo. Se abate, descansa, cierra los ojos. Después de algunos minutos vislumbra más claridad. Entre las ruinas descubre dos cuerpos: los de los dos jóvenes que había visto en la terraza de la fonda. Al contemplarlos recuerda que eran hermosos y que bajo la tienda blanca y roja habían comido mucho y bebido un vino espumoso en vasos que brillaban al sol. Recuerda también que se habían besado. Comprende claramente la realidad; ¡aquellos jóvenes están muertos!

Un estremecimiento conmueve todo su ser; intenta gritar nuevamente:

—¡Socorro, socorro!

Los brazos ceden, bajo el peso del amplio tórax;

se extiende con el vientre y las manos entre escombros. Cree que se le anuda una cuerda á la garganta y que le envuelve una sábana plomiza. Siente espasmos de nuevos terrores, al mismo tiempo que la energía latente de la ira y del odio, y su cerebro formula con precisión las horribles blasfemias que balbucean sus labios.

En aquel instante uno de los dos cuerpos se mueve, haciendo rodar una piedra que yacía sobre él. Esto basta para conmover al viejo, que levanta la cabeza; sus pupilas se dilatan. Concibe la esperanza de salvarse; se forja la ilusión de una vitalidad repentina. El pensamiento de la muerte desaparece y sus brazos vuelven á servirle de puntales. El cuerpo que había comenzado á moverse continúa agitándose. Es el de la mujer. El viejo se acerca, la toca y la interroga:

—¿Estás viva? Habla: ¿estás viva?...

Al cabo de un rato se percibe un susurro. También ella se forja la ilusión de que renace. La presencia del viejo no le permite duda de que él ha pronunciado las palabras que la hacen revivir. Tiene á su lado un ser viviente, no está alucinada; recupera de improviso su sensibilidad y lo juzga un milagro. Sus miembros continúan atormentados por agudos dolores, pero su mente se aclara. En su memoria surge imponente la terrible catástrofe en que ha visto la muerte sin morir. Conserva el melancólico recuerdo de las horas de amoroso deliquio que precedieron al cataclismo. Comprende que á cada

instante puede ser sepultada por los escombros. Ve á corta distancia el cadáver de su amante, y reconoce al viejo que estaba echado en la terraza inmóvil ante la pintora inglesa. Ambos se regocijan de no encontrarse solos y, guiados por un impulso irresistible, se abrazan en silencio.

Después de algunos minutos unen sus lamentos y sus alaridos:

—¡Socorrednos! ¡Aquí estamos!... ¡No nos dejéis morir! ¡Socorrednos!

La unión les presta fuerza; juntos esperan, juntos hallan recóndita energía para combatir el desaliento, la desolación, los dolores, la inercia de sus músculos, el miedo de la muerte y de los fantasmas que parecen rodearles entre aquellas negruras; juntos encuentran también valor para acallar el hambre.

Cuando no tienen más aliento para vociferar, hablan entre sí lentamente.

LA MUJER.—¿Cuántos días habrán pasado?

EL VIEJO.—Muchos, muchos.

LA MUJER.—No tantos, porque aun vivimos.

EL VIEJO.—Es verdad.

LA MUJER.—¿Has oído alguna voz humana en todo este tiempo?

EL VIEJO.—Ninguna.

LA MUJER.—Tal vez estuvieras sin sentido.

EL VIEJO.—Tal creo.

LA MUJER.—Y entonces, si han explorado sobre los escombros, no los has oído... ¡Maldición!

EL VIEJO.—¡Maldición!

LA MUJER.—Pueden habernos llamado.

EL VIEJO.—¡Maldición!

LA MUJER.—Pero si intentan buscarnos, volverán.

EL VIEJO.—Sí, volverán.

LA MUJER.—¿De dónde son las ruinas que tenemos sobre la cabeza?

EL VIEJO.—No lo sé.

LA MUJER.—No veo más que un arco; después vigas, ladrillos, muros rotos. Pero ¿quién sabe de dónde era este arco? ¿quién sabe si está firme?

EL VIEJO.—¡Quién sabe!

LA MUJER.—¿Se habrá precipitado con nosotros ó pertenecerá á algún subterráneo?

EL VIEJO.—¡Quién sabe!

LA MUJER.—¿Nos llegaremos á salvar?

EL VIEJO.—Así lo espero.

LA MUJER.—No te separes de mi lado... Aquí, bien cerca.

EL VIEJO.—No podría separarme; sólo desde aquí se distingue un rayo de luz.

LA MUJER.—¿De dónde proviene?

EL VIEJO.—No sé... Gritemos fuerte.

LA MUJER.—Grita tan alto como yo.

EL VIEJO.—¡Socorrednos por piedad! ¡No nos dejéis morir!

LA MUJER.—¡Socorrednos! ¡Salvadnos! ¡Todas mis joyas, todo mi dinero para quien nos salve! ¡Si tardáis, estamos perdidos!

EL VIEJO.—¡Nadie, nadie!

LA MUJER.—¿Has oído un rumor lejano?

EL VIEJO.—No.

LA MUJER.—Me siento desfallecer, se me hiela la sangre en las venas. ¡No puedo respirar! Dentro de pocos instantes todo habrá terminado. El hambre me roe las entrañas. ¡Tengo hambre... tengo sed! Una venda me cubre los ojos. ¿Dónde estás?.. Te lo ruego... estate cerca.

EL VIEJO.—No me muevo.

Pero él ha distinguido entre el polvo un gran trozo de pan. Se aleja de ella mirándola de reojo, alarga la mano, coge el pan y lo esconde entre la camisa.

LA MUJER.—¡Me muero, me muero! ¡Ya no hay esperanza!

EL VIEJO.—Gritemos juntos.

LA MUJER.—No puedo.

EL VIEJO.—¡Socorro! ¡No nos abandonéis... auxiliadnos por piedad!

LA MUJER.—¿Por qué no estás más cerca?

El viejo no responde.

LA MUJER.—¿Adónde te has ido?

Él, vuelto de espaldas, acurrucado junto al cadáver del joven, tritura entre las mandíbulas el endurecido pan.

LA MUJER.—¿Me dejas morir sola?

El hombre engulle poco á poco el alimento masticado. Después, la sequedad de la boca y de la garganta le hace sufrir tormentos infernales. Que-

da mudo, respirando apenas, con las mandíbulas entreabiertas, la lengua entre los dientes, sumido en un letargo de agonía, agitado por un sordo anhelo de impotente ferocidad.

***

Una crepitación rompe el silencio. La inminencia del peligro renueva la alianza entre los sepultados.

LA MUJER.—¡El arco va á desplomarse sobre nosotros!

EL VIEJO.—¡Dios mío, no nos abandones!

LA MUJER.—¡Dios mío, concédenos otra clase de muerte!

EL VIEJO.—¡Te pedimos perdón de nuestras culpas! ¡Ayúdanos!

LA MUJER.—¡Haznos morir de una herida, de veneno, de peste... pero no así... no así!

EL VIEJO.—¡No, Dios mío; así no!

Callan jadeantes. Todo queda en silencio... el arco ya no trepida... todo está inmóvil.

Al través de los escombros resuena por último una voz sutil que repite estas palabras:

—¡Valor!... Dentro de pocos minutos os echaremos una cuerda ó una escala. ¡Valor!

—¡Estamos salvados!—gritan al unísono, en un arranque de energía, cual si aquella voz hubiese fortalecido su organismo instantáneamente.

Convulsos, frenéticos, se abrazan, como cuando se reconocieron, pero esta vez con más vehemencia; quedan enlazados, confundiendo los latidos de sus corazones, que parecen estallar y constituir una sola persona ebria de ventura. Después lloran y gritan aún:

—¡Aquí, aquí, apresuraos... aquí!

—La escala... lo mejor es la escala—les advierte una voz.—Alejaos del punto donde oigáis los golpes de la piqueta. No os equivoquéis; en ese sitio están barrenando la piedra y después barrenarán un gran bloque que podría mataros. Tened paciencia y calma. Nos vemos obligados á trabajar con grandes precauciones. Separaos sin moveros mucho. Si oís estas palabras contestad... gritad para que se os oiga.

Ambos, concentrando toda su energía, gritan de nuevo. Escuchan los primeros golpes perpendiculares á su cabeza y advierten que caen algunos fragmentos de yeso compacto que les indican el punto de que deben alejarse. Se refugian en el otro extremo, apoyándose alternativamente el uno en el otro. El viejo pregunta á la mujer:

—¿Basta con esta distancia?

La mujer responde:

—Sí, basta.

El viejo observa:

—Pero si no estamos bajo el arco, nada puede protegernos; ¿qué opinas tú?

La mujer responde:

—Aun queda intacta una enorme viga. Silencio; no hables, no te muevas.

***

Atentos, con los ojos fijos, sin atreverse á alentar, aguzan el oído tan sutilmente que aprecian hasta el más pequeño rumor, analizando su distancia, su dirección y su origen. Perciben más cercanos los golpes de la piqueta y se convencen de que la altura de los escombros disminuye á cada momento. Contemplando los pedruscos que caen sobre el sitio donde huyeron, se convencen de la oportunidad de obedecer sin tregua las órdenes recibidas. Pero la espera les parece interminable; se consumen, cual si estuvieran sobre brasas, y les dominan alternativamente la duda que les hace creer que de un momento á otro van á ser sepultados y la fe en los que les han prometido la salvación; la rabia felina por la lentitud de los trabajos y la alegría delirante por su próxima libertad; el reconocimiento, el rencor, los siniestros temores y los relampagueos de júbilo ante la espléndida visión de la vida. Se abrazan de nuevo, y estrechamente unidos, sienten simultáneamente las mismas sensaciones y se comunican las mismas ideas. De tiempo en tiempo retumba algún golpe perdido entre las sinuosidades del bajo suelo; cualquier resonancia, cualquier oscilación transmitida á las entrañas que

los sepultan, detienen los latidos de sus corazones. Creen su existencia suspendida de un hilo invisible. Después se reaniman, murmuran un juramento, una súplica ó una palabra de consuelo y se entregan nuevamente al martirio de esperar. De pronto los golpes cesan.

—¿Qué será?

—No hables, no te muevas.

Llegan confusamente varias voces hasta los dos mártires; algunas palabras se perciben con claridad.

—Allí están, seguramente.

—No disponemos de otros recursos y no hay tiempo que perder.

—Bajo los golpes de la piqueta se hunden las materias trituradas. En lugar de salvarlos los ahogaremos.

—Debe haber muchos escombros hacinados antes de llegar al fondo.

—¡Adelante, adelante! No es más que una tentativa: ¡adelante!

—Deteneos un instante.

—La pared maestra se mantiene firme y sostiene las ruinas; por ese lado no hay que temer.

—La pared maestra no es bastante fuerte.

—Cierto, cierto.

—Es una imprudencia trabajar con las piquetas: emplead los azadones ligeros y pequeños, extraed las piedras sin golpearlas, evitad las oscilaciones, las sacudidas...

—Sí, sí, con los pequeños y ligeros.

—Pero con cuidado, por caridad, con cuidado, si no queréis ser víctimas de vuestro propio celo.

El viejo, al poco rato, dice á la mujer:

—No sabrán salvarnos.

La mujer impreca:

—¡Ojalá se condenen!

Y juntos suplican entre sollozos:

—¡Socorrednos, socorrednos; no queremos morir!

—Tendremos paciencia... ¡Socorrednos!

Á las voces continuadas suceden mil vagos rumores, mezclados ya con un lacónico acento de mando, ya con una exclamación, ya con un murmullo. Al percibir más cerca todos los rumores vuelve á renacer la esperanza en sus espíritus, y al cabo de un rato oyen estas palabras pronunciadas en tono triunfal:

—Os anuncio que el arco del subsuelo está descubierto. Nuestras presunciones eran exactas. El arco apenas está roto.

—Aplastadle—grita uno.

El viejo quiere hablar, pero no puede. La mujer tiene la intuición de lo que él desea decir y exclama para alentar á los salvadores:

—No estamos bájo el arco... podéis tirarlo...

Se oye de nuevo un gran vocerío que los anima.

—Es necesario descender hasta allí para derribarlo.

—Allá voy.

—¡No, no!

—Allá voy.

—¡No lo permito!

—¡No lo permitimos!

—El pozo que habéis abierto puede volverse á cerrar con sólo un choque. Basta una trepidación para que quede cerrado.

—Si no se desciende más que hasta ocho metros, no hay peligro.

—Á ocho metros de profundidad no puede derribarse el arco.

—Ya está abierto; con una barra larga lo hundiré fácilmente.

—El pozo es angosto y peligroso.

—Atado á una cuerda fuerte no tendré que apoyarme en la pared.

—¡Imposible! ¡Para manejar la barra necesitas un apoyo!

—Tu perdición es segura.

—Seré un muerto más. Basta de palabras, ó los hallaremos sin vida.

—¿Cuántos son?

—Quizá son tres.

—Son dos.

—He oído una voz sola.

—He oído dos voces.

—Una, una.

—¡Pronto, la barra de hierro!

—¡La cuerda, la cuerda!

—Aquí está; atadle bien.

—¡Atadle fuerte!

—¡Más fuerte!

—¡Más fuerte!

—Dejadme ya.

—¡Aun no!

—Vamos pronto... soltadme.

—¡Virgen santísima!

—Ya.

—¡Dios omnipotente, protegedle!

—Callad todos.

Después de cinco golpes poderosos, un trozo de arco se precipita á los pies de los sepultados en vida; al eco de la masa que cae se une un gran clamor de aplausos y hurras; los infelices besan aquella peña temblando de alegría, y después miran á lo alto, alzan los brazos, agitan los labios y con la boca abierta pronuncian gritos sin palabras.

Por el orificio penetran el aire y la luz. ¡Es la vida!

Desde lo alto preguntan:

—¿Cuántos sois?

—Somos dos—responden á la par la mujer y el viejo.

El que dirige las excavaciones añade:

—No podéis salir más que uno cada vez. El pozo es estrechísimo, las paredes muy frágiles; no hay nada que garantice la estabilidad. Dos personas agarradas á la escala pesarían demasiado y el que ha de elevarla con una cuerda empujando sobre los bordes superiores, agitaría toda la boca del pozo: ¿me entendéis?

Esta amenazadora advertencia confirma en ellos el recuerdo de las observaciones antes oídas. Comprenden ambos que la salvación no es segura más que para uno solo, para el primero que salga: «El pozo podrá volver á cerrarse á un simple choque. Basta un soplo.»

—Yo saldré primero—dice la mujer con los ojos extraviados, no pudiendo dominarse ni aun admitir la tremenda duda.

—¿Por qué?—rebate él, preso de un violento espasmo.—¡Saldré antes yo! ¡Soy viejo, me pertenece á mí... me pertenece!

—¡No por Dios! ¡Me toca á mí que soy joven!—continúa ella ferozmente.—¿Qué te importa ya la vida? ¡Yo quiero vivir aún, como tú lo quieres!

La escala desciende por el agujero. La mujer corre para apoderarse de ella. El viejo, que está más próximo, se planta delante.

—¡No te dejo pasar!

—¡Cuidado, que te destrozo!

Él pretende asirla, pero sus miembros exhaustos se aflojan. Ella le echa mano al cuello, mas sus dedos están lacerados, despedazados, hinchados, cubiertos de sangre coagulada, y no obedecen al ímpetu criminal del pensamiento. Sobre la piel callosa del anciano los dedos quedan inertes. Él reanuda el asalto; sus brazos no bastan á contenerla; no pueden sujetarla; pero se abalanza sobre su pecho y la derriba contra las piedras. Él queda encima; le muerde los labios, las orejas, le arranca

los cabellos, la aplasta, la machaca. Después se yergue sobre el inerte cuerpo, introduce en el hueco iluminado su gran cabeza canosa, se asegura en la escalera y grita:

—¡Tirad pronto!

La cuerda anudada á la escala se acorta rápidamente, el viejo sube. Bajo él, los fragmentos de los escombros se desgajan, ruedan, llenan la abertura y el pozo vuelve á cerrarse con profundo estruendo.

"LA RIVAL,,

"LA RIVAL,,

El señor Rodolfo Mürtz, á quien yo no tenía el gusto de conocer, me pidió por cuarta vez una entrevista. Deseaba hablarme para pedirme un juicio crítico. En su carta me advertía que era alemán, pero muy amante de Italia y de nuestra literatura. Su prosa epistolar era verdaderamente italiana. Ni un error gramatical, ni una palabra impropia. Después añadía otros detalles. Vivia hacía muchos años en Italia y hacía un par de meses que había fijado su residencia en una casa de campo próxima á Sorrento. El estilo de la carta era tan cortés y deferente, que no pude negarme. Le respondí dándole una cita en Gambrinus, diciéndole el día y la hora en que le esperaría fijamente, y que no necesitaba más que preguntar por mí al camarero.

***

El encuentro resultó muy sencillo y no fué ni siquiera necesario que preguntase por mí. Yo le esperaba en Gambrinus y vi entrar un joven de mediana estatura, muy rubio, vestido con elegante sencillez. Sus ojos, de un azul muy claro, casi no tenían expresión, cual si fuesen de vidrio. Por los movimientos de la cabeza me pareció que miraba en torno suyo buscando á alguien, y antes de que se dirigiese á un camarero, yo, seguro de que era Rodolfo Mürtz, me acerqué. Pocos momentos después estábamos en el ángulo menos frecuentado de la sala hablando amistosamente de mil cosas. Yo estaba atónito de la rapidez con que se expresaba en nuestra lengua; me interesaban su criterio y sus observaciones. Era, sin duda, una persona de vivo ingenio y de gran cultura. Mostraba una sensibilidad de verdadero artista; comprendía el alma napolitana cual ningún extranjero, según se desprendía de su conversación. No limitaba su admiración entusiasta á los encantos de Posillipo y del Vesubio y no estaba soberbiamente escandalizado de la gente andrajosa, de la suciedad, de los mendigos y del ensordecedor burdel de Nápoles. Al través de la música y los andrajos había descubierto el carácter franco, la buena índole napolitana, el orientalismo, un poco melancólico, que inspira resignación y que observado cuidadosamente trueca la burla en piedad y en simpatía. Amaba aquella tendencia oriental que inspiraba un concepto agradable de la vida. La ambición, la vanidad, la gloria,

el progreso, la civilización, no tenían para él más que una importancia de ilusiones baldías, que desdeñaba.

En todas sus consideraciones latía un fondo de escepticismo cruel, pero no amargo: un fondo de escepticismo casi dulce, como el escepticismo napolitano, sin rebelión, sin energía, sin miedo, sin audacia, sin odio, sin rencor.

Sus palabras reflejaban á menudo vaga melancolía, que suscitaban en mí tristes pensamientos; pero si le interrogaba para cerciorarme de lo que había oído, él se sobreponía con desenvoltura para indicar que aquello no valía la pena.

Nuestra conversación duraba ya más de una hora, cuando recordé que en su carta me pedía un consejo artístico.

Durante una pausa sorbimos el obscuro café, que se había quedado frío.

—¿De modo—le pregunté al poco rato—que deseaba usted conocer mi opinión artística?

—¡Ah, ya!—dijo él, que evidentemente había olvidado el motivo de nuestro encuentro.—Se trata de una tontería. Casi estoy arrepentido de haberle molestado.

—Vamos, hable usted.

—Aun no le he dicho que soy escritor.

—Por lo menos he comprendido muy pronto que era usted un artista.

—Artista, no. Soy un escritor modestísimo, que escribe por simple entretenimiento. Escribo sólo

para mí y me enfado con mi mujer cuando, á escondidas, coge algunos garabatos y los envía á cualquier periódico de Berlín.

—¿Está usted casado?

—Hace ocho años...

—¿Se casó usted muy joven?...

—Sí; no tengo más que veintiocho años.

—Su esposa, ¿es alemana?...

—Alemana de pura sangre. No ha sido posible que aprenda ni una sola palabra de italiano. Y por eso he escrito precisamente en italiano una cosilla que ella no debe leer.

—¿Alguna novela?

—No; una comedia en un acto; un juguete cómico, una farsa...

—¡Una farsa!—exclamé yo, maravillado de que de su seriedad, de su fría tristeza de fatalista pensador, brotase una forma de arte burlesco.

Pero él, á quien no pasó inadvertido mi asombro, se apresuró á declarar que era humorista.

—En prosa ó en verso escribo siempre humorísticamente. Si no exteriorizase el humorismo, no me divertiría.

—Y ¿qué título tiene su comedia?

—*La rival.*

—¡Oh, oh!—exclamé bromeando por las sospechas que este título me sugería.

—Tiene usted perfecta razón para sospechar—añadió él con acento que demostraba el agrado con que advertía mi intuición.—Es una obrita ins-

pirada por una situación verdadera, y *La rival* es precisamente rival de mi mujer.

—¡Por Baco!

—Así era preciso que ella no pudiese leer mi obra.

—Comprendo.

—Cuando la escribía, al referírselo, inventaba otro argumento distinto, y está convencida de que he escrito una tragedia en un acto.

—Y ¿ella cree que la razón de haberla escrito usted en italiano es el deseo de que se represente en Italia?

—Ni más ni menos.

—Y ¿no piensa usted representarla aquí?

—No lo niego. Trataré de conseguirlo, si usted me dice que es representable. Pero no figurará mi nombre. Veré con gusto mi obrilla ante el público por simple curiosidad ó por el mismo placer que experimentaba, cuando era estudiante, disfrazándome en Carnaval para decir á los conocidos y á los desconocidos cuanto se me ponía en la cabeza. Afirmaban que era una máscara espiritual; todos admiraban mi ingenio, pero por nada del mundo hubiese roto el incógnito. El hacerlo me hubiera parecido una vulgar vanidad.

—Pues bien; quedo enterado. Leeré atentamente su trabajo en casa, y le diré ó le escribiré con franqueza mi opinión.

—Gracias, gracias.

Sacó un manuscrito y me lo entregó. Por de-

mostrarle interés, después de echar una ojeada sobre los personajes, dije:

—¿Qué es esto?... Hay un sólo papel de mujer.

—Sí—me contestó,—la esposa nada más.

—¿Que es su propia mujer?

—Naturalmente.

—Y la rival, ¿no sale á escena?

—¡Oh, no! No se la ve. Sería una incomodidad y una imprudencia hacer salir al escenario un automóvil.

—¡Un automóvil!

—La rival de mi esposa es el automóvil que poseo. No sé si en italiano el automóvil es masculino ó femenino... pero para mí es mujer...

Y pronunció estas frases sin sonreir ni un momento.

—¿Usted se burla?—le pregunté por indagar.

Él continuó hablando casi con gravedad, y buscando cuidadosamente la precisión de los vocablos, me dijo:

—En la comedia, esta rival es una chanza del autor: un caso ridículo que causará, si no me engaño, la hilaridad del público; pero en la realidad es un hecho serio.

—¿De veras?

—De veras. Yo adoro á mi mujer, pero después de ella adoro el automóvil. Es una infidelidad efectiva que yo cometo, porque todo el tiempo que consagro al automóvil lo robo á mis deberes conyugales. Y confieso que no puedo remediarlo. Soy como

esos hombres que aman al mismo tiempo y sinceramente á dos mujeres: la compañera legítima y la llamada amante, ó si le agrada á usted más, la subvencionada. Usted, que es persona experta, sabe que frecuentemente el amor que se siente por la compañera legítima se conserva vivo y apasionado á condición de no renunciar á la otra mujer. En mi caso, estos son los términos del problema. Derrocho con el automóvil el dinero que debía dedicar á mi esposa. Oculto á mi mujer que poseo uno de los más sorprendentes devoradores de distancias. Me alejo de mi hogar con mil pretextos para gozar de mi magnífico *cuarenta caballos*, y le aseguro á usted que por la voluptuosidad, por la embriaguez, por la alegría que me produce, lo olvido todo: olvido que en casa me espera una consorte bella, buena, gentil, fiel, cariñosa; olvido que si yo, en la rauda carrera, perdiese la vida, aquella pobre criatura enloquecería. Pero mi mujer tiene un criterio contrario. Odia el automóvil, como todas las mujeres honradas aborrecen á las que no lo son. Por lo tanto, si supiese que poseo un automóvil, moriría de espanto y hasta preferiría que le hiciese traición con una rival verdadera. Pero lo peor es que la necesidad del secreto acrecienta mi gozo, porque todo lo prohibido resulta más grato. Cuando entro yo solo en mi inmenso vehículo, me considero el hombre más feliz del mundo. Y cuando obedeciendo tan sólo á mi voluntad, á mi capricho, á mi locura, me precipito

como un rayo en el aire con mi enorme máquina, y veo cómo huyen á mi paso hombres, animales, edificios, puentes, ríos y montañas, me considero dueño del Universo, más poderoso que el demonio, émulo de Dios.

Al decir esto su voz era trémula, como si la turbase una exaltación sensual; su rostro estaba pálido, contraído, mientras sus ojos de vidrio centelleaban cual si dentro se encendiesen las retinas con eléctricos resplandores. Bajo el ligero bigote, de un rubio dorado, sus labios temblaban lívidos y toda su persona denotaba la más profunda emoción.

—¿Y no podrá usted—repuse tímidamente—refrenar estos ímpetus peligrosos? Abandonándose así, arriesga su vida; ¿no siente usted amor á la vida?

—No.

—Entonces debe usted recurrir al suicidio. Me parece más práctico, más sencillo, más explicable, y se evita usted una muerte horrible.

—Le diré á usted: no tengo apego á la vida, pero sé que debo vivir. Este deber lo cumplo como criatura humana y como marido. Hago todo lo posible por sentir la necesidad de vivir y valúo dignamente el beneficio de la vida.

—Me parece contradictorio.

—Se engaña usted. El sólo medio para valuar dignamente el beneficio de la vida es contemplar de cerca la muerte. Cada vez que corro un grave

peligro en el automóvil, el deber de vivir me parece menos pesado durante algún tiempo, y comprendí la tranquilidad de la vida que me reservaba la fortuna una noche que en el camino entre Pisa y Florencia salté por el aire con parte de la máquina, que se había destrozado al chocar contra una peña. No me explico cómo aquella noche no quedé reducido á fragmentos. Iba solo, como de costumbre; tras una fuerte conmoción me hallé rodeado de los restos del vehículo, en tierra, á la luz de la luna. Tenía solamente una pequeña herida en una pierna y los miembros algo doloridos. La muerte había pasado sobre mi cuerpo sin destruirlo. Me sentía sano y mis pulmones se abrían para respirar, como los de un hombre completamente feliz. Era el vencedor que contempla la obra de su omnipotencia. Después me pareció ver abierta la tumba de que creía haber salido y me incliné para recoger un trozo de mis pantalones. Lo cierto es que con ese trozo en la mano me erguí y agitándolo al viento grité: «¡Hurra!» en aquella soledad solemne en que mi ser palpitaba entre la Naturaleza dormida. Un eco sonoro me respondió: «¡Hurra!» Jamás había amado la vida como en aquel instante.

Rodolfo Mürtz calló.

No acerté á interrumpir su silencio, que duró algunos minutos. Poco á poco su rostro se coloreó, sus labios se plegaron en una sonrisa y me presentó abierta una petaca de plata.

—¿Fuma usted?

—Sí, gracias.

Cogí un cigarrillo; lo encendí, él hizo lo propio, y en voz baja volvió á hablarme de la comedia.

—Las sensaciones que acabo de referirle no se reflejan en mi obra. Resultaría pesada; me limito á describir los celos de la esposa, una buena mujer que ignora la existencia del automóvil de su marido, y como él se aleja frecuentemente sin justificar su ausencia, ella se convence de que tiene una rival. Tal es la trama de mi piececilla. Pero hay multitud de detalles cómicos, cuya intensidad escénica hará usted el favor de indicarme.

Aturdido y fatigado, no añadí más que algunas palabras corteses, confirmándole la promesa que le había hecho. Cuando por hablar de algo le pregunté si volvería aquel mismo día á su casa de Sorrento, su semblante experimentó una contracción de enojo.

—Estaré allí dentro de una hora—me respondió con audacia.

—¿Dentro de una hora?

—Voy en automóvil.

—Á pesar de todo, una hora me parece poco.

—Es demasiado.

Salimos á la plaza del Plebiscito, y me asombré de no encontrar el decantado automóvil. Sentía una viva curiosidad; forjaba de él un concepto fantástico; esperaba hallarme delante de un monstruo, de una mezcla de cuadrúpedos alados y de gigantesca locomotora. Pero Rodolfo Mürtz, compren-

diendo mi asombro, me dijo que el automóvil estaba en un patio no muy distante, y cual si se tratara verdaderamente de una amada incógnita, no me indicó el lugar preciso ni me invitó á que le acompañase. Estrechó mi mano con turbación y presteza y se alejó aceleradamente, mientras yo pensaba:

—En suma... este alemán es un loco.

***

Al día siguiente leí la comedia. Sobre una trama tan pueril había recamado escenas de una valentía y de una gracia extraordinarias; al leerla no pude contener la risa. Los diálogos eran demasiado largos, pero con algún corte me parecía que el trabajo resultaría graciosísimo. Escribí inmediatamente una carta manifestándole mi opinión, y con viva complacencia fuí yo mismo al correo para franquear el manuscrito.

Ya me disponía á echarlo, cuando pasó junto á mí un vendedor de periódicos. Compré los diarios de la mañana, y siguiendo la automática costumbre, los abrí para echar una ojeada al sumario. Entonces mis ojos fueron atraídos repentinamente por el título de un suelto: «Desastre automovilista.» Instantáneamente tuve la convicción de que la víctima de la catástrofe era Mürtz. Un escalofrío me corrió por todo el cuerpo. No me había engañado.

El cronista narraba brevemente que el día anterior, en lo alto de la punta de Scutari, en el camino de Sejano á Sorrento, un automóvil se había precipitado desde el talud hasta el mar. Del individuo que guiaba la máquina no se habia hallado más que el sombrero. Y el periodista añadía: «En menos de una hora se ha esparcido la trágica nueva por toda la península sorrentina y las autoridades han podido averiguar fácilmente que el hombre desaparecido era un rico alemán que vivía con su esposa en los alrededores de Sorrento. Para mañana más detalles.»

Sentí un frío que me helaba hasta el tuétano. La carta y el manuscrito que tenía en la mano me causaban un temblor nervioso. De ellos parecía esparcirse un fluido mortífero. Hubiese querido tener el derecho de destruir el manuscrito. Rompí la carta y guardé la comedia. Dejé transcurrir una semana, y tras largas vacilaciones vencí. Vencí la repugnancia que sentía y cumplí el penoso deber de enviar á la viuda de Mürtz *La rival.*

EL RECIENNACIDO

EL RECIENNACIDO

...Por último, antes del alba, el ladrón encontró ocasión de hacer algo de provecho. Rendido y desanimado de largas correrías y de infructuosos escondites, se hallaba cerca de los jardinillos de la plaza de Cavour, obscuros y solitarios como un cementerio, sentado sobre un banco impregnado de humedad, maldiciendo de su mala suerte y mirando los lentos carros que con el rumor grave y retumbante que producían sus anchas ruedas sobre el desigual empedrado avanzaban entre los imponentes palacios de la amplia y vieja calle de Foria, dirigiéndose á la vía del Museo ó á la de Constantinopla. Afortunadamente para él, no pasaba ningún carro y los que caminaban se oían ya muy lejos. Entonces saltó á la espalda de un caminante de contextura débil, echóle un brazo al cuello y teniéndole cogido amenazó:

—Pronto, todo lo que tengas.

Era un hombrecillo endeble, que ni aun pudo rebelarse.

—No me mates—suplicó castañeteando los dientes y arrodillándose, con lo cual parecía más pequeño de lo que era en realidad.—Toma el reloj, la cadena, pero no me hagas daño.

—El reloj y la cadena no me bastan.

—Son de oro.

—No me bastan, necesito el dinero.

Y le puso un cuchillo sobre la garganta.

—Espera; ¿qué consigues con matarme? Te lo daré todo... espera.

—Será lo mejor.

Registróle las alforjas apresuradamente, sacó un pañuelo, una llave, dos cigarros y una cartera. Le devolvió la llave y el pañuelo y le despidió con calma.

—Vete á tus negocios y no te vuelvas. ¡Buen sueño!

La víctima escapó, cual un topo perseguido; él, ansioso de saber lo que contenía la cartera, saltó la valla que rodea los jardines y se internó en una recóndita avenida de árboles para apreciar el botín, sin miedo á ser descubierto. La noche otoñal era tranquila y templada y acurrucándose se disponía á abrir la cartera, cuando la cercana sombra de una mujer, que se deslizaba á gatas, le hizo temblar de espanto; pero ella, asustada también, protestó enderezándose:

—¡No me puedes denunciar! Aun estoy aquí...

no le había abandonado todavía... ¡no puedes denunciarme!

En una pequeña excavación del terreno se divisaba un bulto.

—¡Ah, canalla!—exclamó el ladrón ahogando un bramido;—aquello es un niño muerto.

—¡Aun está vivo!—dijo ella pretendiendo justificarse.

—Quiero verlo.

—No le toques, duerme.

—¿Duerme?

—Ha nacido fuerte y hermoso; le he conservado cuatro días entre algodones, porque no podía levantarme del lecho. Pero esta noche me ha faltado el valor para matarle.

—¿Y querías enterrarlo vivo?

—No, quería confiarlo á la suerte... Había pensado: «¿Quién sabe si el Señor misericordioso le auxiliará?»

—Pero esta fosa, ¿no la habías cavado para él? ¡infame!

—Yo no la he abierto, te lo juro. La he encontrado así; parecía estarle esperando.

—Y ¿tenías valor para dejar á la intemperie á este ángel?

—¡No me puedes denunciar, porque no le había abandonado aún!

—Eres el ser más infame del mundo, y las galeras serían pequeño castigo para tu maldad. Ven.

Y la cogió de una muñeca para arrastrarla. Ella no se defendió, pero repuso amenazadora:

—Si me denuncias, te mando prender por ladrón.

Inmediatamente el aludido le soltó la mano, y después preguntó tranquilamente:

—¿Me has visto?

—He entrado aquí por el lado más obscuro. Te vi sentado en el banco; no he querido huir; he supuesto que eras un policía y la fuga me hubiera delatado. Estuve escondida detrás de aquel asiento. Cuando te levantaste para sorprender á aquel pobre hombre, pensé: «¡Es un ratero; menos mal!» Entonces me moví yo también. Mientras tú dabas el golpe yo metía al pequeño en el hoyo. No esperaba que volvieses... mas se ve claramente que, como pecadores, el diablo quiere unirnos; has vuelto, y ahora, si no callas tú, no callo yo. Juntos iremos á la cárcel.

—¡Tienes razón! Pero ¿crees que porque robo, exponiendo mi vida, para mantener á mi mujer, que es honrada, soy lo mismo que tú, capaz de sepultar vivo á tu propio hijo?

—Yo no tengo nadie que piense en mí: ni padre, ni marido, ni un hermano, ni un amante. El que me poseyó por fuerza, ha muerto. Trabajo sin descanso para mi madre y para mí; si la gente supiese que he tenido un hijo, me escupiría al rostro y no encontraría más trabajo. Además, ¿cómo iba á criarle? Tengo mala salud; la comadrona me ha advertido que cualquier imprudencia puede costar-

me cara, y si muero, ¿qué será de mi madre paralítica?

—¡Ah!—exclamó él, algo conmovido.—Las cosas de este mundo no salen á medida de nuestros deseos... todo lo contrario... siempre al revés... pero...

Se quitó la gorra, se rascó la cabeza y reflexionó: inclinóse después sobre la fosa y levantó el envoltorio cuidadosamente. La cabecita del niño quedó descubierta; tenía los ojitos cerrados y el labio inferior se apartaba de la encía. Acercó el oído al pecho del pequeño, y ya seguro, al cabo de unos instantes murmuró:

—No está muerto. Respira.

Se puso en pie, abrió la cartera, contó cuidadosamente los billetes que encerraba, y hablando consigo mismo añadió:

—Está bien.

Después repitió secamente las palabras con que solía dar libertad á los incautos que desvalijaba:

—Vete á tus asuntos y no te vuelvas.

—¿Qué has pensado?—preguntó la mujer en voz baja y trémula.

—Me lo llevo á mi casa—respondió él sin mirarla, poniéndose la gorra.—Mejor estará allí que enterrado vivo. Este dinero servirá para buscarle nodriza; mi mujer dispondrá lo demás. Hubiese dado los ojos por tener un hijo, y siempre se enfada cuando me oye repetir que las cosas del mundo salen siempre al revés de lo que se desea. Este no

es hijo suyo, pero es un presente que le hago yo. ¡Me ha afligido tantas veces diciendo que por lo menos quería criar á un inclusero!... Cuando se oiga llamar mamá, la pobre estará tan contenta...

Se bajó de nuevo, y cuidando de no golpear al niño, le cogió en los brazos. Y como la mujer le contemplase de cerca, con la fisonomía siniestramente atónita, insistió:

—¿Te vas ó no te vas?

—Me voy.

—Pues pronto. Acuérdate de que no nos conocemos. Comprendes... ¿sí ó no?

—Comprendo.

—Pues vete á tus asuntos y no te vuelvas.

Ella se alejó sin volverse; el ladrón besó la frente del niño.

EL SONAMBULO

EL SONÁMBULO

I

Cuando á las dos de la madrugada se cerró la farmacia Baratti, donde Arístides Salvacoderi había pasado, como de costumbre, algunas horas, comenzó su habitual y perezoso vagar continuo, lento, tortuoso, semejante al de un can vagabundo, entre las inmundicias de las obscuras callejuelas y los desiertos parajes de Montecalvario ó entre las fantasmagorías misteriosas de la calle de Toledo. Otra de sus estaciones de parada era el obscuro tabuco conocido con el nombre de «Café de la Cruz de Saboya, café de noche y de día», donde por el precio de lo que se consume se puede esperar hasta el alba velando ó dormitando.

Arístides Salvacoderi entró con aire desenvuelto, como asiduo parroquiano, y tomó asiento entre dos durmientes que cabeceaban delante de dos tazas

vacías, disfrutando el derecho adquirido. El sonámbulo dirigió en torno suyo una mirada indiferente con sus ojillos redondos, cansados y legañosos, y entre los parroquianos, ya rendidos, ya atentos á contemplar el techo mientras fumaban, no hubo uno con quien pudiese hablar, ni oyó á nadie las bromas, gestos ó indirectas que le ponían lívido de rabia, pero que le eran indispensables, como si su cuerpo aniquilado recobrase las fuerzas con las invectivas. Rascóse la inculta y tosca barba con un movimiento de mono y pidió una copa de anís. Cuando hubo sorbido el licor, sondeó en vano la penumbra llena de humo y se envolvió en su antigua y obscura talma, cuyos abundantes pliegues prestaban cierto carácter clásico á la suciedad de su ridícula persona, sobre la cuál se destacaba su vacilante cabeza de fantoche, medio escondida en un resto de gorra de viaje. Al acercarse el extenuado camarero para cobrar el precio de la copa, se animó, y disimulando, como de costumbre, su somnolencia, preguntó con vivacidad exagerada:

—Y aquel loco de Fabio Ferruccio, ¿no ha venido?

—Aun no—respondió el camarero mirando el reloj.

Para prolongar el diálogo, Arístides Salvacoderi añadió:

—¡Bah! ya lo comprendo. ¿Qué apostamos á que á estas horas está jugando ese calavera?

—¡Vaya un descubrimiento!—balbuceó el camarero guardando las monedas en el bolsillo.

—Yo no he jugado jamás. Ni aun en la época en que tenía dinero. Cuando estuve en Malta, una noche un oficial inglés, ebrio como una cuba, me dijo: «Si no juegas conmigo te echo al mar.» Yo no accedí y él me sujetó por los brazos, como cuando se coge un cántaro, y... ¡patapum, allá va! Poco faltó para que no muriese ahogado. Por fortuna había cerca una barca y me recogieron, pero tragué mucha agua.

—¿Y qué le hizo usted al inglés?

—En el fondo era un pobre diablo; nos hicimos muy amigos.

—Luego se lamenta usted de que la gente se burle y se ría por detrás...

—Eres un necio—respondió animándose Arístides Salvacoderi, feliz con aquella conversación que versaba sobre su tema favorito.—¿Soy acaso algún títere? La gente que se divierte á mi costa hace muy mal. ¡Soy un elegante!... más elegante que muchos; tengo parientes muy nobles en Grecia, y cuando era joven frecuentaba la corte.

—Sí, sí; todo eso lo ha repetido usted muchas veces, pero...

—*Pero*... ¿qué quieres decir? No soy un elegante, porque no hago el *Narciso;* visto de cualquier modo, mas ¿qué importa? Ciertamente que no vestía así antes, cuando mis hermanos no me habían usurpado el patrimonio. En Atenas me vestían los

mejores sastres, y sin embargo sucedía lo mismo, yo era el juguete de todos. Es mi sino; ¿qué le voy á hacer? Tengo limpia la conciencia; los que se burlaron y se burlan de mí deberían avergonzarse. Yo no. Ellos son los que dan pruebas de su pequeñez. ¿Se ríen á mis espaldas?... Pues bien claro está que son unos miserables.

El camarero, por no escuchar la vieja cantinela, se había alejado. Arístides, sin sorprenderse, limitóse á comentar:

—¡Valiente educación! ¡ni aun los camareros de café saben ya respetar á los nobles! En cambio cuando entra aquí un calavera, mil ceremonias y mil zalamerías.

Después, no teniendo ya con quién hablar, se dejó vencer por su letargo, como por un activo narcótico. Entre la barbilla que se confundía con los pliegues de la talma y la visera de la gorra calada hasta las orejas, se destacaba apenas el perfil de su nariz aquilina, único é inmutable signo de su griega y nobiliaria estirpe.

Así, entre una conversación y un bostezo ó dormitando en la calle bajo un farol, el sonámbulo cedía á las exigencias del cuerpo, condenado por él á no disfrutar de la blandura de un lecho. Si alguno exhortaba á Arístides para que durmiese, él juraba y perjuraba que no le era necesario.

—¿Cómo dormir? ¿quién sabe por qué no tengo sueño nunca? Si esto parece raro á la gente, es porque el hombre en general tiene un concepto

muy limitado de la vida. ¿Me hallan extraño porque no tengo sueño? Si fuesen personas serias é inteligentes, no se ocuparían en estos detalles, y sobre todo no me mortificarían á mí.

Pero si no le daban bromas se volvía taciturno, se quedaba más pálido, más encogido, semejante á un espectro, cual si su espíritu en aquella calma libre de emociones, insensible, alejado del mundo exterior, se abandonase á una inercia mortal. Buscaba á sus perseguidores, se aproximaba á ellos y les insultaba con una mezcla de rebelión y de agradecimiento afectuoso.

***

Cuando á las cuatro de la mañana llegó Fabio Ferruccio, una especie de corriente eléctrica desveló á Arístides, el cual le saludó efusivamente.

—¡Oh, oh, querido Ferruccio! ¿Ha actuado usted de calavera hasta estas horas?

Mas como el otro no respondía, y con el rostro sombrío, los ojos inyectados en sangre, el sombrero hacia atrás, esperaba que el camarero le llevase los cigarros que había pedido, Salvacoderi se dirigió hacia él y tocándole en un brazo dijo:

—¿Qué es eso, tiene usted mal humor? ¿no me cuenta usted nada? ¿le han tratado mal? ¡si siguiera usted mis consejos! ¡Un jovencillo de veinticuatro años, guapo, de buena familia y gran talento,

perdiéndose en las casas de juego, es un verdadero crimen!

Fabio Ferruccio encendió un cigarrillo y se dispuso á salir, volviéndole la espalda y murmurando entre dientes:

—¡Vete al diablo, andrajoso!

—Esto sí que es una insolencia—vociferó el sonámbulo volviéndose enfurecido hacia los parroquianos soñolientos ó indiferentes, y siguió al joven, que salía por la puerta del café.

Ferruccio, viéndole al lado, hizo un gesto de impaciencia.

—No vengas detrás esta noche, porque no puedo darte conversación.

—¡Pero es que yo no tolero insolencias!—insistía el hombrecillo caminando al lado suyo y envolviéndose en su gran talma, que casi le llegaba á los talones.—Usted me ha llamado andrajoso; esos son vocablos indignos de personas como usted. Cuando se le ve por el día en paseo, gracioso y sonriente, admirado por las mujeres, envidiado por los hombres, no se le creería capaz de palabrotas tan plebeyas. ¡Andrajoso yo! ¿Con qué derecho me llama usted así? Soy un caballero como usted y se me ha de respetar. Usted se permite frecuentemente bromas de muy mal género. ¿Cree usted que no lo he comprendido? Aquel hombre que me asaltó en el camino de Monteolivete era un ladrón fingido, que usted había pagado; me robó siete sueldos; si hubiera sido un ladrón verdadero, habría hecho un

buen negocio. La otra noche, aquellas mujerzuelas que me rodearon como unas salvajes, sujetándome y riéndose á carcajadas, estaban también pagadas por usted. Pero ¿á qué viene esto? ¡Con mujerzuelas tan repugnantes, no he tenido nunca nada de común! ¡En Grecia me he tratado con las damas de la corte!... ¿sabe usted? Mi madre era italiana, mi padre griego. Una autoridad de primer orden, lo garantizo yo, y si cuando murió, mis hermanos no me hubiesen despojado de mi patrimonio, estaría mejor que usted. Por lo demás, aunque pobre, no pido nada á nadie. Desde Malta me envía mi hermana, que está casada con un maltés, lo que necesito para vivir. No me hace falta ni casa; para comer voy á las fondas, y en cuanto á dormir... jamás tengo sueño. ¿Lo duda usted? Es la verdad, nunca tengo sueño; muchos se ríen, pero deben ser tontos; si no lo fuesen, pensarían de otro modo, ¿no es cierto?

Fabio Ferruccio caminaba en silencio, excitado por la petulancia de Arístides, que con la inconsciente necesidad de seguir urdiendo mil patrañas, agotaba todos los argumentos con que solía estimular á sus atormentadores.

—¿Pero por qué tiene usted tan malhumor esta noche? ¿Se siente usted enfermo, tiene algún disgusto? Sea franco conmigo. En Grecia he sido confidente de hombres que han subido muy alto; hable usted. Arístides Salvacoderi no es un desconocido. Confiémelo usted todo.

—¡Vete!—respondió por último Ferruccio sin ira ni rudeza. Después permaneció silencioso.

El sonámbulo no se fué, pero calló por una deferente transacción excepcional en él. Era una noche de invierno, no muy fría, pero llena de efluvios deprimentes que flotaban en el aire; en el cielo no brillaban estrellas; únicamente en las calles se refugiaba una luz tenue entre la obscuridad que lo envolvía todo. Fabio y Arístides vagaban apresuradamente de un lado á otro, como en secreta peregrinación. Aquí y allí, en las vías menos angostas, los coches con sus farolillos y sus capotas levantadas semejaban catafalcos. Algún cochero roncaba en el pescante; otros, acurrucados en tierra, se inclinaban sobre un poco de fuego, que apenas ardía sobre la ceniza acumulada en el cieno. Los esqueléticos caballos inmóviles inclinaban la cabeza en ademán pensativo y sus patas dislocadas dibujaban al través en la sombra extrañas y grotestas siluetas. De rato en rato Fabio Ferruccio repetía en tono conciso:

—¡Vete!...

Arístides, sin protesta, sin dar señales de haber oído la orden, continuaba siguiéndole en silencio. En un callejón cerrado, donde un alto muro semejaba un inmenso rastrillo de plomo, caido del plomizo firmamento para cerrar fatalmente el paso á los dos vagabundos, el joven se paró. Arístides, después de un instante de expectación, se decidió á preguntar:

—¿Qué hacemos aquí?...

El joven, con voz seca, repuso concisamente:

—¡Ahora debes irte de veras!

—Pero ¿va usted á quedarse en este callejón?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mañana lo sabrás.

—Esta noche está usted más loco que de costumbre.

—Si no te vas, te mato.

El cañón de un revólver que Ferruccio sacó repentinamente del bolsillo esparció entre las sombras del callejón un lívido relámpago, apenas perceptible.

—¡Ah!... ¡está bien!... ¡está bien!...—exclamó alegremente el sonámbulo.—¡Volvemos á las bromas de mal género! Pero con las armas, querido mío, no se juega. ¡Ahora comprendo la comedia que representa usted hace más de una hora! Es usted un gran actor y sobre las tablas hubiese álcanzado ruidosos aplausos. ¡También yo en Atenas declamé una vez en casa de un embajador!...

—¡Basta!—rugió Ferruccio.—¡Quiero estar solo!

Y era tan fuerte y tremenda la voz del joven y tan amenazadora el arma que centelleaba en la obscuridad, que Arístides, aunque persuadido de que se trataba de una farsa, tembló de pies á cabeza, y ciñéndose la talma, sin proferir palabra se alejó poco á poco.

Ya se disponía á huir cuando una detonación

no muy ruidosa le aterró. Permaneció un momento como petrificado, empapado en un sudor glacial, aguzando el oído, interrogando el silencio. Pero bien pronto su mente se aclaró. Recordó el asalto del fingido ladrón; recordó la burla de las mujerzuelas, pagadas por aquel burlón sempiterno; recordó multitud de excentricidades impúdicas ó fúnebres organizadas por Fabio y por sus camaradas y volvió atrás gallardamente para demostrarle que comprendía la burla. Descubriendo tendido en tierra el cuerpo de Ferruccio, le empujó con el pie y comenzó á jactarse:

—¡No me engaña usted, querido mío; ya le he dicho que es un gran actor... hasta cierto punto! Con estas bufonadas no convence usted á nadie. ¿Ó es que me juzga imbécil? El imbécil es usted, que pierde tanto tiempo para jugar conmigo y... ¡vaya un ingenio!... un joven tan gracioso, listo y de buena familia, se denigra con tales sandeces. En esta postura resulta usted más grosero que yo; sí, sí, estése tripa abajo como una marmota... hace usted una hermosa figura, ¡palabra de honor! Vamos... acabe de una vez.

Fabio Ferruccio no se movió. Salvacoderi insistió de nuevo en la puerilidad de la broma, que en el fondo le complacía.

—¿No quiere usted darse por vencido? ¿pretende asustarme? entonces me voy... ó si no, no; le obligo á usted á permanecer así; ¡ya tengo compañía! ¡Ah, ah! ¡por esta vez yo le castigo!

En un ángulo del callejón había un rimero de piedras blanquecinas que se destacaban en la obscuridad. Arístides, restregándose las manos, se acomodó sobre ellas, cual en muelle diván, y murmuró para sí:

—¡Vaya un gusto! ¡Es una verdadera locura!... pero harto sé lo que quiere; desearía que echase á correr por toda la ciudad, llamando gente, alarmando á medio mundo, molestando á médicos, boticarios y polizontes; ¡ni una broma de Carnaval! Pero yo pregunto si es honrado tender semejantes redes á un hombre como yo. Abusan de mí, porque soy extremadamente delicado. Pero es inútil; lo llevo en la sangre; soy todo un caballero.

Acurrucado en el montón de piedras balbuceó estas últimas palabras, y con los miembros adormecidos y la cabeza pesada cayó en un sueño morboso.

***

Al amanecer, un guardia de orden público le despertó de un puñetazo, y él, abriendo los ojos y divisando al través de un velo de luz amarillenta el cadáver de Fabio Ferruccio entre un charco de sangre y el revólver medio clavado en el lodo, saltó contrayendo el rostro despavorido cual por una bofetada.

—¡Borracho, bribón! ¿Cuándo le has matado?— le increpó el guardia arrastrándolo brutalmente.

—¿Borracho yo? ¿con quién cree usted que está hablando?

—Si no hubieses estado borracho, no te hubieras dormido cerca de la víctima.

—Pero ¿qué dice usted? Soy todo un caballero; no he matado á nadie ni me emborracho nunca.

—No hables, canalla, que pierdes más.

—¡Canalla yo! ¡Me llamo Arístides Salvacoderi y tiene usted el deber de respetarme: tengo parientes hasta con timbres nobiliarios en Grecia! ¡Estese usted quieto, por Baco! ¡no me toque con sus manazas plebeyas!

—Vamos, granuja, vamos.

*
* *

De este modo Arístides Salvacoderi fué preso, acusado de homicidio, procesado y condenado. El juego ruinoso, las fuertes deudas, las mujeres comprometidas, las firmas falsificadas, la inminente deshonra hubiesen explicado el suicidio de Fabio Ferruccio, si no se hubiese advertido en aquel callejón sin salida la presencia de Arístides, vencido por el sueño, evidentemente por la misma embriaguez que le había impulsado á cometer el brutal delito. Ningún móvil había podido inducir á Ferruccio á matarse al lado de Arístides, y no era tampoco verosimil que éste, al ver el cadáver, en vez de denunciar el hecho se hubiese dormido sobre el

montón de piedras. Cuando el acusado describió minuciosamente la escena de aquella noche, los jueces, los jurados y el público se habían indignado ante la fantástica invención, divirtiéndose, como en un teatro, con la cómica originalidad del reo

II

Arístides Salvacoderi lleva ya tres años en una cárcel de San Francisco. Durante las horas que se le permite hablar, repite vivamente á los presos y carceleros que de su condena debe avergonzarse la justicia, no él, que se aflige bien poco; y su discurso termina diariamente con el mismo tema:

—Los que me han condenado demuestran la estupidez del género humano. Siempre seré Arístides Salvacoderi; mi pasado no se destruye. ¿La justicia me ha perseguido? pues el descrédito es suyo. Si hubiese tenido el dinero y la posición que disfrutaba en Grecia con mis padres, no hubiera sucedido esto. Mi padre gozaba de gran influencia en la corte y estoy acostumbrado á tratarme con los principales personajes. He conocido á algunos calaveras, no lo niego, pero es indudable que Fabio Ferruccio era un hombre distinguido; si no hubiese sido tan pundonoroso, no se hubiera matado y yo no me hallaría aquí, ¿no os parece?

Lo que constituye la desgracia de Arístides es la orden de acostarse por la noche.

—Es una tiranía bestial—afirma con lágrimas en los ojos;—no comprendo cómo una persona de tanto talento como el director de las prisiones no se convence de que todos no somos iguales. ¡Pequeñeces, miserias indignas de un país civilizado! Puedo jurar que en mi vida he dormido, por la sencilla razón de que no he tenido sueño nunca... y luego... ¡condenarme á doce años de cárcel!... está bien... pero obligarme á dormir, es una verdadera injusticia.

Y las lágrimas, regando su enjuto rostro, le bañaban la barbilla fosca y canosa, que ya no se confundía con los clásicos pliegues de su vieja talma, abolida también, como el sonambulismo vagabundo.

LA PRIMERA FICCIÓN

LA PRIMERA FICCION

Un día su mamá le impidió á Bebé penetrar en la habitación donde durante tanto tiempo había visto enfermo á su padre; y aquel mismo día, mientras llegaba mucha gente y entraban coronas de flores, la mamá vistió á Bebé con el traje de fiesta adornado de plumas de cisne, le puso en la cabeza el gran sombrero de fieltro gris, sobre el cual se agitaba una pluma celeste, y le dijo:

—Ahora se irá Bebé con su tía... que le comprará un hermoso caballito, que corre; y luego en casa le contará lo que le sucedió al papagayo del rey *Pinco* y después volverá Bebé; sí, sí, volverá con su mamá, que estará muy triste y él será su alegría, su consuelo, su vida...

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le besó dos, tres, cuatro veces, le arregló los bucles rubios á lo Giotto sobre la cándida frente y se alejó.

Bebé, algo extrañado, se agarró á la falda de la tía Emilia, que debía llevarle consigo, y que en se-

guida halló palabras para distraerle, devolviéndole la alegre y acostumbrada inquietud de sus miradas, de sus manos, de todo su diminuto cuerpo agitado, como una florecilla del campo, por un caprichoso vientecillo.

El *caballito* y el papagayo del rey *Pinco* eran cosas que Bebé comprendía á maravilla: *alegría, consuelo... Mamá estará triste*, eran en cambio para él palabras huecas que llegaban torpemente á sus oídos, cual si quisieran y no pudiesen entrar. Pero después razonó con la tía el color del caballito, esmaltando su balbuceo con el acostumbrado diluvio de su interrogativo *por qué*, pronunciado á su manera.

—Quiero el caballito rojo.

—No, Bebé, no son asi.

—¿Por *té* no son así?

—Porque los caballos grandes, los que andan por las calles, no son rojos.

—¿Y por *té* no son rojos?

—Porque serían feos.

—Papá tiene un caballito rojo, pequeño, pequeño; ¿por *té* hay un caballito tan pequeño?

—Porque es de coral y no corre. Sólo sirve para la corbata.

—Pues yo le quiere como el de papá.

—No, no, Bebé.

—Sí, como el de papá.

—No seas terco... no digas eso.

—¿Por *té* no he de decir eso?

—Porque es de mal agüero.

Y hablando así bajaron la escalera. Entre las palabras *mal agüero*, que Bebé no comprendió, otro de sus *por té* quedó sin respuesta. Emilia contestó con un suspiro. Cuando llegaron á la portería, el pobre Bebé, que anhelaba reanudar el diálogo, repitió:

—Le quiero como el de papá.

Alzó la cabecita, y por debajo del ala de la capota miró el rostro de su tía, cual si esperase adivinar la razón de su silencio. Ella, taciturna, le conducía de la mano dulcemente, mientras él, pataleando, no se resignaba á aquel mutismo.

En sus labios rosados y frescos, como hojas de rosa bañadas de rocío, se reflejaba la alegría, pero en sus grandes ojos azules y profundos se adivinaba una vaga tristeza. Bebé no sabía aún pensar, pero aquel día parecía que sus ojos pensaban.

***

Al cabo de una semana, Emilia le llevó otra vez con su madre. ¡Qué triste había estado Bebé! ¡qué poco se había cuidado del caballo ofrecido, de aquel hermoso caballo con silla inglesa y ruedas debajo de las patas!

Cuando su madre le abrió la puerta... ¡qué alegría! Llenó el aire de gritos agudos y con la ligereza de un gatito saltó al cuello de su madre, que le

cogió como si hiciese años que no le había abrazado.

—¡Hijo mío, hijo querido! ¡único consuelo de tu pobre mamá, que es tan desgraciada!

Cuando hubieron desfogado el deseo de besarse y volverse á besar, Bebé, sentado sobre las rodillas de su madre, que había caído silenciosa sobre una silla, comenzó á mirarla atentamente. También el niño guardó silencio, y eso que era gran fatiga el callar para él, el más famoso parlanchín del mundo. Luego comenzó á jugar con un fleco del chal en que su madre se envolvía cual si tuviese frío. Era un chal negro, que se confundía con los pliegues de un traje, igualmente negro, que no le había visto nunca.

—*¿Por té estás vesida* tan negra?

La señora no contestó. Bebé quería añadir alguna otra cosa, pero no la dijo hasta que ella, viéndole inquieto y temiendo que se impresionase, preguntó entre caricias:

—¿Qué quieres, Bebé?

Él se reanimó prontamente, iluminóse su rostro y con acento de verdadero anhelo replicó:

—Quiero á mi papá.

La madre estalló en sollozos y dijo tristemente:

—¡Papá se ha marchado!

Bebé rompió también á llorar viendo que lloraba su madre, y ella, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, enjugaba las del niño y repetía con suave insistencia la piadosa mentira:

—No llores... no llores... tu papá volverá...

Bebé, abriendo los ojos, aun brillantes por las lágrimas, preguntó convencido:

—¿Volverá... de veras?

—Sí, sí; volverá.

***

Había pasado un año sin que Bebé lo advirtiese, porque para él todos los días eran iguales. No le había faltado la ternura de su madre, que todas las noches le mecía, como cuando era más pequeño, mientras él, con los brazos en cruz sobre el pecho, le preguntaba invariablemente:

—¿Cuándo vendrá papá?

Y su madre siempre le rogaba que tuviera paciencia, acariciándole.

Pero llegó un día distinto de los otros y más parecido á aquel en que su madre le habia confiado á la tía Emilia. Había el mismo ir y venir de gente; traían también flores de rato en rato, y lo mismo que la otra vez, la tía se lo llevó á su casa, después de que su madre, muy conmovida, pero sin llorar, le hubo vestido con el mejor traje, arreglándole sobre la frente los rizos á lo Giotto.

Tampoco él lloró, sino que comenzó á pensar:

—La otra vez, cuando la tía Emilia volvió á llevarme á casa, me encontré á papá, que estaba aún allí, antes de irme yo. Ahora de fijo le encontraré

á la vuelta, ya que parece necesario que yo me marche cuando este bendito papá haya de ir ó venir.

Y cuando volvían á su casa, Bebé, muy intrigado, suplicó reiteradamente á su tía que no anduviese tan despacio. Cuando llegaron al portal quiso subir la escalera con los pies y con las manos, como cuando hacía el corderito. La tía se hallaba aún en el primer rellano, cuando él llegaba ya al segundo piso, poniéndose de puntillas para apretar con sus deditos el botón del timbre eléctrico.

Apenas vibró el sonido batió alegremente las manos.

Una camarera abrió la puerta. La casa estaba obscura. Bebé tropezaba, ya en una silla, ya en una puerta cerrada, y la tía, expiándole, se proponía entretenerle.

Todo inútil. Bebé, como jugando á la gallina ciega, llegó al terrado, donde ordinariamente acostumbraba á jugar. Y corrió hasta que encontró á su madre, que le cogió en sus brazos, loca de contento. Pero no estaba sola. Un hombre la seguía. En la penumbra, Bebé no distinguió su rostro, y con los ojos desencajados interrogó vivamente:

—¿Papá?

Su madre, con timidez, le susurró al oido:

—No, Bebé; papá no ha vuelto.

De pronto Bebé reconoció á aquel hombre. Le había visto con frecuencia por la casa, pero siempre como si huyera de él. Últimamente le había

dado juguetes y dulces, pero no le había agradado nunca ni se había resuelto á darle un beso.

Más tarde, aquella noche, viéndole junto á su camita, al lado de su madre, no podía dormirse, y de improviso se rebeló.

—¡Vete tú!...

Su madre le dijo tímidamente:

—¿Por qué eres malo?... Este señor no se puede ir. Dios se enfadaría. Es el compañero de mi vida. Estará siempre á mi lado... estará siempre contigo... Dime: ¿le querrás, le querrás mucho?...

Bebé calló. Cerró los ojos y fingió dormirse.

EL IDEAL DE LAS NIÑAS

EL IDEAL DE LAS NIÑAS

I

Clarisa es una joven inteligente, muy graciosa. Tiene veintidós años y busca marido. *Franz* es un apuesto joven, muy rico. Tiene veintiocho años y no busca mujer. La escena se desarrolla en el salón de un hotel de Sorrento el 30 de Agosto.

CLARISA.—¿Por qué nos quiere usted dejar?

FRANZ.—El deber, Clarisa, el deber es antes que todo.

CLARISA.—¿Qué deber?

FRANZ.—He prometido estar en Salsomaggiore el 2 de Septiembre.

CLARISA.—¿Á quién se lo ha prometido?

FRANZ.—Al doctor Mazzi, mi médico. Me ha mandado los baños de Salsomaggiore y voy á tomarlos en Septiembre.

CLARISA.—Es usted muy poco galante. ¡Nos deja por una cosa de tan poca importancia!

FRANZ.—Me juzga usted mal. Tengo la costumbre de sostener todas mis palabras. ¿Es esto raro?

CLARISA.—Y después de estos baños, ¿adónde irá usted?

FRANZ.—Iré á pasar quince días en un castillo de Val de Aosta.

CLARISA.—¿Aun hay castillos?

FRANZ.—Pero sin castellanas. Me hospedará el conde Luis Lavignani, un célibe impenitente... como yo.

(Una pausa).

CLARISA.—Y ¿después?

FRANZ.—Dos meses en Londres.

CLARISA.—Y ¿después?

FRANZ.—Tres entre París y Niza.

CLARISA.—Y ¿luego?

FRANZ.—No lo sé de cierto...

CLARISA.—¿No le veremos en Nápoles?

FRANZ.—Lo dudo.

CLARISA.—¿No le seduce á usted la primavera napolitana?

FRANZ.—Debo confesar á usted, Clarisa, que en Nápoles me aburro mortalmente.

CLARISA. *(Con amargura.)*—¡Gracias!

FRANZ.—Usted no es de Nápoles.

CLARISA.—Pero vivo allí. Y aburriéndose tanto, bien puedo ofenderme un poquitín.

FRANZ.—No tiene usted razón, porque aquí, en Sorrento, no me he aburrido...

CLARISA.—Pero yo... no soy Sorrento.

FRANZ. *(Con galantería.)*—Para mí, sí.

CLARISA. *(Enfadada.)*—Pues entonces también seré, por lo menos, una parte de Nápoles.

FRANZ. *(Desconcertado.)*—Ya sabe usted que en la ciudad no se consiente esta vida en común de los hoteles de veraneo, que aquí se admite como la cosa más natural del mundo. Á este género de vida debo el placer que tan necesario es á mi ocio, pero en Nápoles todo es diferente. El placer de ver á usted alguna que otra vez, no me bastaría á llenar el vacío de mis largas horas de persona completamente desocupada. Nápoles es un bendito país donde no hay medio de emplear el tiempo de sobra; en Niza, París y Londres estoy igualmente desocupado; pero allí me sucede á la inversa, no tengo un momento libre.

CLARISA.—En suma, que no nos veremos hasta el año próximo.

FRANZ.—Si vuelve usted á Sorrento, nos veremos de fijo.

CLARISA. *(Para indagar más.)*—Apostaría á que no obstante su profesión de célibe impenitente, al año que viene le hallaré... casado.

FRANZ.—¿Con quién?

CLARISA.—Con una inglesa, con una elegante parisién, con una graciosa japonesita... El Japón está de moda.

FRANZ.—En suma, con una mujer que yo *no* ame...

CLARISA. *(Arrimándose, esperando.)*—¡Al contrario!...

FRANZ.—¡Ah, no! Si yo por cualquier razón hubiese de dejar sin cumplir mi programa de célibe, no dejaría de cumplir el de hombre honrado, y por lo tanto no me casaría jamás con la mujer que amase.

CLARISA.—Eso es una paradoja de loco.

FRANZ.—Es una paradoja de sabio, señorita. Estoy convencido de que sería un marido abominable, y como si amase á una mujer no querría hacerla desgraciada, es claro que no debía desposarme con ella. Al casarme cometería una mala acción.

CLARISA.—Pero vamos á cuentas: ¿por qué había usted de ser un mal marido?

FRANZ.—En primer lugar, porque no tendría la virtud de la felicidad...

CLARISA.—¡Hay tantos maridos infieles que hacen felices á sus mujeres!

FRANZ.—Y después, porque un hombre que no tiene nada que hacer, lleva á su hogar una serie de pequeños defectos que ni aun la mujer más paciente los puede soportar andando el tiempo.

CLARISA.—No quiero contradecirle, pero en verdad que su criterio es erróneo. Dejemos á un lado su persona...

FRANZ.—¡Oh, sí, prescindamos de mí!

CLARISA.—Lógicamente, los únicos maridos posibles son los hombres desocupados. Son los úni-

cos que pueden acompañar á sus esposas. Van con ellas á todas partes, las custodian, las instruyen, participan de sus alegrías y de sus dolores, tienen ocasiones de comprenderlas, de interpretar sus sentimientos, de apreciar cualquier fugaz sensación de su ánimo, y si no son muy fieles, no les falta el tiempo necesario para aparecer como excelentes maridos y producen la ilusion de la felicidad. Yo no tengo intención de casarme... pero solamente un hombre completamente libre, desligado de toda profesión, sin ninguna clase de trabajo ni ocupación podría tal vez hacerme pensar en casarme. *(Sonriendo con coquetería.)* Pero ahora me acuerdo de que al decir estas cosas estoy echándole á usted flores, y conste que no lo he hecho á propósito; me retracto.

FRANZ.—...Yo no la merezco. *(Tratando de ser galante, pero al mismo tiempo de evitar todo compromiso.)* No será sin duda únicamente el hallar un hombre ocioso lo que conquistará para el matrimonio á una niña como usted, tan privilegiada, que no quiere casarse. Se necesitarán otras muchas cualidades.

CLARISA.—Aquella por la que una mujer no corre el riesgo de la soledad, me parece que es la única indispensable.

FRANZ.—Es usted una de las jóvenes que más dignamente tienen la fama de intelectuales. Lee usted una porción de libros, conoce usted toda la literatura europea y la trasatlántica... Un ignoran-

te, por ejemplo, no valdría para el caso que ha citado. ¡Ah! ¡Envidio á los que tienen paciencia para leer, á los que gozan con los libros, las revistas, los periódicos, la literatura! ¡Yo jamás he podido leer un papel impreso! ¡Odio mortalmente la lectura!

CLARISA.—Y bien, sí; leo bastante, es verdad, y no soy lo bastante modesta para no reconocer que tengo cierta cultura. Pero aparte de esto—aunque le parezca extraño,—tengo una profunda antipatía á los hombres cultos. ¡Dios mío que fastidio! Siempre tienen el aire de querer anonadar con su sabiduría á las pobres mujeres. Para mí un hombre algo elegante vale más que uno culto. Y aunque por lo general sólo se pide belleza á las mujeres, yo opino que es ridículo el creer que los hombres tienen el derecho de ser feos. Un joven hermoso en la carrera del amor, parece siempre bien, y como dicen los *sportman... vence cuando quiere.*

FRANZ.—De modo que un marido hermoso...

CLARISA.—¡Ó nada!

(Un silencio).

FRANZ.—¿Ha estado usted alguna vez en Salsomaggiore?

CLARISA.—No.

FRANZ.—¿Y en Niza?

CLARISA.—Nunca.

FRANZ.—¿Y en París?

CLARISA.—Ni aun en París ni en Londres. ¿Quiere usted saber también si he estado en Petersburgo, Berlín, Nueva York y Atenas?

FRANZ.—No... Lo preguntaba... por decir algo...

CLARISA.—Esté usted tranquilo, ya lo he comprendido.

(El tan-tan del hotel anuncia la comida.)

FRANZ. *(Levantándose.)*—¡De modo que hasta el año que viene!

CLARISA.—¿No come usted en el hotel?

FRANZ.—No... no puedo... Salgo ahora mismo.

CLARISA.—Pues entonces... ¡buen viaje!

FRANZ. *(Estrechándole la mano.)* Buen apetito, Clarisa.

II

Ha pasado un año. Franz llega á Sorrento, y cuando entra en el salón del mismo hotel, la primera persona que ve es Clarisa.

FRANZ. *(Yendo hacia ellà con cordial efusión.)*—¡Oh!... ¡Qué fortuna!

CLARISA. *(Con igual agrado.)* ¡Querido señor Franz. *(Un apretón de manos.)* ¿Cómo está usted?

FRANZ.—Muy bien; ¿y usted, señorita Clarisa?

CLARISA.—Admirablemente, pero con alguna modificación.

FRANZ.—¿Cuál?

CLARISA.—No soy señorita.

FRANZ. *(Con sinceridad.)*—¡Bravo, se ha casado usted! Me alegro mucho. El matrimonio le ha probado á usted muy bien. Está usted más bella.

CLARISA.—Es la frase obligada.

FRANZ.—No, no; es la verdad.

CLARISA.—Soy feliz; eso sí.

FRANZ.—Lo creo. ¿Y su marido?

CLARISA.—Se lo presentaré á usted si viene á hacerme una visita á Nápoles.

FRANZ.—¿No está aquí?

CLARISA.—No. Estoy sola. Él ha querido que viniese un poco al campo, y me he visto obligada á venir sola, porque él no puede faltar á sus obligaciones.

FRANZ.—¡Y está usted en la luna de miel!

CLARISA.—Un paréntesis de quince días. Me vuelvo hoy á Nápoles y no me moveré más de allí. ¡Él está tan ocupado!...

FRANZ. *(Un poco asombrado.)*—¡Por Baco! ¡Está muy ocupado!...

CLARISA.—Calcule usted. Por las mañanas tiene la clínica; al mediodía la consulta en casa; después gira la visita á sus enfermos, y como si todo esto no bastase, dirige la *Revista Científica Meridional* y preside dos ó tres comisiones sanitarias.

FRANZ.—¡Es nada menos que un médico!

CLARISA.—De los más célebres. Ya conocerá usted de fama al doctor Carmeli.

FRANZ.—Sí, leo con frecuencia su nombre en los diarios.

CLARISA. *(Con una ligera señal de sorpresa.)*—¿Lee usted periódicos?

FRANZ.—Con avidez... cuando tengo el tiempo necesario. Estoy tan atareado, que de mi jornada de trabajo escasamente me queda un cuarto de hora para leer un periódico ó un libro. Para poder disfrutar de quince días de descanso en Sorrento he tenido que huir de Génova, sin que nadie lo sepa, como un ladrón.

CLARISA.—Á mi marido no le queda ni aun el

recurso de la fuga. No le pierden jamás de vista no le conceden un minuto de libertad.

FRANZ.—Eso no le será agradable á usted.

CLARISA.—¿Por qué? El saber que es tan útil á la humanidad es una dicha para mí. Paso el día esperándole, y cuando llega á casa cansado, aniquilado por el trabajo y halla para mí, sólo para mí, un poco de fuerza para hablarme de cosas sublimes, que yo ignoro, comprendo que he realizado mi sueño dorado. ¡Su conversación es admirable! ¡Es un sabio!

FRANZ.—Y ¿sabe también amarla, sabe comprenderla?...

CLARISA.—¿Cree usted que necesita una mujer ser comprendida para ser feliz? Los hombres que comprenden á las mujeres acaban por no amarlas, porque ven todas sus pequeñeces, todos sus defectos, y se alejan disgustados, aburridos, sobre todo si son hombres superiores. Y para mí un hombre vulgar es la mitad de un hombre. Debe ser, por lo menos, superior á su esposa; sin esta superioridad, el matrimonio es un edificio fabricado sobre arena. Esta supremacía conserva el amor, y el amor es siempre el árbol cuyo fruto es la fidelidad.

FRANZ.—La fidelidad de la mujer.

CLARISA.—Y la del marido, si no lo toma usted á mal. ¡Ah! Ya ha pasado el tiempo en el que la felicidad era un lujo. Desde ahora los maridos infieles se acabaron.

FRANZ.—¿El de usted es fiel?

CLARISA.—Fidelísimo.

FRANZ.—Pero si es, como usted dice, fascinador... tal vez sea infiel, sin querer serlo. Un hombre superior, que es además hermoso, no puede defenderse con facilidad de los asaltos femeninos.

CLARISA.—¡Pero si yo no he dicho que es hermoso!

FRANZ.—¡Ah! ¿No es guapo?

CLARISA.—Creo que no, aunque, naturalmente, no puedo ser juez en este asunto. Pero no cambiaría su cabeza calva por todas las cabezas más esculturales de este mundo; no renunciaría á su elocuencia por una boca masculina que al abrirse mostrase el esplendor de sus dientes cual perlas; no querría que fuese más alto de lo que es, solamente por la inútil ventaja de ver sus hombros al nivel de los míos. Á mis ojos, hasta el Narciso del museo de Nápoles me resulta odioso. Le he mirado siempre con indiferencia; ahora le miro con signos de desprecio. En todas las épocas se ha considerado el vientre abultado como un signo de autoridad, y á mí ahora me parece también un conato de belleza. Pero á pesar de esto, no juraría que mi marido es bello.

(Un silencio.)

FRANZ.—Evidentemente, no tiene usted ahora los mismos gustos que antes.

CLARISA.—¿Cuáles?

FRANZ.—¿No recuerda usted la conversación que tuvimos en este salón?

CLARISA.—¿Cuándo?

FRANZ.—El año pasado, el día de mi marcha.

CLARISA.—¡Ah, ya!

FRANZ.—Parece que deseaba usted un marido muy diverso.

CLARISA.—Amigo mío, la ingenuidad, la inexperiencia, el pudor... impiden á las jóvenes tener conciencia de lo que quieren. Pero en usted sí que noto una verdadera evolución. Lee usted libros, periódicos, trabaja de la mañana á la noche y tiene infinitos asuntos...

FRANZ.—Sí... una pequeña evolución...

CLARISA.—¿Ha creído usted prudente divorciarse del ocio?

FRANZ.—Sí.

CLARISA.—Habrá alguna razón, algún móvil.

FRANZ.—¿Quiere usted que le diga con franqueza cuál es el motivo?

CLARISA.—Sí, se lo ruego.

FRANZ.—Me he enamorado.

CLARISA.—¿De una niña?

FRANZ.—De una niña.

CLARISA. *(Con sincera compasión.)*—¡Pobrecilla!

FRANZ.—¿Por qué *pobrecilla?*

CLARISA.—Según sus principios, si la ama usted formalmente no se casará con ella.

FRANZ.—Como ha habido en mí una evolución y me he divorciado del ocio... empiezo por buscar mujer.

CLARISA.—No le niego á usted que me agradaría

saber cómo ha conseguido esa niña que usted pidiera su mano.

FRANZ.—Verdaderamente ella no ha hecho nada de particular. Cuando la conocí iba á casarse con un banquero de unos cincuenta años, tosco, feo, antipatiquísimo. Yo le expresé mi asombro y ella me respondió que aquel hombre era su ideal... Luego el banquero no se casó con ella...

CLARISA.—Y usted, por parecerse un poco al banquero que era su ideal, se ha dedicado á los negocios...

FRANZ.—No; me he entregado á los negocios para sacar fruto de mi capital, en vista de que el matrimonio es una institución dispendiosa, y me he enamorado de ella únicamente porque ella no estaba enamorada de mí.

CLARISA.—Y ahora ¿le ama á usted?

FRANZ.—Muchísimo.

CLARISA.—Pero, en suma, es usted su ideal, ¿sí ó no?

FRANZ.—En cuanto le he dicho que quería ser su marido, he sido su ideal.

(El tan-tan del hotel anuncia que el almuerzo está servido.)

FRANZ.—¿Almorzamos juntos?

CLARISA.—Dispénseme usted, pero he de partir en seguida. He prometido al doctor Carmeli volver hoy á Nápoles.

FRANZ.—¿Llama usted *el doctor Carmeli* á su marido?

CLARISA.—Sí; es mi costumbre.

FRANZ.—Pues entonces... ¡buen viaje, Clarisa!

CLARISA.—*(Estrechándole la mano.)* ¡Buen apetito, señor Franz!

UN BESO EN LA OBSCURIDAD

UN BESO EN LA OBSCURIDAD

El hecho acaeció por una circunstancia accidental, por una momentánea oscilación de la luz eléctrica. La casa de la condesa Marinelli permaneció breve rato á obscuras. Se celebraba una velada íntima, se charlaba y se jugaba. Casi todos los maridos jugaban al *bésigue* y al *ecarté*. Las señoras estaban esparcidas por los salones, formando grupos en que se conversaba amigablemente murmurando á menudo. Había pocos jóvenes y se adaptaban con mucha dificultad á las conversaciones de las señoras; parecían intrusos y demostraban timidez; solamente Francisco Rovigliani, en el salón más desierto, había iniciado una especie de bis á bis... de tres con la marquesa de la Corbara y con doña Bice Bonaventuri. Parecía haberse dividido en dos y que cada una de sus medias personas sostenía el coloquio con una de las damas. Hacía desde algún tiempo la corte á entrambas, más por mera galantería que como verdadero é in-

sistente asedio. Aquella tarde, el hallarse con las dos á un tiempo estimulaba su valor táctico para sostener el necesario equilibrio. Pero cuando el salón quedó á obscuras y un vocerío de alegre alarma, unido á vibrantes risas y bromas, que estalló en toda la casa, Francisco Rovigliani sintió, de improviso, el impulso de pasar de la simple procacidad á la audacia efectiva.

Las dos damas, riendo, se habían levantado, cual si quisieran huir; ¿adónde? La obscuridad era completa. Una de ellas tropezó con él y no quiso ó no supo dominarse; la detuvo, la besó, y la suerte hizo que sus labios hallaran, sin buscarlos, los labios de ella.

No hubo ni un grito de indignación, ni una protesta; nada. Él respiró tranquilo y orgulloso.

El alegre vocerío y la graciosa confusión en la obscuridad duraron poco. La luz eléctrica reapareció y hubo un estallido de bromas y alusiones. Después cada cual recuperó su puesto, y Francisco Rovigliani se sentó de nuevo entre las dos damas, á una de las cuales había besado. Pero ¿á cuál de las dos?

El aceptar el beso era una señal de demasiada importancia para que él se resignase á permanecer en la duda. Le urgía el saber cuál era la dama conquistada por su temeraria efusión, cuál era la que no se había ofendido, porque sospechaba que se rendiría fácilmente. Pero aquel galante torneo en nada se diferenciaba del que antes sostenía, y

aunque analizaba bien cada palabra, cada impulso, cada entonación de voz de la una y de la otra, y escrutaba sus fisonomías y vigilaba sus miradas, hasta el parpadeo y el gesto más fugaz de su boca, no llegaba á sorprender ni un signo de pudor fingido, ni de reciente y dulce emoción. Ningún indicio, ninguna luz. Y ante la impasibilidad de ambas, aquel beso dado y aceptado, le parecía que se había desvanecido como en un océano.

***

Pero hubiera sido tonto y extraño el no llegar hasta el fin. Su lógica era contundente. La mujer que no se rebelaba ante su atrevimiento, debía estar muy propicia á llegar á ser su amante. Si hubiese sabido distinguirla entre las dos, no hubiese dudado en seguir el asedio. Pero ¿cómo cerciorarse? ¿cómo descubrir la verdad? ¿cómo obtener la confesión?

Comenzar denunciándose á una de ellas como para imponerle el recuerdo y hacerle constar el hecho, no le parecía correcto, porque si por casualidad la primera á quien se dirigiera no era la que él había besado, con su revelación comprometía, sin querer, á la otra dama. No había, por lo tanto, más que un solo medio. Exponerse á que le rechazasen. Dar otro beso, de cualquier modo, en cualquier sitio. Correr el riesgo de un fiasco para tener

la seguridad de una victoria. En el peor caso, en el de comenzar por la que aun no había besado, tendría que resignarse á perderla definitivamente por la otra.

Resuelto á seguir este programa, como durante algunos días no pudo ver más claro en el precioso misterio, una tarde, hallando á la marquesa de Corbara en su gabinete íntimo donde sólo recibía á sus amigas, sola, silenciosa, inmóvil, entre los brazos de una inmensa poltrona, con la cabeza apoyada sobre el respaldo, con los ojos entornados, como en una languidez de soñadora cansada, se acercó por detrás lento, estático, silencioso, y para invocar la propicia complicidad del completo silencio, á falta de aquella absoluta obscuridad, la besó levemente en la frente.

La languidez de la marquesa se transformó en un fulminante estallido. Se puso en pie terrible, como una reina de otros tiempos; sin proferir palabra, pero su fiera mirada de leona ofendida, obligó á Francisco Rovigliani á bajar la cabeza y pudo apenas balbucear:

—¡Marquesa!... pido á usted perdón.

—¡No basta!—respondió ella secamente.

El joven comprendió y no esperó á que le plantasen en la calle.

***

Era, por lo tanto, la otra. «He perdido á ésta para siempre — pensaba bajando la escalera del palacio Corbara,—pero por lo menos tengo la seguridad de que la otra será mía.»

De allí en adelante, su deseo era posible, y su camino llano y seguro. Con doña Bice Bonaventuri no había necesidad de exponerse á la repulsa. Bastaba quitar los frenos y acelerar la marcha. En suma, estaba contento; en el fondo le gustaba más doña Bice. Los ojos de la marquesa eran demasiado negros, demasiado brillantes, tenía excesivos cabellos. Su cuerpo era, en verdad, hermosísimo; pero, por lo menos para el punto de vista de Rovigliani, tenía demasiada rigidez, poseía excesiva fuerza. Sus dientes eran de una blancura enojosa, demasiado visibles, demasiado grandes; en la sonrisa de su boca existía la amenaza del mordisco. ¡Qué diferencia de la sonrisa de doña Bice Bonaventuri, henchida de promesas indulgentes? El color perláceo de sus dientes, apenas vislumbrado entre los suaves y finos labios, armonizaba con el tinte del rostro moreno y pálido, de una palidez que sus mejillas parecían que se derivaban de la dulzura de sus ojos grises, velados con frecuencia como por una lágrima azulada. También tenía un hermoso cuerpo armónico, un cuerpo de morena, ni diáfano, ni delgado, ni débil; muy parecido, plásticamente, al vigoroso de la marquesa; pero Francisco Rovigliani advertía en ésta cierta mimosa docilidad revelada en la delicadeza, en la gentil languidez que

parece un requisito peculiar de las rubias y que es algunas veces uno de los privilegios mixtos de las que no son ni morenas ni blondas.

Dedicóse por completo á doña Bice Bonaventuri. El que ella no le incitase á cambiar la táctica de la simple galantería no le preocupaba. La certeza de hallarse frente á la dama besada acrecentaba su osadía. «Tal vez esperará—pensaba él—que yo le hable de mi audacia, y es justo que lo espere. Si no le hablase, ella me creería necio, al no saber valuar ni mi imprudencia ni su incitante tolerancia.»

Y un día, vagando con ella por la vía Caracciolo, en medio del barullo, de los transeuntes y de los coches—una calle muy frecuentada presta á los coloquios casi la intimidad de calles desiertas,—se decidió á decirle:

—Es usted muy severa conmigo y no tiene derecho.

—Á veces no soy bastante severa y debiera serlo.

—¿Quiere usted mostrarse indulgente conmigo?

—Según. ¿Qué debo hacer?

—Debe usted absolverme.

—El que absuelve alienta á pecar.

—¿De qué modo? Desgraciadamente no ocurre muchas veces el estar á obscuras.

—Pero ¡si usted peca á la luz del sol!

—¿Cuándo?

—Todos los días. Me hace usted actualmente una corte despiadada.

—No hablo de eso. ¿Cree usted que puedo haber olvidado?...

—¿El qué?

—Creo que usted tampoco lo habrá podido olvidar.

—Pero ¿el qué?

—Pretende usted obligarme...

—No le comprendo.

—¡No me haga usted enloquecer!

—Le aseguro que no le comprendo; mas ahora ha despertado usted mi interés vivamente. ¿Qué le sucede en la obscuridad? Confiéselo usted todo.

—Doña Bice, cuando estábamos á obscu... por una fuerza irresistible, yo...

—¿Usted?

—Dí un beso á una mujer divina.

—¿Á una señora?

—¡Á una gran señra!

—Y ella ¿no le dió á usted un bofetón?

—No.

—Pues entonces esa gran señora era una *cocotte*.

—¡Doña Bice!

—Y ¿por qué me pide usted á mí la absolución? Ni le condeno ni le absuelvo; lamento solamente que venga usted á confesarme el haber atentado á la dignidad de una persona... que no la tiene.

—¡Yo!

—No se moleste en justificarse. Aquí está mi marido.

En aquel instante el esposo de doña Bice pasaba

en su faetón. Ella le llamó con la sombrilla. Detúvose el coche; doña Bice, con una rapidez que no dió tiempo á Rovigliani para adularla, sentóse al lado de su marido, mientras el joven, dirigiéndose hacia un banco, estupefacto, atónito, se calaba el sombrero como un autómata.

***

—Pero, en suma, Dios de los dioses, ¿á quién besé yo aquel día?

Con esta interrogación en el cerebro y en los labios, con esta idea fija, con este tormento, se fué á pedir ayuda á un amigo suyo, que después de haber sido gran hombre de mundo y de cansarse de ello, era algo misántropo y le agradaba á veces ser consultado en cuestiones amorosas.

El amigo, aunque se disponía á partir y tenía presto el equipaje, le escuchó pacientemente, sin asombrarse de nada durante la minuciosa relación de Rovigliani.

—Y ahora, maestro—concluyó el joven,—¿qué me dices?

—Digo que, probablemente, estas dos damas son dos mujeres que no aceptan amantes.

—Entonces, ¿son dos mujeres honradas?

—Si quieres, llamémoslas honradas.

—Pero al menos es indudable que una de las dos recibió un beso sin protesta.

—Á obscuras.

—¡Pero le recibió!

—¡Querido mío, eres un imbécil!... ¡por eso dudas de su honradez! Si el honor de una dama consiste solamente en no tener amantes, ambas son honradas. Mas para tener un amante, es preciso que alguien esté en el secreto; por lo menos tiene que saberlo el amante mismo. ¿Te parece poco? Esto es lo más grave, lo que más asusta á muchas mujeres. Si por un extravagante milagro, por un fenómeno sobrenatural, pudieran tener un amante sin que ni él mismo se enterase de que lo era, ¡oh, cómo disminuiría el número de las honradas! Tal es el enigma del beso. En pequeña proporción es el mismo caso del milagro extravagante. Esas dos mujeres se encontraban en excepcionales condiciones que les permitían cómodamente admitir un beso sin que lo supiese la otra, ni tú mismo. La obscuridad velaba el hecho á los ojos del mundo; el hallarse contigo las dos, lo velaba á tus propios ojos. Se enmascaraban cómodamente. Todavía ignoras á cuál de las dos besaste. No lo supiste ayer, no lo sabes hoy, ni lo sabes nunca... Pero haz el favor de dejarme partir; porque, mira, me espera una mujer, que ya ha sido mía, y ya comprenderás que no estoy dispuesto á hacerle aguardar por dos mujeres que no han de ser para mí...

—Ni para mí, ¿no es cierto?

—¡Bah! si las hallas otra vez juntas y os quedáis á obscuras... ¡quién sabe!

UN PISTOLETAZO

UN PISTOLETAZO

Arturo se obstinaba en interrogarla, exhortarla y vituperarla, y Olga, arrellanándose cada vez más sobre el bajo sofá, casi desaparecía entre la inmensa capa de armiño y de raso azul, que no había dejado caer al suelo, como otras veces, al entrar en el saloncito. Lisa, la camarera, tenía la chimenea encendida, y sin embargo, había dicho con mal gesto: «¡Voy á morir entumecida aquí esta noche!» Ni aun se había quitado el velo salpicado de estrellitas de oro que la rodeaba la cabeza como á una odalisca, ni había libertado sus manos y brazos de los larguísimos guantes de color perla que le subían hasta más arriba del codo. Entre el armiño que le trepaba como espuma hasta la pequeña nariz, los destellos del velo y los rizos de la rubia cabellera se destacaban apenas dos ojillos de reflejos verdes y azules, cuyas miradas se posaban como por una atracción hipnótica en el grupo de

abanicos japoneses colocados sobre la pared de enfrente en medio de un caprichoso cuadro hecho de estofas ajadas, que pretendían parecer antiguas. La lámpara pompeyana de vidrios coloridos, que pendía del techo, se balanceaba débilmente y enviaba tremolantes ondas de mortecina luz sobre el rojo obscuro que dominaba en todo el saloncito, al cual prestaba aspecto sepulcral.

Arturo, con insistencia, con tono agrio ó suplicante, sentado en el extremo de una butaquita é inclinando todo el cuerpo hacia Olga, continuaba:

—Pero, en suma, ¿es este el modo de tratar á un amante bueno, dócil, cortés y verdaderamente enamorado? ¿no te brota ni una palabra, ni una sola palabra de los labios? Déjame, por lo menos, oir tu voz. Me atormentas, Olga, me acongojas con tan obstinado mutismo. En el teatro has estado alegre, cariñosa, espiritual. Hablabas con todos; decías cosas exquisitas, y ahora... hace cerca de una hora que permaneces muda, impasible, inmóvil, y me dejas enloquecer sin dar señales de vida. Me pregunto si me habré vuelto viejo, imbécil, pegajoso, tonto, insoportable, en fin, uno de esos hombres pesados é inoportunos á los cuales las mujercitas graciosas como tú asignan un tanto al mes para que estén callados y probablemente también... bastante tranquilos. Pero yo siempre he sabido agradarte, siempre he conseguido que me amaras; ¡por eso tu conducta de esta noche me asombra, me enloquece, me apena, me disgusta!

Después de una pausa se acercó á ella afectuosamente:

—¿Tienes frío, dí, tienes frío?

Entre los mórbidos pliegues de la capa trató de cogerle una manita, aun enguantada, que huyó al contacto como un ratoncillo.

—¡Estás odiosa!—le dijo apretando los dientes de rabia, y se puso á pasear de un lado para otro golpeando fuertemente el pavimento.

Tan sólo el rumor de sus pasos interrumpía el silencio que llenaba de tristeza aquel nido de amor donde de ordinario las alegres risas eran interrumpidas por el rumor de besos. Paróse de pronto y amenazó concisamente:

—Olga, si no hablas, todo ha terminado entre los dos. ¿Has entendido? Todo ha acabado entre nosotros.

Ella continuó callada.

—Olga, yo no puedo, no sé alejarme de tu lado. Y es inverosímil que nuestras relaciones vayan á terminar tan neciamente. Habla, muévete. Prorrumpe en improperios, que no merezco; pégame, abofetéame, ¡haz lo que quieras con tal de que no te vea á mi lado fría y silenciosa como una estatua!

Ella permaneció muda, y aunque sus miradas no estaban tan fijas sobre el grupo de abanicos japoneses, eran apagadas, vagas, nebulosas.

—¡Olga, voy á hacer una locura!... ¡Siento que se me sube la sangre á la cabeza... que pierdo la

razón!... ¡Olga, si no hablas ó te mueves, sobreviene aquí una tragedia espantosa!

Ella ni se movió ni habló.

—¡Basta ya!—terminó él dando un puñetazo sobre un pequeño escritorio, que se tambaleó con la violencia del golpe.—¡No nos volveremos á ver!... ¡Nunca! Pero quiero dejarte un recuerdo que siempre te atormentará. ¡Quiero dejarte un recuerdo del que no podrás librarte... el remordimiento!

Desapareció Arturo; la puerta de la escalera se golpeó con lúgubre sonido. La camarera entró en el saloncito:

—¡Señorita, señorita! El señor se ha ido como un endemoniado. Yo le he dicho: «¿Qué novedades son estas? ¿cómo no se queda esta noche?... ¿dónde se va á estas horas?» Y él, con una voz terrible, me ha respondido: «¡Voy á matarme!» Señorita, en conciencia se lo digo: es capaz de matarse, no una, más de diez veces, si le da ese capricho.

Olga, con los ojos cerrados balbuceó:

—¡Dios mío qué pesadez! ¡Ni tú comprendes que tengo sueño!... Déjame dormir.

Lisa, encogiéndose de hombros, se fué á preparar el lecho. Pero un pistoletazo sonó en aquel momento en la calle, y la camarera se precipitó en el saloncito enojada.

—¡Ah, señorita, ya lo había yo previsto!... ¡ya lo había previsto! ¡Había leído en su rostro que andaba en tratos con la muerte! ¡Qué horror, qué desgracia!

Olga, que se había desvelado de repente, corrió á la ventana, la abrió de pronto y gritó con desesperación:

—¡Arturo, Arturo mío!... ¿Qué has hecho?...

Él respondió desde la calle:

—Nada, querida. He comprendido que dormías y he querido despertarte.

UN "MODUS VIVENDI,,

UN "MODUS VIVENDI„

Hace un mes que *Mario Sergardi* es el amante de *Adela Gabiani*, que durante doce años había sido una esposa fidelísima. *Horacio*, marido de *Adela* y amigo de *Mario*, va á visitar á este último.

MARIO. *(Viéndole entrar.)*—¿Vienes á visitarme?... No hay duda, me necesitas.

HORACIO. *(Con desenvoltura.)*—Es probable.

MARIO.—Siéntate y habla. ¿Has cometido alguna tontería, alguna infamia ó alguna imprudencia? ¿Quieres dinero, consejo ó consuelo?

HORACIO.—Solamente una simple opinión.

MARIO.—¿Solamente?

HORACIO.—Solamente.

MARIO.—Expón el caso; soy todo oídos.

HORACIO. *(Con serenidad.)*—Mi mujer está decidida...

MARIO. *(Disimulando su emoción.)*—¿Á qué?

HORACIO.—Á traicionarme.

MARIO. *(Susurra.)*—¡Imposible!

HORACIO.—Me lo ha dicho ella.

MARIO. (*Saltando de la silla.*)—¡Por Dios!

HORACIO.—Me lo ha dicho en sueños.

MARIO. (*Más tranquilo.*)—Eso es muy diferente, y además, ¿qué te ha dicho en sueños?

HORACIO.—Á mí directamente, nada.

MARIO.—Entonces fantaseas...

HORACIO.—¿Pero no comprendes?... En sueños hablaba con él. Estaba muy expansiva, le llamaba de tú.

MARIO. (*Profundamente perplejo.*)—¿Y le llamaba... por su nombre?

HORACIO.—Sí.

MARIO.—Te burlas.

HORACIO.—¡Qué he de burlarme!

MARIO.—Sí, sí, bromeas.

HORACIO.—No comprendo qué razón hay para creer que me esté bromeando.

MARIO. (*Algo confuso.*)—Tu propia calma.

HORACIO.—Ten paciencia. ¿Pretendes que me apene por verme engañado? Pues no me entristezco. ¿Te escandalizas? Toda la caterva de maridos agraviados se dividen en dos clases: los que no lo saben y los que lo saben; pero de éstos, noventa y nueve por ciento fingen no saberlo. Yo fingiré también. No voy á ponerme á gritar en medio de la plaza: «¡Señoras y señores: me ocurre... esto!» ¡No faltaba más! Pero ¿voy á representar una comedia delante de ti, que no has ignorado nunca mis más íntimos secretos? Sería tonto y vulgar. Tras largos

años de matrimonio, mi mujer me hace traición. ¡Tarde, pero á tiempo! ¡Pobrecilla! Yo le hice traición por primera vez durante nuestro viaje de novios. De otra suerte, la fidelidad de mi mujer me hubiera hastiado. Sus celos, su asiduo fervor, sus intransigencias de todas clases, sus ímpetus de enamorada indómita, se habrían convertido en una cosa vulgar. No hemos tenido hijos, y hay que tener en cuenta nuestros interminables años de felicidad, sin los paréntesis impuestos por los sagrados deberes maternales. ¡Es terrible! No quiero decir con esto que no la haya querido, que no la quiera ahora. Cierto que he notado un sentimiento de contrariedad ante el primer engaño, al cerciorarme de su traición, pero después he hecho un balance de nuestra vida conyugal para lo porvenir, y he pensado: «Tanto mejor.» ¿No crees lo mismo?

(MARIO, *atónito, desorientado, no acaba de convencerse de que habiendo proferido aquella mujer su nombre en sueños, Horacio se muestre tan cínicamente frío.—Largo silencio.)*

HORACIO.—¿No me respondes?

MARIO.—Querido mío: no tengo opinión formada respecto á esos asuntos. Te escucho, pero no me explico tu conducta. ¿Qué datos tengo para juzgar? No acierto á construir un edificio sobre una base casi imaginaria. Si al menos me revelaras el nombre que ella ha pronunciado en sueños, podría medir la verosimilitud de tus palabras

que, hasta ahora, me parecen desvaríos. Dime ese nombre.

HORACIO.—¡Ah, eso no; cometería una falta de delicadeza con mi esposa! No puedo.

MARIO.—Comprendo tus escrúpulos, pero decírmelo á mí sería lo mismo que no decírselo á nadie.

HORACIO.—Lo creo.

MARIO.—En lo demás no insisto. *(Su rostro se serena. Aquel nombre sin duda no es el suyo. La delicada prudencia de Horacio ha tenido expresión de sinceridad.)* No insisto, sobre todo, porque una revelación hecha en sueños no tiene importancia. Las cosas que se sueñan son frecuentemente las las más lejanas de las costumbres y de la lógica. La locura de los sueños no tiene límites: es tal vez la forma de la monstruosidad, del fenómeno, la expansión fantasmagórica de lo extraño. Por ejemplo, la otra noche soñé yo que era Edisson, en lo cual nada hay de malo; pero yo era Edisson y me había enamorado de una mujer que tenía la cabeza de gallina y el cuerpo de mona. Yo le aplicaba corrientes eléctricas y la llamaba *madama Angot;* ella me picoteaba y me llamaba *Napoleón.* Te desafío á encontrar relaciones de semejanza entre algún episodio de mi vida y esta mezcla de *madama Angot,* de Edisson, de la gallina, de Napoleón y de la mona.

HORACIO.—¡Justísima argumentación! pero...

MARIO.—¡Qué!

HORACIO.—Que las palabras reveladas por mi mujer no reflejaban nada fantástico, y que además he hallado la analogía entre tu mezcolanza y el episodio...

MARIO.—¿Has encontrado esa analogía? Cuenta, cuenta.

HORACIO.—Con un poco de astucia he indagado...

MARIO.—¿Tienes seguridad? ¿La has interrogado, la has espiado?

HORACIO.—¡Qué absurdo! Espiándola corría el peligro de cogerla *in fraganti*, y no quería verme obligado á representar una tragedia. ¿Sabes cuántos maridos representan tragedias sin querer?

MARIO.—Entonces...

HORACIO.—Mis indagaciones no han traspasado las paredes domésticas.

MARIO.—Pero nada podrás averiguar en tu propia casa.

HORACIO.—La infidelidad de una mujer, especialmente si es la primera, ofrece síntomas evidentes en la vida íntima. Por ciertas observaciones, por indicios imperceptibles, tengo la certeza de que me es infiel, y el síntoma delator ha sido...

MARIO. *(Con impaciencia.)*—¡Prosigue!

HORACIO.—Espera, deja que me explique con claridad y discreción. Después de todo, es de mi mujer de quien estoy hablando.

MARIO.—Sí, también yo deseo que le guardes

todo género de miramientos. Indícalo apenas, que yo comprendo al vuelo.

HORACIO.—Pues bien... yo advertía un nuevo refinamiento en los detalles... menos visibles de su tocado.

MARIO.—¡Ah! ¿has notado eso?

HORACIO.—Hasta el punto de que si escribiese un tratado sobre la infidelidad conyugal...

MARIO.—¡Magnífica idea!...

HORACIO.—Si lo escribiese, recomendaría á los cónyuges especial atención sobre pormenores de este género, cuyas fases y variaciones, créeme, constituyen denuncias gravísimas.

MARIO.—Admito tu competencia científica, y sin embargo, si yo fuese el marido de tu esposa, con indicios tan inciertos, no tendría el valor de acusarla.

HORACIO.—No la acuso, la defiendo. Además, ¿qué confusión es esta? Si mi mujer fuese la tuya, probablemente no te haría traición.

MARIO.—Pues no me forjaría ilusiones.

HORACIO.—Pero como es la mía, el traicionado soy yo.

MARIO.—No tienes pruebas fehacientes.

HORACIO.—Las tuve ayer por la noche.

MARIO. (*Palideciendo.*)—¡Ayer por la noche!

HORACIO.—Á las once y cuarenta minutos.

MARIO. (*Tranquilizándose de nuevo.*)—¿Reloj en mano?

HORACIO.—Reloj en mano.

MARIO.—Pues mira...

HORACIO.—¿Qué?

MARIO.—No, nada. Pensaba que casualmente yo estaba anoche á las once y cuarenta minutos comenzando en el club una partida de *bésigue*.

HORACIO.—Naturalmente.

MARIO.—¿Por qué es natural?

HORACIO.—Convendrás en que no tiene nada de extraordinario. Tú comenzabas la partida de *bésigue* y yo estaba en casa con mi mujer.

MARIO. (*Preocupado nuevamente, duda y se aturde.*)—Bien, bien; tú estabas en casa con tu esposa y tu esposa contigo... ¡está claro!

HORACIO.—Y mientras á ti te regocijaba tal vez el pensamiento de ganar mil liras, yo perdía... cuatro sueldos.

MARIO.—Esto no resulta claro.

HORACIO.—El descubrimiento definitivo de la traición de mi mujer me cuesta cuatro sueldos.

MARIO.—¡Bien poco te cuesta!...

HORACIO.—Sí, convengo en que he hecho un buen negocio.

MARIO.—Sigue, sigue.

HORACIO.—Ayer por la mañana me advirtió que su amiga Fanny Laurini iría por la tarde á buscarla en coche para visitar á su tía la condesa Pradelletti, que odia á los hombres porque tiene setenta años, y ya no recibe más que señoras. Por consiguiente, yo estaba excluído con seguridad. Tuve el presentimiento de que Fanny era una cóm-

plice y la anciana condesa un pretexto, y después de comer, mientras mi esposa se vestía, fingí un impulso de entusiasmo contemplativo. Esperé el momento oportuno, y antes de que se pusiera el traje la abracé y le dí un beso sobre la nuca.

MARIO.—¡Graciosísimo!

HORACIO.—¡Graciosísimo! Ya comprenderás que aquel abrazo y aquel beso no eran más que una maniobra, porque mientras su cuello recogía el honesto beso, deslicé una hermosa moneda de nikel de cuatro sueldos en la pequeña hendidura que el bulto ofrecía para mi felicidad al inclinarse su espalda, levemente curvada, bajo la afectuosa presión.

(*Breve pausa.*)

Mi querido Mario, á las once y cuarenta minutos de ayer noche, cuando mi mujer, al volver á casa, se desnudaba delante de mí... adquirí el convencimiento de que ya no llevaba la moneda...

MARIO.—¡Estupendo! Eres hombre verdaderamente ingenioso.

HORACIO.—Te lo agradezco.

MARIO. (*Muy pálido.*)—¡Palabra de honor! Tu ardid ha sido de una elegancia extraordinaria.

HORACIO.—Une á esto las palabras y el nombre pronunciado en sueños, los indicios de su tocado íntimo y los cuatro sueldos desaparecidos de su busto, y comprenderás mi certidumbre. Así que, si rompiendo los convencionalismos sociales, pudiese hablar con el amante de mi mujer, empezaría por

cumplimentarle. ¡Ah! sí... ¡No era fácil conquista la suya!... Después le haría algunas recomendaciones...

MARIO. (*Procurando parecer alegre y jovial, ríe bulliciosamente.*)— ¡Ah! ¡ah! Recomendaciones... ¿tú á él?... Y... ¿cuáles?...

HORACIO.—Recomendación número uno: poner especial cuidado en no comprometerme ante el mundo, porque no quiero estar en ridículo. ¿Me explico?... ¡No quiero!... Recomendación número dos: portarse bien con mi mujer, que es una criatura adorable y merece fidelidad y respeto.

MARIO.—¿Recomendación número tres?...

HORACIO.—Sí. Abstenerse de veleidades... prolíficas. Te juro que si no, me enfurecería. (*Encendiéndosele el rostro.*) ¡Cometería verdaderas locuras!... ¡No retrocedería ante el escándalo! ¡Llegaría hasta el crimen!... (*Excitándose aún más.*) ¡Dejarme estafar por un chiquillo el nombre, los cuartos, y tal vez hasta el cariño, pues siempre se acaba por querer á los que nacen en casa... sería demasiado!... ¡sería enorme!... ¡sería desesperante! (*Dando un puñetazo sobre una mesita.*) No exageremos... ¡Víctima de los estafadores... jamás!...

(MARIO *palidece de espanto, no acierta á hablar. Largo silencio.*)

HORACIO. (*Cambiando de tono, le pone amigablemente la mano sobre el hombro.*)—Perdona, perdona esta excitación...

MARIO.—¿Por qué?

HORACIO.—¿Me das la razón?

MARIO.—Sinceramente.

HORACIO.—Menos mal...

MARIO.—Lástima sería que no llegarais á entenderos los dos.

HORACIO.—Sí, sería una lástima. Pero ya encontraremos un medio. Ayúdame á discurrir.

MARIO. (*Con los ojos extraviados.*)—¿Yo?

HORACIO.—¿Por qué no? Discurre, cual si se tratase de un problema... ¡No hay por qué asustarse!...

MARIO.—No, no me asusto. Pero debo confesarte que me impresiona profundamente tu disgusto y que te recomiendo que no vayas á hacer alguna locura.

HORACIO.—No será preciso. Estimo mucho á ese hombre y no tengo motivos para temer de él una infamia... Hasta la vista, Mario.

MARIO.—¿Te vas?

HORACIO.—Sí; bastante te he molestado.

MARIO.—Nada de eso. Sólo me contraría no poderte ser útil... como querría...

HORACIO.—No seas tan modesto. Un amigo como tú, siempre es más útil de lo que se cree. (*Mirando al reloj.*) ¡Perdona!... es tarde. He prometido acompañar á Adela...

MARIO.—¿Adónde?

HORACIO.—Perdona, pero... ¿qué te importa?

MARIO.—Quería decir... que nunca habías sido tan puntual.

HORACIO.—Ahora soy muy galante. Es necesario. Tiene una susceptibilidad increíble... ¡una verdadera sensitiva!... Si sospechase que yo sospecho, sería muy enojoso para ambos.

MARIO.—Ciertamente. Salúdala en mi nombre.

HORACIO.—Te complaceré.

(*Sale.*)

EL SUCESOR

EL SUCESOR

Comedia en dos cartas y un diálogo

PERSONAJES

GILBERTA, GODOFREDO, MANLIO, UN MUERTO

Carta de Gilberta á Godofredo

«Querido Godofredo:

Lloro, lloro aún la muerte de mi esposo, y tal vez seguiré llorando mucho tiempo. Mas hoy te amo como cuando él vivía; te lo juro.

¡Pero, á pesar de todo, debo decirte adiós! Te has alejado respetando mi luto, y te lo agradezco. Tu alejamiento disminuye mi pena, porque á tu lado no hubiera tenido el valor de decirte esto. Compréndeme.

Te escribo rápidamente; la mano me tiembla; tal vez no sepa explicarme bien. ¡Compréndeme

tú! Ahora que soy viuda, ahora que soy libre, ahora que podría ser tuya por completo, si no me alejase de ti, seguramente nos casábamos. ¿Y entonces?... Terminaría nuestro hermoso idilio. Culpables, éramos felices; inocentes, no; seríamos unos cónyuges vulgares. Nuestro amor era tan grande, que necesitaba la culpa; sin ella se transformaría en la indiferencia de la mísera legitimidad y en la vulgaridad de la convivencia cotidiana.

Y luego, ¡cuántos peligros! ¡cuántas amenazas! Tú comenzarías á dudar fatalmente de mi fidelidad, sabiendo que no había sido fiel á mi primer marido. Y al recordar con qué cuidado le ocultaba mi traición, al reflexionar de qué afecto y atenciones le rodeaba para hacerle alegre la existencia, desconfiarías de todas las pruebas de mi amor. Y aun llegarías á más. Sí, Godofredo mío; tú acabarías por estar celoso de él... ¡Eso es terrible! Y no se puede protestar. Un marido vivo no tiene tal vez ninguna importancia para su mujer, y menos para el amante de ella; pero un marido muerto es siempre *alguien* para los dos.

Adiós, adiós, pues, mi querido Godofredo. Separémonos. Amémonos en los dulces recuerdos del pasado. Para no matar este amor, es preciso que nos separemos. ¡Es supremamente necesario!

GILBERTA.»

Carta de Gilberta á Manlio

«Mi querido Manlio:

Yo lloro, lloro aún la muerte de mi pobre marido, y tal vez la lloraré mucho tiempo. Pero amo á usted hoy como ayer cuando él vivía. Se lo juro.

Y por esto le escribo. No le he visto más; ha querido usted respetar mi dolor, ha advertido la necesidad de alejarse de mi lado para no turbar el silencio de mis horas de aflicción. Ha hecho usted bien. La delicadeza de su espíritu no se engaña jamás. Con la nobleza de sus sentimientos, sabe usted purificar todo lo que ama. Yo me siento y soy pura ante usted. Este es el gran premio que tenemos del sacrificio que hemos hecho eliminando hasta ahora de nuestro amor el dulce pecado.

Pero ahora... Aquel que nos separaba ya no existe. Su inmensa bondad, que me unió á él por tantos años, no es ya más que un recuerdo que yo sabré guardar con veneración, y la misma consciencia de haber estado ligada á mis deberes hasta el último instante, me da el derecho de apresurar mi felicidad. Hoy digo á usted como otra vez le dije: *amémonos.* Sino que hoy esta palabra tiene

un significado más preciso, más concreto, más humano. Sí, hoy esta palabra significa: *soy tuya*.

Nos casaremos, Manlio. Me has dicho siempre que si me hubieses conocido soltera, tu sueño, tu aspiración, tu ardiente deseo hubiera sido esta unión honesta y legitima. Pues bien; no soy ninguna niña, no podré acercarme al altar con la cabeza ceñida de azahares, pero en recompensa podré ofrecerte lo que ninguna niña ha podido jamás ofrecer á su esposo al casarse: ¡la garantía de su fidelidad! Yo, sí, pues ya he sido fiel á un marido.

GILBERTA.»

POCOS MESES DESPUÉS

Diálogo entre MANLIO y GODOFREDO

GODOFREDO.—De modo que te casas con la viuda. ¡En hora buena!

MANLIO.—Y tú serás uno de los testigos.

GODOFREDO.—Yo, ¿por qué?

MANLIO.—Eres amigo mío y lo eres también de Gilberta.

GODOFREDO.—De Gilberta no he continuado siéndolo. Lo era de su excelente marido. Y por esto mismo, voy á hablarte francamente, es por lo que me hace mucha gracia este matrimonio.

MANLIO.—Pero si yo apenas le he conocido, ¿qué escrúpulos puedo tener? ¿de qué me voy á preocupar?

GODOFREDO.—Ya lo sé, de nada. Pero para mí, que parece que estoy viendo á aquel pobrecillo, el matrimonio de Gilberta me parece una acción censurable.

MANLIO.—Ella conmigo ha sido siempre pura, honestísima, ha estado ligada á sus deberes conyu-

gales hasta el último momento, y por lo tanto, tiene derecho á apresurar su felicidad.

GODOFREDO.—Yo os auguro la más completa felicidad, pero óyeme...

MANLIO.—Gilberta me ama y yo la adoro. Esto es cierto.

GODOFREDO.—Pero la mujer con quien te casas es viuda.

MANLIO.—Querido mío, ella me ofrece lo que ninguna jovencita puede ofrecer.

GODOFREDO.—¿El qué?

MANLIO.—La garantía absoluta de su fidelidad.

GODOFREDO.—¿Por qué?

MANLIO.—Porque ya ha sido fiel á un marido.

GODOFREDO.—¡Ah, es verdad, me olvidaba de ello!

MANLIO.—Yo no.

GODOFREDO—Lo horrible es que aquel marido está muerto.

MANLIO.—¿Qué quieres decir?

GODOFREDO.—Quiero decir... que un marido no tiene ninguna importancia cuando está vivo...

MANLIO.—Muchas gracias, ya que estoy para serlo.

GODOFREDO.—Pero un marido muerto es muy distinto. Un marido muerto es siempre *algún*...

MANLIO.—Pero ella no le amaba.

GODOFREDO.—¿No me has dicho que le era fiel?

MANLIO.—No por amor. ¡Ah, eso no! Por honradez.

GODOFREDO.—Entonces tienes tú razón.

(*Pausa.*)

MANLIO.—¿Serás mi testigo?

GODOFREDO.—¡Imposible!

MANLIO.—¡Eres muy descortés!

GODOFREDO.—Créeme, á Gilberta no le agradaría la elección. Desde que murió su esposo no la he vuelto á ver. Soy muy sentimental, no hubiera tenido ánimo para ir.

MANLIO.—Pues esta es una gran ocasión para volver de nuevo. No seas rencoroso.

GODOFREDO.—Estaba yo demasiado ligado á su marido. Estoy seguro de que en los momentos más solemnes de la ceremonia religiosa ó de la civil, no le sería grata mi presencia.

MANLIO.—Pues bien; debo revelarte la verdad; es ella misma la que me ha rogado que te invite para que seas nuestro testigo.

GODOFREDO.—¿Palabra de honor?

MANLIO.—Palabra de honor.

GODOFREDO.—Si ella misma te ha rogado que me invites...

MANLIO.—¿Aceptas?

GODOFREDO.—¡Sea!... Acepto.

EL MARIDO

EL MARIDO

Durante el veraneo en el campo, *Eduardo Alrighi* se ha enamorado de *doña Alda Camellih* y la ha asediado tenazmente. Ella, después de tan obstinada insistencia, ha terminado por decirle que sí; sólo que nada ha habido en definitiva. Verdad es que su marido estaba tranquilamente en la ciudad; pero ella estaba allí con su madre, una intransigente carabinera que no la dejaba un momento de libertad. Al regresar á la ciudad, cerca de su marido, que la vigila menos, *doña Alda Camelli* iba á terminar lo que no había podido formalizar en el campo. Al comenzar la vida de ciudad, *doña Alda*, antes de proceder á los preparativos necesarios para la dulce terminación, ha presentado al marido á su futuro amante. Pero verificada la presentación, ha acaecido que *Eduardo Alrighi* no ha querido volver á saber nada de ella y se ha alejado rehuyendo su presencia. En un baile, *doña Alda*, con el corazón estallante de rencor, ataca á *Eduardo Alrighi*, que se halla solo en un salón apartado donde pueden hablar con libertad.

ALDA. (*Entrando en el salón y bajando la voz, que tiene entonación de la ira concentrada.*)—¡Ó es usted un vil ó un imbécil!

EDUARDO. (*Cohibido.*)—¿Por qué?

ALDA.—Y ¿osa usted preguntármelo?

EDUARDO.—¡Señora, ni soy un vil ni un imbécil! Soy simplemente un hombre que tiene... sus ideas.

ALDA.—¿Nada más?

EDUARDO.—Nada más.

ALDA.—¡Es poco!

EDUARDO.—Me conformo.

ALDA.—¡Pero yo no!

EDUARDO.—Es muy justo.

ALDA.—Y si le parece justo, ¿por qué ha querido usted turbar mi paz? ¿por qué me ha arrebatado la promesa de mi asentimiento?

EDUARDO.—¡Porque la amaba!

ALDA.—Y ¿ahora?

EDUARDO.—La amo aún.

ALDA—¿Usted?

EDUARDO.—Y estaría dispuesto á demostrárselo si no hubiese conocido á su marido. ¡Él es un obstáculo insuperable! ¡es mi desventura!

ALDA.—Y ¿no sabía usted ya que yo tenía marido?

EDUARDO.—Sí lo sabía, no la creía viuda, y mucho menos una niña, y le aseguro á usted con franqueza que si la hubiese creído viuda ó soltera no le habría hecho la corte.

ALDA.—Pues entonces, ¿esperaba usted que mi marido fuese un individuo insignificante, sin derechos, sin deberes? ¿Había usted esperado que fuese la *negación* de toda responsabilidad conyugal? ¿Creía usted que iba á ser un marido *ad honorem?*

¿Se había forjado la ilusión de que me había dado su nombre para limitarse después á ser una cabeza de moro, extraño á mi vida oficial y á mi vida íntima?

EDUARDO.—¡Nada de eso, señora! Usted me toma por un ingenuo. El que se decide á amar á una mujer casada, que no está separada de su marido, sería un incauto ó un bobo si tuviese la pretensión de monopolizarla. Los célibes, que somos tan solicitados por las niñas, no nos enamoramos casi nunca de ellas. Y esto, ¿qué significa? Pues que los deberes y los derechos de otro hombre sobre la mujer que nos cautiva son con frecuencia la causa principal de nuestro enamoramiento.

ALDA.—¿De modo que no está usted celoso de mi marido?

EDUARDO.—Nada absolutamente.

ALDA.—¿Y usted se ha alejado de mí porque le ha conocido?

EDUARDO.—Precisamente.

ALDA.—¡Y no comprende usted mi admiración por su *precisamente!* Después de todos los argumentos que empleó para conquistarme, tiene usted por lo menos la obligación de justificar su grosera conducta.

EDUARDO.—Le ruego no me obligue á decir cosas desagradables.

ALDA.—Y yo exijo una explicación clara y terminante.

EDUARDO.—No me es posible.

ALDA.—¡La exijo!

EDUARDO. (*Violentándose.*)—Pues bien; sea. Usted insiste, y yo la complaceré para sujetar los vuelos de su imaginación, que Dios sabe con qué estupendas sospechas me habrá ya honrado. Como á esposa de su marido le anticipo que me disculpe, pero, ciertamente, no es mía la culpa si al hablar de él, que ha estado muy cortés conmigo, me permito tratarle con una expresión poco favorable. Usted es quien lo ha querido.

ALDA. (*Ansiosa.*)—¿Y es?...

EDUARDO.—Ya sabe usted, señora, que su marido me es profundamente antipático.

ALDA.—¿Y por qué?

EDUARDO.—Por nada. Ya se lo he dicho todo.

ALDA.—Pero usted me hace enloquecer. Lo comprendo menos que antes.

EDUARDO.—Es natural. Usted lo comprende menos que antes, porque está acostumbrada á tener sobre ciertos hechos un criterio superficial y erróneo. Usted piensa así: «Si mi marido le es muy antipático, esto mismo debe atraerle mucho más hacia mí y determinarle á apresurar los acontecimientos...»

ALDA. (*Resueltamente.*)—¡Es claro!

EDUARDO.—¡Qué equivocación, señora mía! ¡qué profundo error! La verdad es que un marido antipático es capaz de neutralizar la gentileza, la gracia, la fascinación, todas las cualidades atrayentes de su esposa para el que ama á esta mujer. Y es

que el amor profundo del que pretende á la mujer ajena queda lastimado, ó mejor dicho, ofendido, si el rival, por lo antipático, resulta un hombre inferior. Acaece en esto lo mismo que en el arte. Un artista envidia á otro á quien cree superior, pero al mismo tiempo, la seguridad de triunfar en la contienda en vez de alentarle le enerva. En el amor aun hay más; puede vituperarse al hombre dispuesto á transigir aceptando la mitad de una mujer que pertenece á Ticio ó á Sempronio; pero admitida la transacción, fuerza es comprender que cierta simpatía por el rival, por el socio ó por el colega, atenúa el disgusto. Y vea usted; generalmente se dice que la amistad entre el amante de una mujer y el marido de ella, es el resultado de un cálculo frío, cínico, casi perverso. ¡Nada más injusto! Las más de las veces aquella amistad es muy sincera y se debe al progreso natural de la simpatía que desde el primer momento sienta el amante por el marido. Y es inútil negarlo: esta amistad no sólo es genuina, sino hasta legítima. El amante ama á la misma mujer que el marido ama ó debiera amar; ambos á dos debían estar animados del mismo espíritu de conservación. Ambos tienen, ó deberían tener, el mismo culto. Son dos aliados que recíprocamente se apoyan y se ayudan. Para que esto sea posible, se necesita entre ellos una verdadera *afinidad;* sin ésta, falta la base del edificio. Y ya que he advertido prontamente que entre su marido y yo no existirá jamás esa afi-

nidad, aunque destrozando mi alma enamorada, cumplo el sacrificio de retirarme. La repulsión que siento hacia aquel pobre hombre es invencible y me parece imposible y hasta monstruosa la alianza con él. (*Muy conmovido, casi saltándole las lágrimas.*) Esta es, señora, la razón por que me resigno á perder un tesoro tan precioso como usted.

(ALDA, *palideciendo, atónita, con los labios verdes de rabia, está por lanzarle al rostro una grosería.*)

EDUARDO. (*Comprendiéndolo.*)—Ruego á usted, Alda, que no me ofenda. ¡No soy más que un desdichado!

ALDA.—¿Un desdichado?

EDUARDO.—Sí, y le confieso que no tengo ninguna esperanza de consuelo. Aunque pueda olvidarla, mi corazón, inepto para el matrimonio y asediado por el amor, buscará en vano, estoy convencido, una mujer para sustituir á usted.

ALDA. (*Con los dientes apretados, disponiéndose á salir.*)—¡Hay tantas mujeres casadas!

EDUARDO.—Para mí, créame usted, como si no lo estuvieran. La planta de los maridos desaparece de día en día. La antipatía que suscitan en los que podrían ser amados por sus mujeres, los salva á todos. ¡No hallo uno que sea verdaderamente simpático! Y pienso con espanto que esta decadencia de los maridos me obligará fatalmente á renunciar

á las mujeres de los demás y á tomarla por cuenta propia.

ALDA.—Hágalo. ¡Le garantizo que ningún marido será más simpático que usted!

(*Sale.*)

LAS DOS

LAS DOS

DOÑA FAUSTA vistiéndose en su tocador

LA CAMARERA. (*Llamando á la puerta.*)—Señora condesa, aquí está la señora Bernini.

FAUSTA. (*Con un impulso instintivo de fastidio y de pudor, coge el peinador para cubrirse.*)—¡Ah! ¡Antonieta! ¿eres tú?... Espera un momento... estoy vistiéndome.

ANTONIETA. (*Desde fuera.*)—¡Qué! ¿tienes vergüenza de vestirte delante de mí?

FAUSTA.—Vergüenza, no. Entra si quieres. (*Se apresura á vestirse y deja caer en el suelo el peinador.*)

ANTONIETA. (*Entrando.*)—¡Qué olor!... ¡pero sí, si es mi olor!

FAUSTA.—El olor de mis polvos de arroz.

ANTONIETA. (*Mirando la cajita.*)—¡Precisamente, los mismos que uso yo!

FAUSTA.—Es probable.

ANTONIETA.—Es de veras, mi nariz... tiene buena memoria.

FAUSTA.—No lo dudo.

(*Silencio.*)

(FAUSTA, *tratando de apresurar su tocado, no puede defenderse de las indiscretas miradas de su amiga.*)

ANTONIETA.—Has engordado.

FAUSTA.—Un poquillo.

ANTONIETA.—Pero te favorece mucho.

FAUSTA.—¿Eso crees?

ANTONIETA.—Si estás hermosa...

FAUSTA.—Es lisonja...

(*Pausa.*)

ANTONIETA.—¿No adivinas á lo que he venido?...

FAUSTA.—No, de veras.

ANTONIETA.—Pues á llevarte conmigo.

FAUSTA.—¿Adónde?

ANTONIETA.—Al concierto Sarasate. Tengo un billete de más y me he acordado de ti.

FAUSTA.—Te lo agradezco, pero no voy.

ANTONIETA.—¿No te gusta Sarasate?

FAUSTA.—Odio á los violinistas. Execro la música clásica.

ANTONIETA.—Pues eras una apasionada.

FAUSTA.—Ahora no.

ANTONIETA.—¡Es curioso!

FAUSTA.—¡Hay que transformarse, ó si no, morir!

ANTONIETA.—¡Es lástima, estará todo Nápoles!

FAUSTA.—Es inútil que insistas. No voy.

ANTONIETA.—¡Por darme gusto!...

FAUSTA.—No puedo.

ANTONIETA.—¡Eres muy mala!

(*Pausa.*)

FAUSTA.—¿Qué miras con tanta atención?

ANTONIETA.—Tus medias.

FAUSTA.—¡Querida mía!

ANTONIETA.—¡Sí, es muy extraño!...

FAUSTA.—¿El qué?

ANTONIETA.—Son como las que llevaba yo... y aun las llevo... ¿quieres verlas?

FAUSTA.—No te molestes, lo creo.

ANTONIETA.—Es que no las había en Nápoles de esa clase, me las traían de París.

FAUSTA.—De allí son.

ANTONIETA.—¿De casa de Bérard?

FAUSTA.—De Bérard.

ANTONIETA.—¿Quién te ha indicado ese comercio?

FAUSTA.—Nadie.

ANTONIETA.—¿Una inspiración?

FAUSTA.—Sí.

ANTONIETA.—Advierto que cuidas mucho tu *tocado*. Te vuelves presumida...

FAUSTA.—Lo de las medias es una presunción que no se ve.

ANTONIETA.—Por eso me choca...

FAUSTA.—Pues tú también...

ANTONIETA.—En mí hay una circunstancia atenuante. Tengo un marido á quien agradar.

FAUSTA.—Y yo ¿no tengo también marido?

ANTONIETA.—Tu caso es muy distinto; tiene cerca de sesenta años.

FAUSTA.—Razón de más.

ANTONIETA.—Lo haces demasiado tarde...

FAUSTA.—Más vale tarde que nunca.

(*Pausa*).

ANTONIETA.—Y estas botitas, ¿quién te las ha hecho?

FAUSTA.—¿Son también como las tuyas?

ANTONIETA.—Tengo tres pares idénticos... Te lo juro. No las uso ya porque no son del todo de mi gusto; pero hasta hace dos meses...

FAUSTA.—Oye, Antonieta, no me entretengas. Estoy muy retrasada; á esta hora debía haber salido...

ANTONIETA.—Me callo.

FAUSTA.—¿Dónde está mi corsé? ¡Á que me haces volver loca para buscarlo!... ¡Ah, si estás sentada encima!

ANTONIETA.—Toma.

FAUSTA.—Gracias.

ANTONIETA.—¡Santo cielo!

FAUSTA.—¿Qué te choca ahora?

ANTONIETA.—¡Hasta el corsé!

FAUSTA.—¿Como el tuyo?...

ANTONIETA.—¡Es increíble! ¿No habías adoptado desde hace un año el corsé con ligas que se sujetan á las medias?

FAUSTA.—Ya no lo uso.

ANTONIETA.—Pues, francamente, no te lo apruebo. Aquél atenúa siempre... algo.

FAUSTA.—¿Y por qué no lo llevas tú?

ANTONIETA.—Yo no tengo nada que atenuar. Soy mucho más delgada que tú.

FAUSTA.—Recuerdo muy bien que le has usado.

ANTONIETA.—Cuando se inició la moda sí, pero me le quité pronto.

FAUSTA.—Y yo lo he cambiado ahora. ¿Por qué he de comprimirme? La mujer debe ser sincera...

ANTONIETA.—¡De los pies á la cabeza!

FAUSTA.—Iba á decirlo; de la cabeza á los pies. Y además, aquel es un corsé algo...

ANTONIETA.—¡Antiestético!

FAUSTA.—Precisamente: antiestético.

ANTONIETA.—¡Eso es!

FAUSTA.—Con aquellas ligas que descienden á lo largo de las piernas, parecen las mujeres que han salido de un gabinete de...

ANTONIETA.—¡De ortopedia!

FAUSTA.—Eso, de ortopedia.

ANTONIETA.—Parece que adivino tu pensamiento.

FAUSTA.—Y mis palabras.

ANTONIETA.—No adivino nada. *(Subrayando la frase.)* Es un repertorio que he aprendido antes que tú.

FAUSTA.—No te comprendo.

(*Un largo y embarazoso silencio.*)

ANTONIETA. (*Saltándosele las lágrimas.*)—¿De modo que no vienes al concierto?

FAUSTA.—No.

ANTONIETA.—Entonces me voy. Quiero llegar á tiempo para el primer número.

FAUSTA.—Que te diviertas.

ANTONIETA.—En tanto, y si por casualidad ves á... Hugo Salvani, salúdale de mi parte.

FAUSTA.—¿Dónde quieres que le vea?... Irá sin duda al concierto.

ANTONIETA.—No, no irá.

FAUSTA.—¿Tú qué sabes?

ANTONIETA.—Odia á los violinistas, execra la música clásica. Como tú, prefiere las romanzas... de cámara. Y tiene razón. Alguna vez las preferí yo también.

(*Sale.*)

LA PRINCESA

LA PRINCESA

I

En menos de dos años, Alfonsina Battagli, que había llegado á Nápoles con modestas pretensiones, había hecho una carrera brillantísima. Habitaba un cuartito encantador, con muebles de su propiedad, en la vía Chiatamone. Admitía tan sólo clientes elegantes, prefiriendo á los nobles, ó por lo menos á los que se codeaban con la aristocracia. Á los que deseaban ser recibidos por primera vez, les exigía una presentación hecha con toda etiqueta por dos de los más conspicuos clientes, cual si se tratase de la admisión de un socio en un círculo.

—¿Por qué me critican por hacer que me los presenten los amigos que estimo más? Si fuese á recibir á cierra ojos á todos los que quieren venir, ¡estaría fresca... no tendría ni aun tiempo de respirar!

Y cuando alguno le objetaba que cada nuevo

conocimiento le aseguraba nuevas ganancias, ella respondía que antes que nada debía cuidar de su salud.

—¿De qué vale el dinero, si no se tiene salud? Además, yo bendigo á la Providencia; sería necia si me lamentara. Con cinco ó seis años así, podré retirarme. ¡Ah, qué alegría, qué delicia, no tener la obligación de hacer largos tocados, de ir á paseo á la vía Caracciolo, ni al teatro todas las noches, para ver las marionetas que cantan ó declaman! ¡Qué felicidad, tener el derecho de comer, beber y dormir cuando se quiere! No aspiro más que á esto. No quiero llegar á millonaria, no lo he pensado jamás. Mas para que no me falte nada, he adoptado este partido.

—Dentro de cinco ó seis años—le decían—será demasiado pronto. En esa época estarás en la flor de la edad. Los hombres no te dejarán ni á sol ni á sombra.

Y ella respondía:

—Me iré á una provincia ó al campo.

—¿Sin hombres?

—Si no hallo uno como yo deseo, serio, honrado, afectuoso, no muy joven...

—¿Y qué harás si lo encuentras?

—Me casaré con él, y buenas noches.

—¿Un marido?

—¿Qué hay de malo en ello?

—¡Te aburrirás!

—Mejor uno que ciento. Al menos se sabe de qué

modo hay que portarse. Cuando se comprende una vez... se sigue así tranquilamente.

De esto se deduce que Alfonsina Battagli no era en su género una apasionada. Era una profesional un poco alegre, pero equilibrada, sensata, agradable y muy económica.

Explotaba su graciosa belleza no con engaños, sino con el cuidado y el celo con que se administra un hotel, un restaurant ó un establecimiento balneario. Al principio de su carrera—que por añadidura no había abrazado por vocación,—la fortuna le había sido adversa, y si el azar no la hubiese llevado á Nápoles, ¡quién sabe cómo hubiera terminado!

Al acaso, verdaderamente, se lo debía todo, pues nadie la había recomendado en esta ciudad. Lo que hizo cambiar su suerte fué una extraña y evidente semejanza con la princesa Irene Sallustio, una de las señoras más empingorotadas por su alcurnia, por su riqueza y sus costumbres. Ambas tenían el mismo perfil prerrafaelesco, animado por los mismos ojos, semejantes á almendras, llenos de dulzura en las azules pupilas, que tenían á veces luminosas y repentinas vibraciones. La misma boca, no muy pequeña, pero rica de particulares y deliciosos detalles: labios delicados de un límpido y rosado color, que cerrados, formaban un arco y temblaba levemente en los ángulos, y una sonrisa á la que se le podía atribuir un tesoro de intenciones galantes; dientes menudos, de una blancura

dorada, tan estrechos é iguales, que parecían esculpidos por paciente mano en un arillo de marfil; las mejillas, arreboladas cual los labios, formaban una especie de rosado nido, del que parecían prestas á brotar mariposas apenas nacidas. Pero la semejanza no se limitaba al rostro: el cuerpo de Alfonsina y el de la princesa, si no eran idénticos por las dimensiones, tenian la misma línea y su andar era igual. La princesa era un poco más alta, pero ambas tenían cierta flexibilidad que regulaba sus movimientos, cierta desproporción entre los hombros algo delgados y la exuberancia de la parte anterior del busto, y una maravillosa discordancia entre la gracilidad de su talle y la morbidez de las curvas sucesivas. La leve diferencia de estatura y algún otro detalle distinguía á la princesa Sallustio de Alfonsina Battagli. Los cabellos de la princesa tiraban á rubios y los de Alfonsina eran más obscuros, casi castaños. La frente de la princesa era un poco más espaciosa que la de Alfonsina, y por último, el cuello de la princesa, cerca del oído derecho, estaba adornado por un lunar muy visible cuando ella, por deber de elegancia, iba escotada.

En las voces no había nada de común: la de la princesa era fresca, agradable, á veces sonora, mientras la de Alfonsina estaba frecuentemente velada á pesar de las precauciones higiénicas, y á veces resultaba algo áspera. Esta diversidad era mayor en el lenguaje y en la pronunciación. La princesa hablaba en italiano, modulado de un modo

indefinible, que reunía el acento de las diversas institutrices que la habían educado: la dureza alemana, la rapidez inglesa y la gracia francesa, con la consabida erre gangosa. Alfonsina, en cambio, fundía un poco el dialecto piamontés, por haber nacido en Turín, con el romano, por haber hecho sus primeras conquistas en Roma, y en Nápoles comenzaba á mezclar en su lenguaje alguna palabra local. Si no que, dotada como estaba de una instintiva fuerza de voluntad, cuando comprendió que aumentaba en la plaza el valor de sus acciones, eliminó las palabras en dialecto de sus conversaciones oficiales, conservando tan sólo un acento mixto de los diversos dialectos. En suma, pocas desventajas en los signos que las diferenciaban y enormes ventajas en los rasgos que las hacían semejantes.

Pero á la inmensa curiosidad que se había despertado desde el día en que un parroquiano conspicuo descubrió la identidad y la propaló á los cuatro vientos, se añadía, á beneficio suyo, otra circunstancia importantísima.

La princesa Irene Sallustio era notoriamente una dama inabordable. Aunque muy mundana, dedicaba su principal actividad á las obras filantrópicas, á la protección de las abandonadas y á las más nobles instituciones intelectuales de la ciudad: el «Círculo filológico», la «Dante Alighieri», la «Sociedad orquestral». Siempre iba rodeada de los jóvenes más vivaces, más brillantes, más á la

moda y más emprendedores; tenía una severidad que inspiraba un profundo respeto á los inteligentes y que irritaba hasta exasperarlos á los tontos, á los vanidosos y á aquellos cuya sincera sensibilidad se electrizaba con la fascinación de aquella mujer inexpugnable. Así que por una especie de venganza, por necesidad de consuelo ó por realizar una transacción que antes jamás se había esperado, casi todos los amigos, los conocidos, los asediadores y adoradores de la princesa Irene Sallustio recurrían á Alfonsina. Cuando ésta callaba, la ilusión para ellos era sorprendente, y por eso, cual si todos tuviesen la misma intención, le rogaban que callase en los momentos en que la ilusión era más preciosa. Á los que no conocían á la princesa más que de vista, no les era indispensable el silencio, pues les causaba una ilusión perfecta, y ella se desahogaba hablando en toda la visita, pero cuidando de no llegar á una trivial locuacidad.

Y procuraba corregir sus frívolos descuidos cohibida como por cierta responsabilidad que le imponía la semejanza con la princesa Irene Sallustio, que no era un misterio para ella, pues se lo aseguraba de un modo unánime su creciente crédito y hasta el haberlo comprobado con sus propios ojos.

En el teatro y en paseo, al hallar á la gran dama, se había convencido; viéndola experimentaba un sentimiento de viva gratitud, y si le hubiera sido posible la hubiese estrechado entre sus brazos.

En tanto sus más solícitos protectores procuraban completar su identidad. Le hacían aclarar con aguas eficaces el color de su pelo. Le sugerían los peinados de la aristócrata y el modo de hacer su frente al parecer más espaciosa, le indicaban con precisión el punto del cuello donde la dama tenía el lunar, y Alfonsina se lo ponía postizo siempre que su cuello se hallaba al descubierto, cosa que no acaecía solamente cuando iba escotada. La inducían, por fin, hasta á adoptar altos tacones para alcanzar la estatura de la princesa y á valerse de los mismos sastres, modistas, zapateros y perfumistas que ella, á fin de que reprodujera, en cuanto fuese posible, toda su exquisita elegancia en el total y en los detalles. Alfonsina no oponía ninguna resistencia, mientras no se trataba de gastar mucho; pero en general se dejaba aconsejar y dirigir con entusiasmo, se apasionaba por llegar á la identidad, que siempre le resultaba provechosa, y como todos la llamaban *La Princesa*, Alfonsina se habituó poco á poco á este título, y un dia, casi de buena fe, se encargó tarjetas de visita con la corona de princesa.

Cerca del marido de la dama, esto es, del príncipe Orestes Sallustio, los amigos de Alfonsina tenían un aspecto que podría llamarse prudente. En el fondo era un marido agraviado. No se equivocaban. Alfonsina para ellos era la sustituta de la esposa del príncipe Orestes Sallustio. En conciencia, ellos ofendían á este hombre, que por su ilustre fa-

milia, por sus costumbres integérrimas, por la seriedad de toda su vida no recogía más que estimación y simpatía. Cuando aparecía el príncipe en el círculo se dejaba de hablar de Alfonsina, cuya celebridad instigaba las más amenas conversaciones. Todos estaban acordes en ocultarle lo que acaecía en torno suyo, todos se afanaban en encubrir que frecuentaban su casa. Y lo mismo que con un marido engañado, se recurría á todo género de astucias para que no sospechase nada. No era por lo demás difícil distraer su atención. Aunque de poco más de cuarenta años y de buen aspecto, con su gran cabeza aristocrática, calva hasta las sienes y alargada por la puntiaguda barbilla, el príncipe tenía el aspecto de una persona sesuda, y no participaba del frívolo ambiente que le envolvía. En el círculo prefería la compañía de los socios más viejos y con semejantes cariátides jugaba al secular *wihst*, despreciando el novísimo *bridge*, ó hablaba de política complaciéndose en una brillante orientación conservadora. Además se ocupaba en numismática, hacía por su cuenta pesquisas históricas en el archivo del Estado, era vicepresidente de las asociaciones de los propietarios, leía asiduamente las actas de la Cámara de los Lores, coleccionaba pacientemente objetos y cuadros que habían pertenecido á sus antepasados, aprendía por sí mismo el alemán, sostenía correspondencia con algunos caracterizados amigos que residían en Inglaterra y en Alemania y aspiraba á ser nombrado senador por

derecho propio. Raras veces acompañaba á su esposa al teatro ó á paseo, pues tenía en ella una confianza ilimitada y no se ocupaba jamás de lo que la gente decía, convencido de que en cualquier parte recibiría los más devotos homenajes. En estas condiciones solamente el celo chismoso y maligno de alguno hubiera podido revelarle aquel caso tan singular.

Y la malignidad no tardó en advertírselo. Una carta anónima le sacó de su serenidad. Le citaban con precisión á Alfonsina Battagli y la historia de la semejanza con minuciosidad indiscreta y molesta. El príncipe Orestes Sallustio perdió la paz. No quiso dignarse tomar oficialmente en serio aquella chismografía que denotaba vileza y corrupcion, pero no pudo resignarse tampoco. Para mayor refinamiento y perversión, el autor del anónimo no citaba los nombres de los culpables, pero no cesaba de insistir ni de deplorar que muchos de ellos eran los mejores amigos del príncipe. Por más que éste se dominase y que tratara de atenuar á sus propios ojos la gravedad del hecho, ya no estrechaba de buena voluntad la mano de los que venían á su casa ó encontraba en el club. Dudaba de todos, sospechaba también de dos ó tres vejetes cuya constante veleidad conocía de oídas. Recurría á mil pretextos para ver, aunque fuese de lejos, á Alfonsina Battagli, y cada vez se convencía más de que la semejanza era irrecusable y extraordinaria. Un día, en la plaza Victoria, viéndola salir del palacio

donde habitaba una de las modistas de su mujer, la confundió con ella al primer golpe de vista y estuvo para salir á su encuentro; solamente á pocos pasos de distancia advirtió el error y lanzó una interjección de fastidio y de ira; y notando que Alfonsina había advertido la equivocación y sonreía satisfecha, sintió el impulso de encararse con ella, injuriarla y decirle alguna atrocidad; pero se dominó á tiempo, por el temor de parecer ridículo y también por comprender la injusticia de interpelar á aquella mujer, que en substancia no hacía más que aprovecharse de una situación que sólo había creado la madre Naturaleza.

Pero sus torturas aumentaban. Aun prescindiendo de su dignidad ofendida y de la rabia de no poder estigmatizar las soeces burlas, él, que jamás había recelado, ardía de celos con violencia. No era que dudase de su esposa. La lógica más rudimentaria se lo vedaba. Pero sus celos dependian de la certidumbre de que en la fantasía de aquellos señores su esposa era la que realizaba todos los días sus caprichos. Este pensamiento llegaba á adquirir en su cerebro proporciones espantosas. Reconstruía cuanto pasaba en casa de Alfonsina y se estremecía. ¡Qué horror! ¡Qué oprobio! Las semejanzas de su esposa estaban allí, en aquella casa, á disposición de cualquiera. El tesoro que él poseía se lo usurpaban, profanaban y robaban todos. ¡Y no tener ningún medio para defenderlo, para defenderse! ¡No tener ningún medio para impedir que creyesen en

su exaltación aquellos depravados que disponían de la belleza de su mujer!

II

Por último, después de proyectar mil cosas irrealizables, resolvió dirigirse con lealtad y decisión á la misma Alfonsina Battagli. Á una hora en que sabía se hallaba sola, se hizo anunciar.

Alfonsina dió un salto maravillada. En un momento supuso las cosas más diversas, y no excluyó el que el príncipe quisiera pasar un rato sin cometer una verdadera infidelidad, puesto que ella era el facsímil de su esposa. Para el príncipe, naturalmente, no era necesaria la presentación, y ella se apresuró á recibirle con la mayor cordialidad.

—Usted habrá sospechado tal vez—comenzó el príncipe con afabilidad moderada—el motivo que me ha obligado á hacerle esta visita.

—Su visita, príncipe, es para mí un honor—respondió Alfonsina ambiguamente.

—No... aquí no entra el honor. Usted seguramente no ignora quién soy...

—Y por esto mismo decía que... seré muy dichosa con...

—¿Con qué?

—No sé... Con usted, príncipe...

—¿Conmigo?... Continúe usted.

—¡Oh, Dios!... Usted me hace volverme tímida. La emoción que siento en su presencia... Sí, lo confieso, estoy muy emocionada...

—Pero ¿por qué? Yo le ruego que tenga la calma que yo tengo. Si no no podremos hablar francamente.

—Sin embargo, usted debía comprender que encontrándome delante de usted... tan cerca... ¿Me explico? Yo no pretendo ser... para los demás es distinto. ¡Oh, para los demás estoy segura, somos iguales como dos gotas de agua! Pero para usted...

El príncipe intentaba reprimir su indignación, pero se impuso el contenerse por llegar á algún arreglo.

—No se preocupe usted—dijo él tragándose la bilis—de mis impresiones. No es ocasión de preocuparnos.

—Me disgustaría el que no le pareciese á usted lo que todos dicen...

—¡Le garantizo que no es necesario que me parezca usted á mí lo que á los demás!

—Esto me lisonjea. Quiere decir, que valgo algo por mí misma también. Se lo agradezco. Y si puedo servir á usted... No acierto á explicarme bien... Pero, en suma, le repito que si tuviese la fortuna de...

—Creo, querida señora—interrumpió el prínci-

pe, no sin cierta energía imposible de refrenar,—creo que está usted equivocada. Mi visita no tiene nada de común con las visitas de los demás. He venido simplemente para suplicarle á usted una cosa.

Alfonsina hizo una muequecilla desdeñosa; pero se reprimió inmediatamente por respeto á aquel hombre, hacia el que sentía una deferencia natural.

—Mándeme usted, príncipe.

—Usted no es una ignorante cualquiera...

—Ahora estudio francés...

—¡No hablo de su instrucción! Digo que no es usted una tonta, y que no dejará usted de comprender que á mí no me agrada ser un juguete de tanta gente.

—¿Por qué un juguete? Todos respetan á usted, todos le estiman... ¡Si oyese cómo se habla de usted en esta casa! Y yo, señor príncipe, yo tengo por usted verdadera veneración.

—Le estoy obligadísimo, pero veo que no me comprende. Y es necesario que me entienda, si está usted dispuesta á hacerme un favor. En pocas palabras, el favor que á usted pido es que se ausente de Nápoles.

—¡Irme de Nápoles! ¿Usted se burla? ¿Y qué haría yo en otra ciudad? Sería una ruina para mí. Si al menos á esa otra ciudad fuese usted también con su esposa...

El príncipe se puso en pie temblando de cólera, y Alfonsina, un poco mortificada, añadió:

—Pero si es usted el que me obliga á decir estas

cosas. Yo no hago nada para ofenderle. ¿Usted viene á rogarme que renuncie á mi carrera? Esas son locuras. ¡Dios sabe cuántos sacrificios hago! ¿Cree usted que yo no tengo contras? ¿Cree usted que yo me divierto? ¡Todo lo contrario! Y ahora que es cuando mejor estoy, ¿iba á hacer el equipaje y á marcharme? No, no, príncipe; yo me quedo en Nápoles, porque aquí estoy bien. Creía poder serle útil, pero usted pretende cosas imposibles. Yo le aseguro que para eso soy sorda.

El príncipe se dominó de nuevo y volvió á sentarse, tratando de razonar.

—Mis pretensiones, mejor dicho, mis proposiciones, no son tan imposibles como le parecen á usted á primera vista...

—Pero dispénseme; usted propone...

—¡Déjeme usted acabar! No son imposibles, porque á mi súplica uno una oferta. No he pensado jamás en que usted se fuera sin poder, en cierto modo, resarcirse de las pérdidas.

Al oir esto, Alfonsina presintió un buen negocio, y su cerebro buscó rápidamente el modo de bosquejar un cálculo para no hallarse desprevenida.

—Veamos la oferta, señor príncipe—dijo ella con mucha gracia.—Yo no quería hablar de intereses; pero si usted quiere... hablemos también...

—Ofrezco á usted un *cheque* de quince mil liras. ¿Está usted conforme?

Alfonsina soltó una sonora carcajado.

—¿Se ríe usted?...—exclamó el príncipe.

—Pues claro; ¿qué quiere usted que haga? Me río. ¡Quince mil liras es mi ganancia neta de seis meses! En verano y otoño tal vez un poco menos, pero en invierno y primavera ¡sí que me las dan! ¡Por Baco! Si no lo cree usted, le presento mis registros, porque lo apunto todo. ¡Y si quisiera sacaría más de esa suma!

—Entonces—dijo el príncipe resuelto y airado—pocas palabras. Dígame usted la suma que debo desembolsar, y yo contestaré á usted en seguida.

—Óigame usted ahora, príncipe; no le conviene á usted esto. En el fondo yo soy una infeliz y no sabría conservar la suma que usted me diera. Y además, debo añadir con franqueza que de ningún modo dejo á Nápoles. Tengo aquí mi casa, le he tomado cariño, Nápoles me agrada; si no viese más el Vesubio, si no volviese á ver estas calles algo sucias, pero tan simpáticas, estos cochecillos destartalados, pero tan ligeros, los *scugnizzi,* como llaman á los chiquillos que hacen cabriolas pidiendo dinero con aquellos rostros asquerosos y astutos y con aquellas voces llorosas, sería muy desdichada. Soy, como usted ve, un pobre animalucho que tiene sus costumbres y poco á poco se ha hecho su camita. ¿Con qué derecho viene usted á conturbarme?

—¡Pero puesto que usted también me conturba!...

—Busquemos un arreglo...

—No le hay.

—¿Y si yo me quedase en Nápoles, pero sin recibir á nadie?

—¿Qué es esto? ¿se quiere usted burlar de mí?

—Nada de eso. Ya le he dicho que esta vida no me agrada. Si alguien me asegurase al mes... una cosa justa, una cosa razonable, yo me retiraría muy contenta.

—¡Sabe Dios qué cifra fantástica sería para usted una cosa razonable!

—Nada de eso...

—¡Á juzgar por su balance!

—Por una cosa mensual no hay que alarmarse ¡qué diablo! No se trata del capital, se trata de los intereses. Y crea usted que sabré limitarme, porque no teniendo que deslumbrar de la mañana á la noche, no me dejaré comer tanto dinero de las modistas, los sastres y los zapateros. Me vanaglorio de ser una mujercita hacendosa. Modestia aparte, tengo todas las virtudes que desearían ustedes á todas sus nobles esposas.

—¡Ruego á usted, señora!...

—Quiero decir *virtudes* económicas. Todas sus mujeres tienen un agujero en la mano. Tiran el dinero por la ventana... Les cuestan demasiado.

—Ruego á usted, señora, que no insista.

—Si su esposa, la princesa, es económica, ¡tanto mejor! Pero no lo creo. Le aseguro que lo sé mejor que usted. Tenemos los mismos proveedores...

—¿Me hace usted, sí ó no, la merced de no hablar de mi esposa?

—Hablo de ella por hablar de mí. Deseo que usted sepa que si me retirase, yo no exigiría mes

por mes más que lo necesario para vivir económicamente y para ahorrar lo que ahorro ahora. Tengo que pensar en mi porvenir, ¿verdad?

—En otros términos, usted se comprometería á no recibir, y yo, con alguna reducción, ¿tendría que suplir á todos?

—Poco más ó menos.

—Sólo financieramente, se entiende...

—Sólo financieramente.

—¡Sería para usted, querida señora, un buen negocio!

—No tengo para qué decir lo que usted siempre podría utilizar...

—¡Sepa usted que yo adoro y respeto á mi esposa!

—También yo.

—¡Basta ya!

—¡Es usted un gran tipo! No hay modo de ser cortés con usted.

—Está bien. Reflexionaré sobre su proyecto y vendré pronto á darle una respuesta decisiva.

—Mi casa está abierta para usted á todas horas.

—Lo que pido á su amabilidad es el más completo silencio. ¿Puedo contar con él?

—Naturalmente. No es cosa de pregonarlo. Si empiezan las chismografías, no se hace nada. Esté usted tranquilo; le comprendo bien y no tendrá por qué quejarse de Alfonsina Battagli. ¡Puede usted creer que tiene en mí una hermana!

El príncipe reprimió una última palabra de in-

dignación y se fué con los nervios excitados y la cabeza aturdida.

III

No había dónde escoger, y á los pocos días el proyecto de Alfonsina fué aceptado por el príncipe Orestes Sallustio. Ella, en verdad, redujo bastante su demanda, porque el pensamiento de estarse tranquila en su casa como una señora la seducía irresistiblemente, y en cuanto al secreto que el príncipe le exigía, ella le convenció de que no había que temer.

—Anunciaré que me retiro, porque tengo ya lo necesario para vivir cómodamente. El anuncio causará gran efecto, pero no asombrará á nadie; todos sabían que esta era mi aspiración, en tanto que si dijese la verdad se reirían en mi misma cara. ¡La cosa es tan extraña!... Y ¿sabe usted lo que dirían?... Dirían que yo soy su amante. ¡Hermosa figura haríamos los dos! Las gentes, al no ver el lujo de antes, le tomarían á usted por un avaro y creerían que yo era una de esas andrajosas que buscan una posición estable, conformándose con algunos sueldos al mes. ¡No, no! Con mi amor pro-

pio no transijo. El secreto nos sirve á los dos. Punto en boca, y callemos.

Pero con estos acuerdos el problema del príncipe Sallustio no se resolvió del todo. La polvareda que levantó la decisión de Alfonsina Battagli y las profundas quejas que él advertía en el ánimo de muchísimas personas de todas las edades, le confirmaban que aquella mujer se había hecho indispensable á la parte más selecta de la ciudad. ¿No era lógico que una de estas personas, uno de estos individuos apesadumbrados y rechazados de sus costumbres más radicales, tratase de anular su programa de reposo? Y ¿no era verosímil que ella terminase por ceder, por una ó por otra razón? Alfonsina Battagli le había jurado completa adhesión. Le había autorizado á espiarla, á sorprenderla en todos los momentos del día ó de la noche. Él poseía una llave de la casa y otra del patio, y podía entrar, por lo tanto, sin hacerse anunciar y sin tener que llamar con los nudillos desde la puerta al dormitorio. Sí, la pobrecilla le había dado garantías más seguras que las que se dan á un amante. Pero cuando pensaba que si ella se arriesgaba á alguna insubordinación no tendría medio de contenerla y recordaba las causas intrínsecas que habían hecho de Alfonsina la mujer más deseada de Nápoles; cuando, por último, veía en la imaginación la semejanza de ella con su esposa y se la figuraba en la mezcla de una mujerzuela en funciones principescas, parecía que le iba á es-

tallar el cerebro. Creía ser dos veces marido y ofendido á la par, mucho más ultrajado que antes, porque ahora él tenía verdadero derecho sobre las dos mujeres. Y en estos accesos de dobles celos, no acertaba á ser afectuoso con su esposa, y el verla á su lado toda suyo, incontestablemente inmune á á toda profanación, no bastaba á calmarlo. ¡Era por la otra! Su esposa no estaba solamente allí, ante él; estaba también en la casa, en el dormitorio de la otra. ¿Podía, tal vez, tenerlas al mismo tiempo á las dos? ¡No, no! Y entonces, ¿qué ventaja obtenía con el contrato estipulado?

Con frecuencia, al poco rato, en los momentos más íntimos, obedeciendo á la manía celosa, aducía pretextos enigmáticos y abandonaba á su esposa por hallarse ansioso de Alfonsina. Empleando las llaves de seguridad, sin limitación de hora, entraba con desconfianza en el salón, en el dormitorio, en el tocador, en la cocina. Ella no sólo no se ofendía, sino que le recibía con regocijo. Un poco le punzaba con cien burlitas, pero también le decía cosas cariñosas y le hacía la acostumbrada proposición de utilizar la visita, para verle airado, ó trataba de que le prometiera un premio *extra* por la irreprensible conducta de que se alababa. Las conversaciones tomaban un aspecto amistoso, gracioso y confidencial, y él se tranquilizaba, llevándose una buena impresión.

—Hay que convenir—se decía bajando la escalera—en que esta pícara es una mujer honrada.

En tanto, el impulso, el afán con que corría á casa de Alfonsina, no le permitían ninguna cautela, y fácil es comprender que la curiosidad de los que no se consolaban de la vida retirada de ella descubrió bien pronto las presurosas excursiones del príncipe Sallustio. La causa verdadera no fué sospechada ni por las agudezas más sutiles de la perversidad. Ninguno concibió todo lo grotesco de la situación, ni á nadie le cupo la idea de que el príncipe Sallustio hubiese alejado á los clientes de Alfonsina solamente por ser el único marido de su propia mujer. Todos creyeron que habiendo probado la pitanza conyugal con una salsa más sabrosa que la cocida al fuego del hogar doméstico, la había hallado tan buena, que no podía prescindir de ella, y aun esta creencia, más lógica, bastaba para suscitar una viva hilaridad. Parecía una cosa cómicamente inconcebible que aquel hombre serio, aquel futuro senador, henchido de arqueología y de secretas imitaciones británicas, mantuviese á la chita callando á su gentil *cocotte* y que ésta fuese una segunda edición incorrecta de su esposa. Y naturalmente, el deseo de engañarle creció en todos de un modo desmesurado. Los obstáculos que había que superar alentaban hasta á los más holgazanes y metían el diablo en el cuerpo de los más vivaces. La princesa Irene era tan inexpugnable como siempre. La princesa Alfonsina rechazaba todos los asaltos. Y aquel hombre, que parecía tan ridículo, desataba la más acendrada envidia.

IV

Entre los que había plantado en la puerta la princesa Alfonsina, había un hermoso muchachillo de veintitrés años, Mario Grappani, perteneciente á una familia millonaria de Calabria, el cual, aunque sin ningún blasón, se iba introduciendo en la alta sociedad y se le acogía fácilmente por su elegancia un poco fanfarrona, por su capital y su genio animado—que como su rostro demasiado moreno y sus ojos grandísimos tenían, aun dentro de su vulgaridad, algo de atrayente—y por la audacia con que jugaba y con que se dedicaba á los *sports* y á todo género de aventuras. Mario Grappani, en vez de insistir en sus tentativas con la princesa Alfonsina, pensó que era mejor intentar el gran golpe de la princesa Irene. ¿Que no había probabilidad de vencer? Pues precisamente por esto la empresa le encantaba. En todo caso, ¿qué perdía? Se exponía á ganarlo todo, sin perder nada.

La corte que Mario Grappani comenzó á hacer á la princesa Irene no tenía ningún género de delicadeza. Era un asedio agresivo, impertinente,

brutal, importuno. Aquel niño mimado de la sociedad no tenía la costumbre de dominar sus ímpetus juveniles y unía á la fogosidad de su edad la fanfarronería de su índole calabresa y el presuntuoso convencimiento de que á él todo le estaba permitido. Aquella brutalidad y aquella violencia, sin darse él mismo cuenta, prestaban á su asedio el carácter de invencible pasión. Pero no se conmovió por esto la princesa Irene, y así ella, que acostumbrada á las galanterías, suspiros, espasmos, investigaciones y declaraciones de los que la adoraban, oponía con graciosa finura una indiferencia afable, como si no diese importancia á galanterías de salón, con Mario Grappani recurría á una austeridad enérgica y concisa. Un día en que el joven, haciéndole una de sus frecuentes visitas, y aprovechándose de estar solos, se permitió cogerle un brazo para besárselo, ella, retrocediendo con desdén, le dijo secamente:

—Grappani, usted me obliga á rogarle que no vuelva á mi casa.

Pero la severa amenaza no hizo más que encender con más fuerza la juvenil terquedad. Y como un niño encolerizado, golpeando el suelo con los pies, respondió:

—¿Qué me importa? Si usted me ruega que no venga más á su casa, yo vendré lo mismo. Y si da orden á sus criados de no dejarme pasar, la seguiré á todas partes y haré mil locuras.

—¡Pues entonces es usted un mal educado!

—Soy un mal educado, ya lo sé; ¿y qué importa?...

—Ya habrá algún medio para librarse de personas como usted.

—Le aseguro que no hay ninguno.

—Creo que sí.

—Aunque exista, no sabrá usted encontrarlo; ¡es usted tan cortés! Cuando se posee un rostro de virgencita como el suyo, no se tiene valor para hacer sufrir á la gente, y hacérmelo á mí sería una crueldad inaudita; porque, en suma, yo soy un mal educado, no lo niego; pero la amo, la adoro, ¡soy un mal educado que pronto morirá por usted!

—¡Dios santo! ¿Qué hacer para que comprenda que no quiero tolerar sus protestas amorosas? Además, si no es usted tonto, se debía haber persuadido ya de que son perfectamente inútiles.

—¿Quiere que me muera por usted?

—No se exalte. Continúe viviendo y no me importune más.

—Cualquier cosa que usted me dice con esa voz dulce y hermosísima, me parece una caricia.

—Pues también sabré decirle insolencias.

—Aspiro á que me dé usted un bofetón, aunque sea en la calle.

Á tales palabras, la princesa Irene se levantó con ceño adusto.

—Me arrepiento de haberle recibido—dijo en un tono muy serio.—Me quejaré á quien me presentó á usted.

Y ya se alejaba para salir, cuando él, con el aire aniñado con que solía atenuar las impresiones desfavorables que causaba su imprudencia, se echó á sus pies, enloquecido y golpeándose el pecho.

—¡No, no princesa! ¡Perdóneme usted, perdóneme! ¿Qué culpa tengo yo si al estar á su lado pierdo la cabeza? Pero le prometo que desde este momento seré persona juiciosa, no diré más tonterías: ¡no diré nada por que usted tenga que llamarme al orden!

—¡No es posible, señor Grappani!—respondió la princesa, que desarmada con aquellos aspavientos, sonreía nuevamente y volvía á su completa indulgencia.—No es posible; usted no sabe hablar sin decir locuras.

—Para no decirlas callaré. Me quedaré mudo y me conformaré con contemplarla. ¿No me permite usted ni aun esto? Me volveré ciego y me contentaré con... iba á decir *tocar*, pero no lo digo. Ya ve usted que comienzo á modificarme.

—¿Sabe lo que yo desearía para usted?—terminó la princesa en un tono maternal, como para excusarse consigo misma por no seguir indignada.—Querría que se hallase usted con un marido celoso de esos que tienen el mal gusto de ser unos verdugos de los adoradores de sus mujeres.

—¡Si yo sería muy feliz si su marido fuese celoso!

—¿Por qué?

—Porque la esposa de un marido celoso está siempre dispuesta á... ¡No, por poco se me escapa de la boca una palabra de las de siempre!

Pero esta vez el jovencillo, al interrumpirse y reprocharse, escondió entre los halagos de niño una trampa de viejo zorro. Ya que la conversación había recaído sobre el marido, pensó matar de un tiro dos pájaros. ¿No había que abandonar el método del brío y del atrevimiento, que había fracasado irremisiblemente? Pues las revelaciones de la conducta de su marido podían dar más juego; y para iniciarla era preciso entablar una conversación más agradable, más señoril, más idónea al temperamento de a princesa. Todo esto lo vió claro al pronunciar la palabra *marido*, y en seguida mudó de rumbo la conversación. Á los pocos minutos Mario Grappani, sin hacer alusión á su amor y con el aspecto de quien deplora la fidelidad que la mujer amada conserva al marido infiel, iniciaba ya las primeras insinuaciones. La princesa, por no mostrarse transigente, con la misma fiereza fingía no querer escucharle, pero demasiado recordaba recientes y extrañas pruebas en su marido, ciertas salidas á horas á que antes no acostumbraba, ciertos caprichos que le hacían no desmentir firmemente lo que contaba el astuto relator. Fingía una incredulidad casi alegre, pero temblaba, sufría y valuaba todos los hechos revelados. No ignoraba la historia de aquella mujerzuela que había osado falsificarla; algo había comprendido al hallarla en la calle ó en

el teatro, y al ver que ella la miraba con insistencia; algo le habían dicho bien á su pesar los chismosos más groseros. Por lo tanto, en lo que Mario contaba había una base de verdad, y la conducta de su marido desde hacía poco tiempo, correspondía bastante á los detalles que le referían. Á los ojos del joven no se escapó la amargura de que se hallaba invadida la princesa, y cuando estuvo seguro de haber remachado bien el clavo, le pidió disculpas con mucha humildad y con sentimental conmoción de haber cedido al rencor que él sentía por aquel individuo, injustamente privilegiado, y se despidió como un perfecto caballero.

No había una prueba terminante, pero sí graves indicios, y estos indicios míseros llenaron á la princesa Irene de un temor espantoso, que se excitaba siempre que su marido se disponía á demostrarle su constante afecto, nada platónico. Era demasiado orgullosa para rebajarse á pedirle explicaciones, y no era tan ingenua que no comprendiese que el preguntárselo á él no era práctico. Mario Grappani no había descuidado el darle la dirección de Alfonsina, mas no podía fiar en él ilimitadamente, ni ella quería confesarle que creía sus revelaciones á aquel muchacho que no se cansaba de asediarla, tratando de hacerle olvidar la intemperancia anterior con una respetuosa moderación. En aquel suplicio, en aquella angustia, evitaba por todos los medios las expansiones de su marido, y cuando él, venciendo todas las dificulta-

des ó dispuesto á mandar, le rogaba con las manos trémulas, los labios blancos y los ojos velados, que no continuase en su desvío, se sentía presa de una obsesión que no la permitía ser afectuosa. Le veía al lado de la otra, en la misma actitud, con el mismo espasmo en los ojos y en la boca, y huía de su lado asustada.

—Pero ¿qué tienes? ¿qué te he hecho yo? – decía él con voz acongojada.

Ella trataba de calmar su violencia ó de justificarse, pues no tenía aún el valor de adularle ni renunciaba á la esperanza de llegar á tener el derecho de echarle en cara su culpa ó de pedirle perdón por haber sospechado de él.

—¿Cómo puedes pensar que estoy enfadada contigo? ¡No es esta la razón! Es que estoy indispuesta... He asistido hoy en el hospicio de los escrofulosos á un espectáculo tan triste... tan triste... tan repugnante... que ya comprenderás que ahora no estoy para atenderte.

—¿Pero qué tengo yo de común con el hospicio de los escrofulosos?

—Es que me encuentro triste.

—No te pido que valses.

—Me pides más.

—Nada para lo que se necesite buen humor.

—¿Te agradaría que consintiese con un acompañamiento de lágrimas?

—No me encontraría, pero á falta de mejor medio...

Y discutían, cavilaban, sostenían polémicas, hablaban de religión, de sociología, de feminismo, de materialismo, de idealismo, de misticismo, citaban pasajes de la Biblia, recurrían á Schopenhauer, á Tolstoi, á Nietzsche, pero, al fin, el príncipe quedaba desairado y en un estado de nervios que excitaba su ira.

Una noche, después de comer, resolvió no dejarse imponer ni por las reminicencias de los hospicios ni por las discusiones frustradas. Hacía cerca de dos meses que se hallaban desavenidos, y como compensación al anhelo que sentía por su bella esposa, tenía que conformarse con contemplarla como al través de una campana de cristal. ¡No podía resignarse más á aquella contemplación! Se sentía morir. Sentía oleadas de sangre en su cabeza, por lo que se tambaleaba como un borracho. Su vida era sedentaria, porque, no obstante sus nuevas preocupaciones y sus nuevos entretenimientos, continuaba escribiendo á sus amigos respetables, no interrumpía las pesquisas históricas y seguía leyendo las actas de la Cámara de los Lores y le parecía hallarse amagado de una apoplegía. ¡No, no! ¡Era forzosa una crisis! Si su mujer, como creía comprender, tenía la firmísima intención de entregarse al misticismo, era preciso que supiese que no lo consentiría más que á condición de conciliar los éxtasis místicos con los deberes de la vida conyugal. Aquella noche se resolvería todo.

Los preliminares fueron breves, pero el resul-

tado final desastroso. En la inusitada violencia de su marido, la princesa creyó adivinar las costumbres adquiridas con aquella mujer despreciable y se defendió con tal energía y disgusto, que el pobre príncipe desistió aniquilado.

—¿Es que te propones en serio hacer vida conventual?—interrogó él mesándose los cabellos.

—Sí—respondió la princesa gritando.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Porque no hay nada más repugnante que los hombres.

—Pues hazte monja si te place.

Diciendo esto, el príncipe cogió el sombrero y salió precipitadamente.

—¡Ah!—murmuró la princesa;—bien sé adónde corre el perverso.

Se esforzó en calmarse porque él no la encontrara y descubriese; después se envolvió en una capa; bajó las escaleras temblando, alquiló un coche y oculta dentro de él fué á plantarse junto á la casa de Alfonsina Battagli.

— ¡Por aquí debe pasar!... por aquí pasará.

Transcurrieron una, dos, tres, cuatro horas. La princesa comenzó á creer que la habían engañado.

—¿Será posible? ¿le habré hecho sufrir injustamente por las calumnias de aquel infame? ¡Pobrecillo! Él, que no ha amado á nadie más que á mí. Sabré recompensarle con creces. Nos iremos á Sorrento... ¡á Sorrento, como en nuestra luna de miel!

Pero en aquel instante, del mismo portal en que había tenido fijos los ojos durante cuatro horas vió salir al príncipe, que encendió un cigarrillo con tranquila lentitud.

Cansada, desfigurada, decaída, volvió á su casa antes que él. Al día siguiente no le dirigió la palabra... el príncipe huía de ella...

Al cabo de una semana la princesa Irene daba á Mario Grappani pruebas indudables de su gratitud, y la princesa Alfonsina, realizando su ideal, obtenía del príncipe Sallustío un aumento de estipendio.

FIN

ÍNDICE

	Pags
PRÓLOGO, por Carmen de Burgos Seguí.	V
El gigante.	13
En la sombra.	25
La lucha.	45
La rival.	73
El reciennacido.	87
El sonámbulo.	95
La primera ficción.	113
El ideal de las niñas.	123
Un beso en la obscuridad.	139
Un pistoletazo.	151
Un *modus vivendi.*	159
El sucesor.	173
El marido.	183
Las dos.	193
La princesa.	201

Una peseta el tomo

	TOMOS
EL HORLA, por Guy de Maupassant.	1
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Merejkowski.	2
LA MANCEBÍA *(La Maison Tellier)*, por Maupassant.	1
LA CONQUISTA DEL PAN, por Kropotkine.	1
SEBASTIÁN ROCH *(La educación jesuítica)*, por Mirbeau.	1
PALABRAS DE UN REBELDE, por Kropotkine.	1
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por Eliseo Reclus.	1
LA CORTESANA DE ALEJANDRÍA *(Tais)*, por A. France.	1
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure.	2
NOVELAS Y PENSAMIENTOS, por Ricardo Wagner.	1
EL MANDATO DE LA MUERTA, por Emilio Zola.	1
EPÍSCOPO Y COMPAÑÍA, por Gabriel D'Annunzio.	1
LA VERDADERA VIDA, por León Tolstoi.	1
FLOR DE MAYO, por Vicente Blasco Ibáñez.	1
CUENTOS AMOROSOS Y PATRIÓTICOS, por A. Daudet.	1
LAS CRUELDADES DEL AMOR, por Judith Gautier.	1
¡CENTINELA, ALERTA!... por Matilde Serao.	1
CUENTOS DEL JÚCAR, por José María de la Torre.	1
DICCIONARIO FILOSÓFICO, por Voltaire.	6
CAMPOS, FÁBRICAS Y TALLERES, por Kropotkine.	1
LA RAMERA ELISA, por E. de Goncourt.	1
ARROZ Y TARTANA, por Vicente Blasco Ibáñez.	1
LA RESURRECCIÓN DE LOS DIOSES, por Merejkowski.	2
LAS CHICAS DEL AMIGO LEFÈVRE, por Paul Alexis.	1
LOS EXHOMBRES, por Máximo Gorki.	1
CÓMO SE MUERE, por Emilio Zola.	1
EL HIJO DE LOS BOERS, por Rider Haggard.	1
ESTUDIOS RELIGIOSOS, por Ernesto Renán.	1
ASÍ HABLABA ZORRAPASTRO, por el Comandante ***.	1
NOLI ME TÁNGERE *(El país de los frailes)*, por J. Rizal.	1
LA MONTAÑA, por Eliseo Reclus.	1
SINGOALA, por Víctor Rydberg.	1
EL CAMINO DE LOS GATOS, por H. Sudermann.	1
EL DESEO, por H. Sudermann.	1
LA AURORA BOREAL, por Henry Rochefort.	1
CUENTOS É HISTORIAS. por G. Pérez Arroyo.	1
LA MUJER GRIS, por H. Sudermann.	1
EMILIO ZOLA *(Su vida y sus obras)*, por Paul Alexis, Luis Bonafoux y Vicente Blasco Ibáñez.	1
EL SUEÑO DEL PAPA, por Víctor Hugo.	1
LOS HUGONOTES, por Próspero Merimée.	1

TOMOS

La monarquía jesuíta, por Melchor Inchofer *(Jesuíta)*. 1
El individuo contra el Estado, por H. Spencer. . . 1
Los problemas del alma, por A. Laugel. 1
La guerra, por Vsevolod Garchine. 1
Visiones de España, por Manuel Ugarte. 1
Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, por Federico Engels. 2
Pequeña guarnición, por el Teniente O. Bilse. . . . 1
Los problemas de la vida, por A. Laugel. 1
Creación y Evolución, por H. Spencer. 1
Pasados por agua, por Luis Morote. 1
Determinismo y responsabilidad, por A. Hamon. . . 1
Por los campos y las playas, por Gustavo Flaubert. . 1
La inferioridad mental de la mujer, por P. J. Moebius. 1
Los Evangelios y la segunda generación cristiana, por Ernesto Renán. 2
La guerra ruso-japonesa, por León Tolstoi. 1
Progreso y miseria, por Enrique George. 2
Psicología del militar profesional, por A. Hamon. . 1
La expresión de las emociones en el hombre y en los animales, por Carlos Darwin. 2
Las mentiras convencionales de la civilización, por Max Nordau. 2
La sociedad moribunda y la anarquía, por J. Grave. . 1
Páginas rojas, por Séverine 1
La simulación en la lucha por la vida, por J. Ingegnieros. 1
Matrimonios morganáticos, por Max Nordau.. . . . 2
El tablado de Arlequín, por Pío Baroja. 1
Cosas de España, por Próspero Merimée. 1
Cuadros históricos de la Revolución Francesa, por Chamfort. 1
La Anarquía y el Colectivismo, por A. Naquet . . . 1
La antigua y la nueva Fe, por D.-F. Strauss. . . . 1
El Arte y la Democracia, por Manuel Ugarte. . . . 1
La comedia del sentimiento, por Max Nordau. . . . 1
Rebaño de almas, por Luis Morote. 1
La Iglesia Cristiana, por Ernesto Renán. 1
La dicha de la vida, por John Lubbock. 1
Problemas sociales, por Enrique George. 1
Federalismo, Socialismo y Antiteologismo *(Cartas sobre el patriotismo)*, por Kropotkine. 1
El Unico y su propiedad, por Max Stirner. 2
Vida nueva..., por E. Rodríguez Mendoza. 1
El Anticristo, por Dimitry de Merejkowski. 2
Estudios Literarios y Religiosos, por Strauss. . . 1

TOMOS

Filosofía del anarquismo, por Carlos Malato. . . . 1
A ras de tierra, por Manuel Bueno. 1
El Satiricón, por Petronio. 1
Las bodas de Yolanda, por H. Sudermann. 1
La sociedad futura, por Juan Grave. 2
El amor, las mujeres y la muerte, por Schopenhauer. 1
El origen del hombre, por Carlos Darwin. 1
Un viaje por España, por Teófilo Gautier. 1
Cuentos valencianos, por Vicente Blasco Ibáñez. . . 1
Los enigmas del Universo, por Ernesto Haeckel. . . 2
Mi viaje alrededor del mundo, por Carlos Darwin. . 2
El colectivismo, por Emilio Vandervelde. 1
El molino silencioso, por H. Sudermann. 1
Dios y el Estado, por Miguel Bakounine. 1
Origen de las especies, por Carlos Darwin. 3
Mis exploraciones en América, por Eliseo Reclus. . . 1
Los espectros.—Hedda Gabler, por Enrique Ibsen. . 1
Las prisiones, por Kropotkine. 1
La expulsión de los jesuítas, por el Conde Fabraquer. 1
Conflictos entre la Religión y la Ciencia, por Juan G. Draper. 1
El arroyo, por Eliseo Reclus. 1
Emperador y Galileo.—Juliano Emperador, por Enrique Ibsen. 2
El porvenir de la Ciencia, por Ernesto Renán. . . . 2
¿Qué es la propiedad?, por P. J. Proudhon. 1
Fuerza y Materia, por Luis Büchner. 1
El Rey, por Bjœrnstjerne Bjœrnson. 1
La libertad, por Arturo Schopenhauer. 1
Drama de familia, por Jacinto O. Picón. 1
Moisés, Jesús y Mahoma, por el Barón d'Holbach. . . 1
Origen de las profesiones, por H. Spencer. 1
El mal del siglo, por Max Nordau. 2
Literatos extranjeros, por Angel Guerra. 1
El capital, por Carlos Marx. 1
Luz y vida, por Luis Büchner. 1
La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland, por Enrique Ibsen. 1
Los satíricos latinos, por Germán Salinas. 2
El tesoro de los humildes, por Mæterlinck. 1
Junto á las máquinas, por Luis López Ballesteros. . . 1
La escuela de Yasnaïa-Poliana, por León Tolstoi . . 1
Los cachivaches de antaño, por Roberto Robert. . . 1
Los problemas de la naturaleza, por A. Laugel. . . 1
Vanka, por Antón Tchekhov 1
El Anticristo, por Ernesto Renán. 2

TOMOS

La Gran Huelga, por Carlos Malato. 2
En marcha, por Séverine.. 1
Discantes y contrapuntos, por Rafael Mitjana.. . . 1
Psicología del socialista-anarquista, por A. Hamon. 1
Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo, por Ernesto Renán. 2
Italia en la vida, en la ciencia y en el arte, por José Ingegnieros.. 1
Obras filosóficas, por Diderot. 1
En el Magreb-el-Aksa, por Rafael Mitjana.. 1
Educación intelectual, moral y física, por Spencer. 1
Deberes del Hombre, por José Mazzini. 1
El porvenir de los Sindicatos Obreros, por Georges Sorel.. 1
Los Anarquistas, por Juan Enrique Mackay.. 1
Desfile de visiones, por E. Gómez Carrillo. 1
Aves sin nido, por Clorinda Matto de Turner. . . . 1
De la Alemania, por Enrique Heine. 2
Las diez y una noches, por José Alcalá Galiano. . . 1
La Duma (2.ª parte de «Rebaño de Almas»), por Luis Morote. 1
Los horrores del absolutismo, por José Nákens. . 1
Los dioses en el destierro, por Enrique Heine. . . 1
El Guante.—Más allá de las fuerzas humanas, por Bjœrnstjerne Bjœrnson. 1
Reforma y Revolución Social *(La crisis práctica del Partido Socialista)*, por Arturo Labriola. 1
Diez y seis años en Siberia, por León Deutsch. . . . 2
El mundo nuevo, por Luisa Michel. 1
¿Socialismo ó monopolismo?, por F. S. Merlino. . . . 1
Musicalerías, por Felipe Pedrell. 1
El huerto de Epicteto, por Antonio Zozaya. . . . 1
Así hablaba Zaratustra, por F. Nietzsche. 1
La genealogía de la moral, por F. Nietzsche.. . . . 1
Aurora, por F. Nietzsche. 1
La Gaya Ciencia, por F. Nietzsche. 1
El Anticristo, por F. Nietzsche. 1
El caso Wagner, por F. Nietzsche. 1
El crepúsculo de los ídolos, por F. Nietzsche. . . . 1
Más allá del bien y del mal, por F. Nietzsche. . . 1
El origen de la tragedia, por F. Nietzsche. 1
Humano, demasiado humano, por F. Nietzsche. . . . 1
El viajero y su sombra, por F. Nietzsche. 1
Socialismo y Anarquismo, por A. Hamon. 1

COMPRA Y VENTA DE LIBROS
COMISIONES Y ENCUADERNACIONES
Mercado Sta. Madrona, 10
BARCELONA

Una peseta el tomo

Max Nordau.—La comedia del sentimiento.
Max Stirner.—El Unico y su propiedad. 2 tomos.
Mazzini (José).—Deberes del hombre.
Mèrimée.—Los hugonotes.
Mèrimée.—Cosas de España.
Merejkowski.—La muerte de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.
Mirbeau.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).
Mitjana.—Discantes y contrapuntos.
Mitjana.—En el Magreb-el-Aksa (Viaje á Marruecos).
Morote (Luis).—Pasados por agua.
Morote (Luis).—Rebaño de almas.
Morote (Luis).—La Duma. (Segunda parte de «Rebaño de Almas»).
Naquet (Alfredo).—La Anarquía y el Colectivismo.
Octavio Picón.—Drama de familia.
P. J. Moebius.—La inferioridad mental de la mujer.
Pérez Arroyo.—Cuentos é historias.
Petronio.—El satiricón.
Pío Baroja.—El tablado de Arlequín.
Proudhon.—¿Qué es la propiedad?
Reclús.—Evolución y revolución.
Reclús.—La montaña.
Reclús.—Mis exploraciones en América.
Reclús.—El arroyo.
Renán.—Estudios religiosos.
Renán.—El porvenir de la Ciencia. 2 t.
Renán.—El Anticristo. 2 tomos.
Renán.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.
Renán.—La iglesia cristiana.
Renán.—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.
Rizal (José).—Noli me tángere (El país de los frailes).
Robert (Roberto).—Los cachivaches de antaño.
Rochefort.—La aurora boreal.
Rodríguez Mendoza.—Vida nueva...
Rydberg.—Singoala.
Salinas (Germán).—Los satíricos latinos. 2 tomos.
Schopenhauer.—El amor, las mujeres y la muerte.
Schopenhauer.—La libertad.
Serao (Matilde).—¡Centinela, alerta!
Séverine.—Páginas rojas.
Séverine.—En marcha...
Sorel (Georges).—El porvenir de los Sindicatos Obreros.
Spencer.—Origen de las profesiones.
Spencer.—El individuo contra el Estado.
Spencer.—Creación y evolución.
Spencer.—Educación intelectual, moral y física.
Strauss.—Estudios Literarios y Religiosos.
Strauss.—La antigua y la nueva Fe.
Sudermann.—El camino de los gatos.
Sudermann.—El deseo.
Sudermann.—Las bodas de Yolanda.
Sudermann.—El molino silencioso.
Sudermann.—La mujer gris.
Tchekhov.—Vanka.
Teniente O. Bilse.—Pequeña guarnición.
Tolstoi.—La verdadera vida.
Tolstoi.—La guerra ruso-japonesa.
Tolstoi.—La escuela Yasnaía-Poliana
Ugarte.—Visiones de España.
Ugarte.—El Arte y la Democracia.
Vandervelde.—El colectivismo.
Voltaire.—Diccionario filosófico. 6 t.
Wagner.—Novelas y pensamientos.
Zola.—El mandato de la muerta.
Zola.—Cómo se muere.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Voltaire.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

Alcalá Galiano (José).—Las diez y una noches (Cuentos occidentales).
Nákens (José).—Los horrores del absolutismo.
Heine (E.).—De la Alemania. 2 tomos.
Heine (E.).—Los dioses en el destierro.
Bjœrnstjerne Bjœrnson.—El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.
Deutsch (León).—Diez y seis años en Siberia. 2 tomos.
F. S. Merlino.—¿Socialismo ó Monopolismo?
Labriola (Arturo).—Reforma y revolución social.
Luisa Michel.—El mundo nuevo.
Pedrell (Felipe).—Musicalerías.
Zozaya (A.).—El huerto de Epicteto.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.
Id. —La genealogía de la moral.
Id. —La Gaya ciencia.
Id. —El Anticristo.
Id. —Aurora.
Id. —El caso Wagner.
Id. —El crepúsculo de los ídolos.
Id. —Más allá del bien y del mal.
Id. —El origen de la tragedia.
Id. —El viajero y su sombra.
Id. —Humano, demasiado humano.
A. Hamon.—Socialismo y Anarquismo. (Estudios sociológicos.—Definiciones.)

OBRAS PUBLICADAS Á TRES PESETAS EL TOMO

Ernesto Haeckel.—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con numerosos grabados.—Dos tomos en 4.°, seis pesetas.
P. Lanfrey.—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por José Ferrándiz.—Un tomo en 4.°, tres pesetas.
A. Renda.—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.°, tres pesetas.
José Fola Igúrbide.—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.°, tres pesetas.
David-Federico Strauss.—*Nueva Vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.°, seis pesetas.
P. J. Proudhon.—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.°, tres pesetas.
José Ingegnieros.—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica.)—Un tomo en 4.°, tres pesetas.
José Ingegnieros.—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.°, tres pesetas.

MODELOS DE CARTAS, arreglados por Carmen de Burgos Seguí *(Colombine).*—Un tomo: UNA peseta.

ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, de Incapacidades, de Guerra y Marina, por José Manaut Nogués.—Un tomo: DOS pesetas.